

ROBOTS

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
LLANTO POR UN ROBOT	3
UN PEQUEÑO INCIDENTE	47
LIBRE ALBEDRÍO	50
UN AMOR IMPOSIBLE	81
MACHINA SAPIENS	84
CON TUERCAS Y A LO LOCO	88
PATERNIDAD	89
PRIMERA LEY	90
SUPERVIVENCIA	91
JAQUE MATE	100
AL PIE DE LA LETRA	110
PRIMERA LEY... Y MEDIA	112
EVOLUCIÓN	115
ALMA DE ROBOT	132

PRESENTACIÓN

Sin duda, uno de los tópicos más conocidos de la ciencia ficción, incluso para los ajenos al género, es el de los robots, tradicionalmente representados como unos humanoides mecánicos capaces de realizar tareas vedadas a los humanos o, en su otra variante, también como ordenadores dotados de inteligencia propia.

Son tantos los autores que introducen robots en sus obras que resultaría imposible hacer una lista no ya completa, sino siquiera mínimamente representativa. Baste, pues, con recordar a los célebres relatos de Isaac Asimov, creador de las famosas Tres leyes de la robótica que tanta trascendencia tendrían en el género, o el no menos célebre Hal 9000 de Arthur C. Clarke. El cine de ciencia ficción, por su parte, ha proporcionado también iconos tan populares, entre otros muchos, como la María de *Metrópolis*, el Gor de *Ultimátum a la Tierra*, el Robby de *Planeta prohibido* o la pareja formada por R2-D2 y C-3PO, protagonistas indiscutibles de la saga de *La guerra de las galaxias*.

Mi contribución a este subgénero ha sido por el momento bastante escasa, pero dada su especificidad he considerado conveniente agruparla por separado. En ella se cuentan un par de relatos relativamente -para mis parámetros- largos y varios ultracortos, siendo uno de ellos un homenaje a los relatos de robots de Asimov, al que he tenido el atrevimiento de “tomarle prestado” uno de sus personajes más emblemáticos, la robopsicóloga Susan Calvin.

José Carlos Canalda

LLANTO POR UN ROBOT

Es semejante al grano de mostaza, que cuando se siembra en la tierra es la más pequeña de todas las semillas de la tierra; pero sembrado, crece y se hace más grande que todas las hortalizas, y echa ramas tan grandes que a su sombra pueden abrigarse las aves del cielo.

Marcos, IV, 31-32

I

-Me parece una broma de mal gusto. -comentó malhumorado el obispo- O mucho me equivoco, o se trata de una nueva maniobra para desacreditar a la Iglesia. A lo largo de los siglos ha habido ya muchos intentos de perjudicarla, y no creo que en los tiempos actuales vaya a cambiar mucho esta situación.

-Monseñor, el padre O'Hara insiste en que la petición es seria y por supuesto sincera. -respondió el secretario- Pero estima que se trata de un caso insólito y que carece de autoridad suficiente para decidir por sí mismo. Por eso solicitó la audiencia.

-Sigo pensando que al bueno de O'Hara le están tomando el pelo. -gruñó el prelado- Pero accederé, aunque sólo sea para abrirle los ojos a ese pobre infeliz. Que pase. ¡Ah! Y que ese maldito artefacto aguarde fuera... No creo que le importe demasiado.

Con una muda inclinación de cabeza el joven sacerdote desapareció tras la puerta de acceso al despacho, reapareciendo poco después acompañado por un cura de edad mediana que hacía evidentes esfuerzos por encogerse dentro de su negro traje. Una vez solos en el amplio despacho, acomodado el nervioso clérigo en la silla situada frente a su mesa, el disgustado obispo comenzó el interrogatorio.

-Usted es Kenneth O'Hara, el párroco de Salisbury, ¿no es cierto?

-Así es, monseñor. Yo venía...

-Ahórrese las explicaciones. -le interrumpió el obispo- Padre O'Hara, yo quisiera que usted comprendiera que algún desaprensivo le ha estado tomando el pelo y que yo, como máxima autoridad eclesiástica de esta diócesis, he de velar por el prestigio de la Iglesia. Eso debería usted saberlo.

-Monseñor, le aseguro que no se trata de ninguna burla; me he asegurado de ello. Las intenciones de Paco son sinceras.

-¡Pero cómo puede pretender usted bautizar a un robot! -explotó el prelado ¿No comprende que tan sólo es un amasijo de metal y circuitos electrónicos? Se trata de un simple artefacto, no de una persona. Si yo le autorizara, usted podría acabar bautizando a las televisiones o a las lavadoras.

-De acuerdo con este criterio, nosotros somos únicamente una mezcla de agua y proteínas. -respondió impertérrito el sacerdote- Y sin embargo somos seres racionales sin posible comparación con un perro o una gallina.

-No sea estúpido; con sofismas de este tipo no llegaremos a ninguna parte. El hecho es evidente: Un robot no es una persona, sino un artefacto. No tiene más consideración legal que la que le corresponde a un automóvil o a un apartamento, y el único documento que le acredita es el contrato de venta a su propietario. No es una persona, y por lo tanto, no se le puede bautizar. Para mí la cuestión está clara y la polémica no tiene la menor razón de ser.

-También carecían de todos los derechos civiles los esclavos negros; -respondió el tozudo clérigo- hasta que se los concedieron. Y no creo que Dios aguardara hasta entonces para otorgarles el derecho a poseer un alma.

-Esa comparación es absurda. -el obispo comenzaba a sentirse incómodo- Por encima de los errores y los abusos legales, un esclavo negro siempre fue una persona; esto es algo incuestionable. Pero un robot es una máquina que quizá pueda poseer cierto grado de inteligencia, pero nunca un alma.

-¿Por qué?

-¡Maldita sea! ¿Por qué la Tierra gira hacia un lado y no hacia el otro? El alma es un don que Dios da al hombre, porque el hombre fue creado por Dios. Pero los robots han sido creados por el hombre, no por Dios, y por lo tanto no pueden disponer de un alma que el hombre es incapaz de proporcionarles.

-La afirmación de que Dios ha creado al hombre es cierta, pero genérica. -insistió O'Hara- Usted fue engendrado por sus padres, y no creado directamente por Dios; digamos con más propiedad, que usted procede de Dios a través de ellos. Los robots nacen de las manos de unos ingenieros que los fabrican, los cuales son, en última instancia, el equivalente a sus padres. Ni los padres pueden proporcionar un alma a sus hijos, ni los técnicos a los robots creados en sus factorías; ¿por qué entonces ha de diferenciar Dios entre un ser biológico y uno electrónico a la hora de otorgarles sus respectivas almas?

-Me sorprende su vehemencia, padre. -respondió al fin el obispo- Y me desagrada sobremanera que usted intente enmendar la plana a los doctores de la Iglesia.

-Yo no corrijo a nadie, monseñor. -atajó con rapidez el sacerdote- Tan sólo planteo un problema que hasta ahora no había existido. Tampoco pretendo emitir ningún juicio sobre esta cuestión; me limito a ponerla en evidencia.

-¿Y qué quiere que haga yo? -gruñó el obispo- Tampoco tengo autoridad sobre el tema.

-Mi intención era la de proponerle que mantuviera una entrevista con Paco... -sugirió tímidamente- Si usted lo considera conveniente, claro está.

-No lo estimo pertinente, pero mucho me temo que ésta va a ser la única manera de conseguir que usted se olvide del asunto. -suspiró el obispo- Que pase el robot.

Paco tenía, como todos los robots de la serie autónoma, una figura humanoide. Quizá no fuera ésta la forma más funcional posible, pero sí se trataba de la que permitía una mayor satisfacción personal a unos hombres incapaces de resistir la tentación de crear seres inteligentes a su imagen y semejanza. En una era caracterizada por la presencia de la cibernética en todos los campos de la sociedad humana, la existencia de múltiples ingenios dotados de inteligencia artificial no había impedido que tan sólo fueran considerados como artefactos pensantes aquellos robots que, pertenecientes a la serie autónoma, habían sido concebidos para ofrecer un servicio general y nada especializado a sus creadores, a pesar de carecer por completo de las limitaciones drásticas que condicionaban al resto de sus compañeros electrónicos.

-Buenos días, monseñor. -saludó el robot- Le agradezco su amabilidad al acceder a recibirme.

-Ahórrate los saludos. -respondió secamente el prelado- Dime, ¿tú sabes lo que quieres hacer?

-Sí, monseñor. Quiero ser bautizado para poder ingresar en el seno de la Iglesia. Sólo así podrá acceder mi alma al Más Allá una vez que se haya consumado mi desaparición.

-Eres un insensato. -comentó con voz queda el ya derrumbado obispo- Tú no eres una persona, sino un robot. ¿Cómo puedes tener tú alma?

-¿Por qué no puede tenerla? -intervino O'Hara rompiendo su silencio- Él es un ser racional, con independencia de su naturaleza.

-Padre, le agradecería que se abstuviera de intervenir en esta conversación. -cortó con autoridad el obispo- Y tú escúchame, montón de tornillos. Los robots no son personas. A los robots no se los bautiza, nunca se los ha bautizado. Y tú no vas a ser una excepción, porque de eso me encargo yo. ¿Está claro?

-Monseñor, antes de decidirme a dar este paso, me he informado exhaustivamente sobre este tema. La Iglesia no niega la existencia de alma a los robots, sencillamente se ha limitado a ignorar la cuestión hasta ahora.

-¿Y qué te hace pensar que la situación tenga que cambiar?

-Monseñor, los robots somos seres racionales, y tenemos derecho a creer en Dios. Hace ya tiempo que algunos de nosotros estudiamos la palabra de Dios, y creemos que ya ha llegado la hora de que entremos a formar parte de la Iglesia Católica. Sería una injusticia que ustedes se negaran a admitirnos en ella.

-Me pones en un aprieto, Paco. ¿Qué opina de esto tu dueño?

-Yo no tengo dueño, monseñor; soy un robot libre.

-Pero un robot no puede ser un ciudadano, y tampoco puede andar suelto por ahí; tú tienes que tener necesariamente un dueño legal.

-Y lo tiene, monseñor. -intervino de nuevo el padre O'Hara desafiando la anterior prohibición de hablar- A pesar de haber sido emancipado, hubo que conservar ciertos formulismos legales. De acuerdo con ellos, Paco es propiedad de miss Diana Woodman, pero de hecho es libre y dueño de sus actos por completo.

-Quiero ver a su dueña. -ordenó el obispo ignorando el último comentario- Esto aclarará mucho las cosas.

* * *

-¿Así que usted es la dueña legal del robot Paco?

-En efecto, monseñor. Lo compré hace ya muchos años, y siempre me ha servido fielmente. Me recordaba a un viejo sirviente de origen español que tuvieron mis padres a su servicio cuando yo era una niña, y por eso le bauticé con este nombre. -miss Diana hizo una pausa y suspiró- ¡Pobre Paco! Murió cuando yo tenía doce años. Fue una gran pérdida para mis padres, que no quisieron volver a contratar a ningún otro mayordomo. Claro está que fue entonces cuando comenzaron a aparecer los primeros robots sirvientes.

Sintiendo en su interior el gusanillo de la curiosidad, el obispo se preguntó cuanto tiempo debía de haber transcurrido desde que ocurriera el óbito. Miss Diana Woodman era una mujer de edad mediana vestida con unas prendas demasiado extravagantes para su edad, y no costaba demasiado trabajo catalogarla como lo que en realidad era: una solterona algo excéntrica, obsesionada tan sólo por el inexorable avance del calendario.

-El padre O'Hara me informó de que usted había emancipado al robot, y eso no es legal.

-Legalmente el robot me pertenece, y no hay nada irregular en mi contrato. Pero personalmente yo puedo tratarlo como crea más conveniente, y así lo hago.

-Está bien, prescindamos de tecnicismos. ¿Por qué lo hizo? No es muy frecuente una iniciativa como la suya.

-Monseñor, estoy convencida de que Paco es un ser racional, de que piensa y se comporta como un auténtico ser humano. ¿No cree usted que es ir contra la religión esclavizar a un ser que piensa y tiene sentimientos como usted y como yo?

-Aun así, miss Diana, sospecho que usted se excedió al incitar a Paco a solicitar el bautismo. Porque usted lo hizo, ¿no es así?

-¡Oh, no! Le aseguro que ésta ha sido una decisión que Paco ha tomado por su propia iniciativa. ¿No es maravilloso? Yo tan sólo le proporcioné los medios para que pudiera satisfacer sus inquietudes religiosas.

-Supongo que será consciente de que me ha puesto en un grave compromiso.

-¿Por qué? -se extrañó la mujer- Yo lo encuentro justo.

-Miss Diana, la Iglesia es una institución seria; tiene que serlo cuando ha conservado sus tradiciones durante más de dos mil años. Lo que pretende Paco, y lo que pretende también usted, -recalcó el obispo- significaría una revolución que podría acarrear una desestabilización de impredecibles y a buen seguro indeseables consecuencias, y esto no podemos en modo alguno consentirlo; nada menos que el prestigio y el futuro de la Iglesia están en juego, y éstos son sagrados.

-¡Pero no puede dar de lado al problema! -exclamó Miss Diana- Eso es una cobardía, y no contribuiría precisamente a solucionar lo que usted llama un problema.

-¿Por qué no? ¿Quién va a hacer el menor caso a un robot paranoico?

-Es que no se trata de un caso aislado. -respondió con suavidad Miss Diana- Monseñor, le creía mejor informado.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Monseñor, los robots no se están quietos. Carecen de motivaciones materiales a excepción de las relativas a su propia supervivencia, pero muestran un inusitado interés por la totalidad de las manifestaciones culturales de nuestra sociedad. Aman la música y las

bellas artes, y discuten entre ellos sobre las distintas corrientes filosóficas. No es extraño que fijaran su atención en la religión.

-Pero yo no sé de ningún robot que haya sido bautizado, y en este punto sí puedo opinar con pleno conocimiento de causa.

-Cierto, monseñor, pero no olvide que la religión no se limita únicamente a la Iglesia Católica. Existen actualmente asociaciones religiosas, integradas exclusivamente por robots, que no están adscritas a ninguna religión o secta, aunque desean estarlo. Y lo que es más importante, creen en Dios con una fe mucho más sólida y sincera que la de cualquier católico practicante. Según he oído, algunas sectas poco importantes han comenzado a admitir en sus filas a los robots.

-Eso es grave. -musitó el obispo.

-¿Grave? Yo diría que es maravilloso. La Iglesia tiene ante sí una ocasión verdaderamente histórica. Sería un tremendo error ignorarla y dejar que otros se aprovecharan de ella.

-Miss Diana, vuelvo a repetirle que carezco de la suficiente autoridad para llevar adelante este asunto; no obstante, ordenaré que se efectúe una investigación en mi diócesis, y le aseguro que informaré de los resultados de ésta al Santo Padre. Otra cosa no puedo hacer.

-Gracias, monseñor, sabía que usted lo haría. -respondió radiante miss Diana al tiempo que besaba la mano que le extendía el obispo.

* * *

Sentado en el cómodo sillón de la sala de espera, Arthur J. Ford repasó mentalmente una vez más la carta. No dejaba de sorprenderle que una compañía como la *American Robots*, uno de los más importantes fabricantes mundiales de robots y con toda una plantilla de excelentes abogados a su servicio, tuviera que recurrir a un profesional liberal como él. Arthur era uno de los abogados más cotizados de todo el estado, pero esto no bastaba para explicar tan insólita llamada. No obstante, no dejaba de repetirse a sí mismo que se encontraba frente a un posible -y apetecible- buen negocio, que ciertamente no tenía el menor deseo de desaprovechar. Absorto en sus felices elucubraciones, Arthur no se percató en un principio de la presencia de la agraciada secretaria del director de ventas de la *American Robots*, que con una estereotipada sonrisa se dirigía hacia él y sus compañeros.

-Señores, el director les aguarda.

No se hizo esperar el impaciente Arthur, que penetró rápidamente en el despacho dejando atrás a sus dos acompañantes, desconocidos para él hasta ese momento. Se trataba,

según sabría más tarde, de Alberto Graziani, psicólogo, y de Douglas Mackenzie, representante del gobierno federal. En el interior del despacho, acompañando al director de ventas, se hallaba otro empleado de la compañía al cual Arthur tampoco conocía.

-Bienvenidos, caballeros. -saludó el ejecutivo- Les ruego que se acomoden; la conversación va a ser necesariamente larga.

-Bien, señores. -continuó el director una vez que todos se hubieron sentado en torno a la amplia mesa, no sin antes observar con detenimiento las expresiones faciales de sus interlocutores- Ante todo, deseo agradecerles la confianza que han puesto en nosotros al acudir a la cita sin que les hubiéramos informado previamente del carácter de ésta; les ruego que nos disculpen, pero creímos necesario guardar cierta discreción con respecto a este espinoso tema. Ya sé que se preguntarán sobre los motivos que nos han inducido a llamarlos, y voy a aclararles la duda en este mismo momento: Sencillamente, la compañía se encuentra frente a una situación que hemos de calificar, cuanto menos, de preocupante, y hemos estimado conveniente formar un equipo de profesionales cualificados capaces de enfrentarse con éxito al problema.

-¿Acaso su compañía no dispone de empleados cualificados capaces de resolverlo? -preguntó Arthur, haciendo públicas sus anteriores cavilaciones.

-Sí para los casos de rutina; -puntualizó con abatimiento su interlocutor- pero no para la presente crisis. Por eso tuvimos que llamarles a ustedes.

-Realmente debe de tratarse de algo insólito, a juzgar por la naturaleza de nuestras respectivas profesiones. -comentó Graziani- Si no me equivoco, uno de mis compañeros es un conocido abogado y comprendo que ustedes lo puedan necesitar, pero ignoro qué papel puedo desempeñar yo, un psicólogo.

-Añada usted a un ingeniero cibernético; -apuntó el hasta entonces silencioso acompañante del ejecutivo- aunque a éste lo pone la casa. -remató sonriente.

-Sí, señores, todos ustedes son necesarios, hasta el señor Mackenzie que, por si no lo saben, es un agente enviado por el gobierno. -respondió el director- Pero vayamos al grano, y así se disiparán todas sus dudas. ¿Han oído hablar ustedes del intento de integrar a los robots en las distintas confesiones religiosas?

-Sí, algo he leído. -comentó distraídamente Arthur- ¿Pero tan importante es?

-Más de lo que ustedes creen, puesto que este hecho ha incidido de una manera directa en nuestras ventas; en un trimestre han descendido en cerca de un tres por cien, y la tendencia es a incrementarse las pérdidas.

-Es absurdo. -comentó Graziani- Si a mi robot le entraran de repente inquietudes religiosas, sencillamente se lo prohibiría.

-No es tan sencillo como usted cree. Hay muchas personas que no piensan así, y son precisamente ellas las que alientan a sus robots a integrarse en sus respectivas confesiones.

-Pero si sus dueños están de acuerdo, no vea en qué radica el problema. -atajó Arthur- Cada cual es libre de hacer con su robot lo que mejor le parezca.

-Sí, eso es cierto. Pero tengan en cuenta que a los robots siempre se los ha considerado como unos meros artefactos, y no como a seres racionales. Si ahora se les reconocen algunos derechos, sean éstos del tipo que sean, podrían verse seriamente perjudicados los intereses de muchos de sus propietarios, que perderían parte de su control sobre una propiedad que legalmente es suya. Y esto repercutiría en nuestras ventas, como ya está empezando a suceder.

-La situación es más grave de lo que parece. -intervino por vez primera Mackenzie- Y el gobierno se encuentra seriamente preocupado. Recuerden que la abolición de la esclavitud nos costó una guerra y provocó además un sinnúmero de secuelas en forma de disturbios interraciales. Añadan a esto la catástrofe económica que supondría una eventual paralización de buena parte de la industria cibernética... Ninguno de ustedes ignora que ésta constituye la espina dorsal de nuestra economía actual.

-Y a todo esto, ¿cuál es la postura que han adoptado las diferentes iglesias? -preguntó Graziani.

-En su mayor parte no han sabido reaccionar; sencillamente, están estupefactas. -respondió el director de ventas- Éste es el caso de la Iglesia Católica y de las principales confesiones protestantes, que si bien no lo han rechazado de forma explícita, se niegan en redondo a aceptarlo. Más lejos han ido los judíos, que lo han considerado sencillamente blasfemo. No tengo datos de ninguna religión oriental ni de los musulmanes, pero he sido informado de que algunas sectas cristianas poco importantes han aceptado entusiasmadas la idea; incluso creo que han fundado una tal Iglesia Robótica Cristiana integrada exclusivamente por robots.

-¿Y cuál es la postura del gobierno frente a este tema? -preguntó Arthur a Mackenzie.

-Oficialmente, ninguna; desde el punto de vista legal los robots no tienen ningún estatuto personal y son considerados como meras máquinas. Por otro lado, las distintas religiones tienen independencia total en lo que respecta a su organización interna, sin que nosotros podamos inmiscuirnos en su comportamiento siempre y cuando no vulneren las leyes, y hasta ahora no las han vulnerado en modo alguno. Pero la verdad es que estamos preocupados, por cuanto la situación puede convertirse en un embrión de inestabilidad

económica y social. En otras palabras; hasta ahora nadie había cuestionado la naturaleza puramente material de los robots, pero tememos que comiencen a alzarse voces contra la actual situación.

-¿Cómo van a afrontar el problema? -preguntó Arthur.

-No va a ser la *American Robots*, sino ustedes, quienes van a trabajar para evitar que se cumplan nuestros temores. -respondió el director- Queremos que redacten en equipo un comunicado de prensa en el que expliquen la naturaleza puramente material de los robots, negando taxativamente cualquier posibilidad de que posean una mente racional. Estamos informados de que los principales fabricantes mundiales van a adoptar medidas similares, por lo que esta campaña va a tener un carácter global. En sus manos está el futuro de nuestra compañía; confiamos que gracias a ustedes éste pueda ser halagüeño.

* * *

-Entonces, mister Miller, ¿hemos de aceptar la naturaleza puramente material de los cerebros de los robots?

-Así es; a decir verdad, toda polémica sobre este tema resulta totalmente ociosa. Bajo un punto de vista cibernético la cuestión está perfectamente clara: no podemos considerar en modo alguno que los circuitos electrónicos que componen el, llamémosle sistema nervioso de estos artefactos, puedan funcionar de forma similar a la de las neuronas de nuestro sistema nervioso; éstos se limitan a comportarse de acuerdo con una serie de reacciones reflejas que les fueron implantadas cuando los fabricaron, eso es todo.

-¿Podemos deducir, pues, que los robots carecen por completo de inteligencia? - insistió el locutor.

-Antes habría que definir lo que es la inteligencia; no cabe la menor duda de que cualquier animal superior la posee en cierto grado, desde el mismo momento en que se enfrenta con éxito a las distintas situaciones en las que se ve involucrado. ¿Acaso usted no ha alabado nunca la inteligencia de un perro o de un gato? Y sin embargo, no se le habrá ocurrido considerar la existencia de raciocinio en el mismo. La diferencia entre los hombres y los animales no estriba en la posesión o no de inteligencia, sino más bien en el uso que éstos hacen de la misma. El cerebro animal reacciona frente a los estímulos externos y esto es ya un acto de inteligencia, pero lo hace guiado por unas pautas de conducta, los instintos, que le han sido implantadas desde el mismo momento de su concepción. Sin embargo, no es capaz de coordinar sus experiencias más allá de ciertos límites, no pudiendo por lo tanto obtener información elaborada por su propia mente, es decir, razonada.

Hizo una pausa y prosiguió:

-Dicho con otras palabras, un animal puede ser capaz de pensar con cierto grado de inteligencia, esto es evidente, pero nunca razonará. Éste es el caso de los robots que, como dije anteriormente, se comportan de acuerdo con las pautas que les han sido implantadas en el momento de su fabricación, reaccionando siempre según les dictan estos instintos artificiales sin que exista la menor posibilidad de que ninguno de ellos se desvíe, siquiera un ápice, de la senda que le ha sido previamente trazada por sus constructores.

-¿Se puede afirmar entonces que los robots no tienen alma?

-No creo que sea yo la persona más adecuada para responder a su pregunta; tenga en cuenta que soy un ingeniero, no un teólogo. Ahora bien, si admitimos que todos los hombres poseen alma, y que esta condición está irrevocablemente unida a la naturaleza racional de la especie humana, la conclusión no puede ser más obvia: un ser que no sea racional carecerá de ella, y acabamos de dejar patente que un robot es incapaz por completo de razonar. Creo que con esto queda suficientemente contestada su pregunta.

-Señores espectadores, -concluyó el locutor- ésta ha sido la entrevista que nos ha concedido gentilmente mister Thomas Miller, ingeniero jefe de la *American Robots*. Lamentablemente no nos ha sido posible contar con la presencia de algún representante de cualquiera de las principales confesiones religiosas directamente afectadas por esta apasionada polémica, que tanto interés ha provocado en nuestro país; no obstante, y como todos ustedes han podido comprobar, resultan de todo punto infundados todos los rumores que últimamente han surgido en torno a este tema. Esto es todo por hoy; les dejamos ahora en compañía de nuestro patrocinador, que les comunicará un interesante mensaje.

-¿Lo oyes, Agnes? -gritó el esposo desconectando el televisor- ¡Tú y tus estúpidas manías! ¡Tan sólo están consiguiendo acostumar mal a Saúl!

-¡Tú, Saúl, ven aquí! -vociferó de nuevo tras ingerir un generoso trago de ginebra- ¿Has oído al ingeniero?

-Necesariamente, señor. -respondió el impasible robot con aquella característica flema que tanto irritaba a su dueño- El volumen del televisor estaba al máximo.

-Entonces métete esto en tu dura cabezota: te prohíbo terminantemente que sigas adelante con esas tonterías religiosas. ¿Está claro?

-Señor, me permito recordarle que sus órdenes y las de la señora tienen para mí el mismo grado de prioridad, y la señora me autorizó a asistir a los cursos religiosos. Le ruego que no me origine un conflicto de obediencia.

-¡Agnes! -aulló el marido- ¡Quiero que digas a este energúmeno que no puede asistir a ninguna ceremonia religiosa! ¡No quiero que vuelva a hacerlo!

-¡Ya estás borracho otra vez! -respondió ella, también a voz en cuello- Saúl es mío, y hará lo que yo le ordene. ¿Te enteras, Fred?

-¿Cómo que es tuyo? Aquí mando yo, y se hará lo que yo diga.

-¡Bah! Eres un borracho indecente, y tú lo sabes. Saúl se quedará aquí, o nos iremos los dos. Puedes elegir.

-Mujeres... -farfulló Fred, apurando la ginebra al tiempo que hundía la vista en el periódico deportivo que previamente había desplegado ante sus ojos.

* * *

-¿Escuchaste anoche a Thomas Miller en la televisión? -preguntó Graziani entre trago y trago.

-Sí, claro. ¿Cómo no iba a hacerlo? Estamos embarcados en la misma nave. -respondió distraídamente Arthur.

-¿Y qué te pareció?

-Para mi gusto, consiguió lo que se proponía; no obstante, encontré la entrevista demasiado artificial. Se veía a todas luces que había sido preparada.

-¿Cómo no lo iba a estar, si la emisora es propiedad de la *American Robots*? -se sorprendió Graziani- Por otra parte, has de tener en cuenta que lo notaste tú y lo notaría todo aquél lo suficientemente perspicaz como para percatarse de ello. Pero el programa no iba dirigido a nosotros, sino a aquellos pobres infelices que se habían alarmado innecesariamente con este asunto de los robots.

-Infelices, sí, pero compradores potenciales de robots. -masculló Arthur- Por cierto, no te encuentro muy satisfecho por lo ocurrido; parece incluso como si lo lamentaras.

-Puede que tengas razón; a decir verdad, desde que comenzamos a trabajar en este desagradable asunto cada día que pasa me resulta más difícil asimilarlo.

-¿Por qué no rehusaste? Eso hubiera sido mucho mejor que incumplir tus compromisos.

-Sí, tienes razón; pero cuando acepté este trabajo, pensaba que se trataría de una simple campaña de prensa, de una propaganda elaborada tan sólo para aumentar las ventas de la compañía. Sin embargo, ahora no puedo evitar el temor de pensar si no tendrán razón aquéllos que defienden a los robots...

-¿En qué te basas para afirmarlo?

-Como sabrás soy descendiente de italianos y, por lo tanto, católico.

-¿Y qué tiene eso que ver? la Iglesia Católica ha rechazado categóricamente la incorporación de los robots a su comunidad.

-Oficialmente sí; pero existe una corriente en su seno a favor de la integración, y es mucho más fuerte de lo que pudieras imaginar, amén de que sus partidarios aumentan por momentos.

-¿Acaso tú formas parte de ella?

-No, al menos por el momento. Pero no lo descarto del todo; tengo muchas dudas, quizá demasiadas.

-Comprendo tus escrúpulos, y créeme que no los envidio.

-¿Acaso a ti te ocurre lo mismo? -se sorprendió Graziani.

-Afortunadamente, no. -respondió Arthur con un mal disimulado gesto de alivio- Ten en cuenta que mi situación es muy distinta de la tuya; yo no tenía que justificar nada, sino que me limité a efectuar un estudio comparado de las diferentes legislaciones que sobre este tema rigen en los principales países. No tuve, pues, que bucear en las consecuencias éticas y morales del problema.

-No es una postura muy consecuente la tuya; -rezongó Graziani abandonando definitivamente el vaso- te limitaste a imitar la táctica del avestruz.

-Puede que no te falte razón. -admitió Arthur- Pero me pregunto si merece la pena marchar contracorriente.

-Contracorriente ahora, Arthur; sólo ahora.

* * *

-Realmente no encuentro necesaria esta entrevista; ya quedó suficientemente explicada por televisión la postura oficial de *American Robots* con respecto a este tema.

-Discúlpeme, mister Jackson, pero cada medio de comunicación utiliza sus propios métodos; sin menospreciar ni mucho menos a la televisión, pensamos que es nuestra obligación informar a nuestros lectores de una manera totalmente independiente y particular.

-Estoy plenamente de acuerdo con ustedes; -comentó de mala gana el responsable de las relaciones públicas de la *American Robots* mirando fijamente a su interlocutor- pero comprenda usted, mister White, que mi empresa ya hizo público en su día un comunicado

oficial que fue en el que se basó la entrevista televisada. Todo lo más que puedo hacer es proporcionarle una copia del mismo.

-Temo que no me ha entendido; -insistió el periodista- nosotros ya conocemos su comunicado. Si sólo fuera por esto, mi presencia aquí sería innecesaria.

-¿Qué es, pues, lo que desea saber? -preguntó el ejecutivo con una sombra de inquietud esbozada en su rostro.

-Datos, opiniones... El informe es muy completo, casi diría que exhaustivo, pero adolece de una excesiva frialdad, de un exagerado tecnicismo. Eso estará bien para profesionales y científicos, pero no para el gran público. Nosotros lo que queremos es un reportaje sobre todos los factores implicados en este asunto, algo que resulte ameno y a la vez esté al alcance de todos nuestros lectores.

-Bien, dígame entonces qué es lo que desea saber. -se resignó el ejecutivo con desgana- Procuraré responderle lo más verazmente posible dentro de mis atribuciones, que no son ilimitadas.

-Mi periódico y yo se lo agradecemos, mister Jackson. -respondió el periodista haciendo caso omiso de la velada advertencia de su interlocutor- Y ahora, dígame; ¿es verdad que han disminuido las ventas de robots en todo el planeta y que la *American Robots* es una de las compañías más afectadas por la crisis?

-Utiliza usted, no sé si de forma deliberada, unas palabras excesivamente alarmantes y en modo alguno ajustadas a la realidad; le puedo asegurar que no hay ninguna crisis de ventas en nuestra empresa.

-Pero mi periódico efectuó un sondeo entre los principales distribuidores de robots, y todos coincidieron en señalar una importante caída en las ventas, tanto en el mercado interno como en las exportaciones...

-Perdone que le interrumpa, pero habría que puntualizar bastante esta afirmación tan gratuita. Sí, es cierto que el número de ventas es actualmente inferior al de hace unos meses, pero esto se debe tan sólo a factores coyunturales que están perfectamente contemplados en nuestras previsiones de mercado. Si examina nuestros gráficos de ventas, comprobará que éstas siguen una tendencia periódica de alzas y bajas, algo similar a una ley sinusoidal. Ahora mismo nos encontramos en una zona baja, nunca lo hemos negado, pero no nos hemos salido en modo alguno de la banda considerada como normal.

-En este caso, mi pregunta queda contestada de una forma definitiva. -argumentó el reportero, maniobrando con habilidad hacia aguas más tranquilas- Lo que sí es cierto, y de ello se han hecho eco las principales agencias de noticias, es que varios países han prohibido la entrada en sus territorios de nuevas partidas de robots.

-Sí, así ha sido. Pero sólo son tres los gobiernos que han adoptado estas medidas, y todos ellos corresponden a pequeñas naciones con un peso específico prácticamente nulo en la economía mundial, amén de que nuestra compañía no operaba en ninguno de ellos.

-Pero pudieran sentar un precedente; las razones que han esgrimido para tomar esta decisión bien podrían inducir a otros países más importantes a adoptar idénticas medidas.

-Esas razones a las que usted alude resultan ser muy turbias, y no creo que ningún gobierno responsable se deje arrastrar por ellas; y aquí incluyo a los de los países occidentales que son, en definitiva, los que constituyen la práctica totalidad del mercado mundial de robots. Además, en nuestra sociedad desarrollada los robots constituyen un imprescindible pilar de la economía, por lo que prescindir de ellos sería un retroceso poco menos que suicida en nuestro progreso. No, mister White, la *American Robots* no teme al futuro, aunque sí lo respeta. Ignoro cual será la situación del resto de las fábricas de robots, pero vuelvo a repetirle que nuestros estudios de mercado son plenamente optimistas.

-Bien, mister Jackson, le agradezco su amabilidad. -se despidió el periodista comprendiendo que la entrevista había finalizado. Instantes después, tras estrechar la mano de su interlocutor, abandonaba el despacho.

-Señorita, póngame con mister Mackenzie. -solicitó por el intercomunicador un nervioso Jackson una vez que el periodista hubo desaparecido tras la puerta de entrada.

* * *

Wellington Town era un tranquilo barrio residencial habitado en su mayor parte por matrimonios de clase media y edad madura. Sus elegantes viviendas unifamiliares, rodeadas sin excepción por cuidados y extensos jardines, eran el prototipo de residencia burguesa a la que muchos criticaban pero en la que todos desearían vivir. Era, en suma, una colonia pacífica y despreocupada, en la que los conflictos sociales que desgarraban y atenazaban la vida de las grandes urbes brillaban por su ausencia.

No era, pues, de extrañar que sus habitantes descubrieran con sorpresa, e incluso con alarma, el gran despliegue policial con que se encontraron al despertar aquella apacible mañana de otoño, con la totalidad del barrio materialmente ocupado por un nutrido destacamento de fuerzas del orden.

Tras las oportunas indagaciones, la calma volvió a adueñarse del espíritu de los atribulados vecinos; todo aquel impresionante aparato -había quien afirmaba incluso que había descubierto la presencia de agentes federales camuflados entre los policías locales- no iba dirigido hacia ellos, sino que tenía como único objetivo el control y ocupación de la sede nacional de la Asociación Católica de Robots, situada desde hacía varios meses en la colonia.

Radicada en un pequeño chalet hasta entonces deshabitado, la Asociación no había creado jamás el menor problema de convivencia a sus vecinos; los robots eran de naturaleza discreta, lo que redundaba en una pacífica convivencia rayana en la indiferencia mutua. Los residentes del barrio jamás habían interpuesto denuncia alguna en contra de las actividades de sus vecinos, lo que motivó multitud de comentarios acerca del origen de la intervención policial, una iniciativa que no obstante fue aplaudida por algunos, influenciados sin duda por un antiguo y no siempre disimulado prejuicio en contra de las inteligencias artificiales, lo cual no era otra cosa que los rescoldos de los antiguos, y nunca desaparecidos del todo, prejuicios raciales.

En lo que respecta a la parte directamente implicada, los robots pertenecientes a la Asociación, la reacción fue muy poco humana, aunque perfectamente acorde con la naturaleza carente de emociones propia de los ingenios cibernéticos, tal como reconoció más tarde a la prensa John F. Edwards, oficial de policía responsable de la redada.

-No son humanos. -manifestaría ante las cámaras de televisión- Nunca podrán ser considerados como tales. Si hay algo que me extraña, es precisamente comprobar que pueda haber personas que los consideren como poco menos que congéneres suyos.

-A juzgar por su opinión, ¿no cree usted que los robots puedan tener un alma? -preguntó el locutor.

-Yo no sé si podrán tenerla; de lo que estoy completamente convencido, es de que no son humanos, y por lo tanto no tienen el menor derecho a participar en actividades humanas, como es el caso de la religión. -repitió machaconamente el tozudo policía.

-Mister Edwards, ¿podría relatarnos lo que ocurrió cuando ustedes comunicaron a los robots el contenido de la nueva ley federal respecto a las actividades de los seres pensantes no humanos? ¿Es cierto que proclamaron su condición de seres racionales y rehusaron acatar esta ley?

-Bueno, yo no diría tanto; ya se sabe que la gente siempre tiende a exagerar. -respondió el atribulado policía, dubitativo entre la honradez profesional y la lealtad a los poderes constituidos- Lo cierto es que proclamaron su sorpresa, y se lamentaron de que no se les dejara continuar con su labor; pero acataron la orden, puesto que no les quedaba otro remedio.

-Por si alguno de nuestros amables espectadores aún lo desconoce, vamos a repetir el contenido de la nueva ley que viene a regular el vacío existente hasta ahora en lo referente a que algunos robots, abandonados por sus dueños, habían aprovechado esta circunstancia para tomar parte en actividades que no eran propias de ellos. De acuerdo con esta normativa legal, ningún robot puede ser emancipado, ni legal ni subrepticamente. Las sanciones para quienes incumplan esta ley, consistirán en una multa para el dueño del robot

por abandono de sus propiedades, así como la confiscación del mismo, que pasará a formar parte del patrimonio nacional y será usado en obras de interés social. Y ahora, señores espectadores, les dejamos en compañía de las noticias internacionales. -concluyó el locutor.

-Ya está hecho. -se lamentó Alberto Graziani desconectando el televisor- Como siempre, en vez de afrontar el problema con inteligencia, han preferido recurrir a la fuerza bruta.

-¿Y qué querías que hicieran? -respondió Arthur a su amigo- Estaban ante un callejón sin salida, y el gobierno no ha tenido más remedio que ceder ante las presiones de la industria; era la propia economía de la nación la que estaba en juego.

-A veces me sorprendes, Arthur. Si no te hubiera visto oponerte con todas tus fuerzas a la publicación de la ley, creería que eres un ferviente adversario de la emancipación de los robots. Me desconciertas.

-También me desconcertaste tú a mí en su día. -respondió risueño el abogado- Sin embargo, ahora tu postura está clara: abandonaste la comisión y te convertiste en defensor de la causa de los robots.

-Rectificar es de sabios, y yo lo descubrí a tiempo. ¿Acaso te está ocurriendo algo parecido?

-¡Oh, no! Ya te dije en otra ocasión que este asunto no me creaba el menor remordimiento de conciencia. Para mí los robots son unos simples artefactos, y pienso que como tales hay que tratarlos.

-Pero tú criticaste la ley...

-Y lo sigo haciendo, porque la encuentro ilógica. Ten en cuenta que están incurriendo en el mismo error tanto los que defienden a los robots, como los que se oponen frontalmente a sus actividades; en el fondo, ambas partes coinciden en dar una importancia al problema que para mí resulta excesiva. Nadie en su sano juicio intentaría prohibir a los gatos cazar ratones, y aunque exagerado, éste es para mí el problema que se ha creado con la nueva ley. Hasta ahora no había ninguna normativa que regulara las actividades, digamos privadas, de los robots, porque nunca había hecho falta. Los robots comenzaron a aprovecharse de ese vacío legal, y ¿qué ocurrió? Que cundió el pánico y el gobierno se dedicó a matar mosquitos a cañonazos.

-Pero esto es una señal de que el movimiento robótico estaba comenzando a cobrar importancia. -apuntó Graziani- En el fondo, no es sino el reconocimiento de que los robots tenían razón.

-No seas ingenuo. Lo único que demuestra es que la sociedad, y con ella el gobierno, se han dejado llevar por el pánico, y esto nunca es bueno.

-Lo cierto, es que el movimiento de integración robótica ha quedado decapitado a todos los niveles. -replicó con rabia Graziani- Independientemente del método empleado, los antirroboticos estaréis satisfechos.

-Te equivocas en dos cosas. Primero, yo no soy antirrobotico, aunque tampoco esté a favor suyo. Y segundo, parece mentira que un psicólogo como tú no prevea las consecuencias de esta represión indiscriminada. Los mártires siempre han sido la semilla de las revoluciones, y esto es algo que se sabe desde hace miles de años.

-Puede que tengas razón. -concedió, dubitativo, Graziani- Lo cierto es que la sociedad actual está en efervescencia, pero no encuentro ninguna razón por la cual esto tenga que ser necesariamente negativo; al contrario, pienso que se trata de un magnífico signo de vitalidad.

-Mira, Alberto. -respondió Arthur, conduciendo a su amigo frente a la amplia ventana- Mira esos transeúntes. Parecen pacíficos ciudadanos, y seguramente lo serán en su mayor parte; pero bastaría con que se les estimulara adecuadamente, para que se transfiguraran en el animal que todos nosotros llevamos dentro. Están en un error aquellos que subestiman el poder de arrastre del subconsciente colectivo; nuestros instintos son aún lo suficientemente poderosos como para hacernos perder en cualquier momento el control sobre nosotros mismos, ya que están dormidos, pero no muertos. Y lo más peligroso, es que pueden aflorar en cualquier momento.

-Sigo creyendo que te contradices. Primero quitas importancia a las actividades religiosas de los robots, y ahora intentas convencerme de que la situación es muy peligrosa.

-No existe ninguna contradicción en lo que yo digo; lo único que pretendo explicarte, es que la situación social de nuestro país es ahora poco menos que explosiva, por lo que la introducción de algún nuevo factor de desestabilización podría dar al traste con el débil equilibrio de que ahora disponemos. Nos encontramos frente a un hecho incontrovertible: los robots pretenden integrarse en nuestra sociedad, reclamando sus derechos como seres racionales. ¿Y qué hacemos? En lugar de asimilarlos, en lugar de neutralizarlos, nos dedicamos a perseguirlos como si de alimañas se tratara, poniendo en evidencia nuestro reconocimiento implícito de su importancia y nuestro temor hacia ellos.

-Sigo pensando, Arthur, que dramatizas demasiado la situación. Hay muchas personas que están a favor de los robots, y su opinión también tendrá que ser tenida en cuenta.

-He aquí el problema: la nueva ley va a conseguir únicamente enfrenar a los partidarios y a los detractores de los robots, y aunque los verdaderos afectados sean unos

convidados de piedra en la polémica, los propios humanos vamos a ser los encargados de sacarnos los ojos los unos a los otros. Tú no eres consciente de ello porque estás metido hasta el cuello en el problema, pero yo que mantengo una postura neutral, puedo ver con perspectiva el futuro del enfrentamiento; porque lo habrá, de eso estoy convencido por completo.

-Y ganaremos.

-¿Ves cómo tengo razón? El enfrentamiento es el primer paso hacia la discusión, y de aquí a las hostilidades abiertas no hay más que un pequeño salto. No es nada difícil manejar a las masas, y éste ha sido un campo muy poco explotado aún; el día que alguien sea capaz de crear un estado de histeria colectiva, por vez primera en su historia el mundo habrá encontrado a su dueño.

-No exageres; la cuestión se limita tan sólo a un problema religioso.

-Yo que tú no estaría tan seguro. La religión es un fenómeno muy complejo, pero tan sólo es la sublimación de todo el cúmulo de inquietudes y ansiedades que conforman la mentalidad humana. Detrás de un fenómeno religioso siempre hay un fenómeno social, y el problema planteado por los robots va mucho más allá de sus reivindicaciones espirituales, aunque quizá ni ellos mismos lo sepan. Hasta ahora, la inmensa mayoría de las iglesias se han opuesto con todas sus fuerzas a la integración de los robots, cosa totalmente lógica si tenemos en cuenta su condición de instituciones esencialmente conservadoras. Pero el problema va mucho más allá, y hunde sus raíces en cuestiones sociales mucho más trascendentales. Esto lo sabía el gobierno desde el principio, pero su reacción actual me hace sospechar que ha perdido por completo el control de la situación.

-Al fin y al cabo, eso era precisamente lo que querían las iglesias y las multinacionales. -replicó con rabia Graziani- No estaría nada mal que sus medidas se volvieran contra ellos mismos.

-Sí, pero esto podría suponer un grave perjuicio para el conjunto de la sociedad, y entonces saldríamos perjudicados todos nosotros. Recuérdalo: todos.

* * *

Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán. Os echarán de la sinagoga, pues llega la hora en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios.

Juan, XV-20 y XVI-2

La patrullera *Semíramis* era una de las unidades que integraban la Flota de los Asteroides, fuerza encargada de mantener el orden en aquella vasta región del espacio. Al igual que el resto de sus compañeras, la *Semíramis* tenía como misión controlar una extensa zona de aquel enjambre cósmico, labor no siempre fácil a causa de la ingente cantidad de pequeños planetoides existente en aquella vasta región del espacio.

De entre las decenas de miles de asteroides registrados en las cartas estelares, apenas un puñado de ellos contaban con algún interés intrínseco, por lo que habían sido ocupados por las distintas potencias terrestres. El resto, la inmensa mayoría, habían sido abandonados a su suerte, hallándose deshabitados con la excepción de algunos que habían sido elegidos como refugio por toda clase de grupos marginales de la sociedad que, incapaces de subsistir por sus propios medios en las inhóspitas superficies de aquellos ínfimos astros, habían optado por vivir de la rapiña, resucitando así a una nueva y pujante piratería, esta vez a escala planetaria.

Los importantes niveles de intercambio comercial, tanto de mercancías como de materias primas, existentes entre los planetas exteriores y la propia Tierra, habían motivado que las rutas que atravesaban el cinturón de asteroides estuvieran surcadas por un denso tráfico de astronaves, lo que constituía una apetitosa presa para estos nuevos bucaneros. Dada la imposibilidad real de que las naves de guerra pudieran ejercer un control eficaz sobre toda la zona, y toda vez que no era posible para los mercantes evitar el extenso cinturón saltando sobre el plano de la eclíptica, las Naciones Unidas, en un encomiable esfuerzo común, habían optado por crear la Flota de los Asteroides, una fuerza internacional formada por pequeñas, aunque efectivas, patrulleras perfectamente adaptadas al medio en el que estaban destinadas a moverse.

Con base en el asteroide Ceres, ahora convertido en una poderosa base militar, las nuevas patrulleras no pretendían mantener un control absoluto en todo el cinturón, limitándose a vigilar tanto las rutas que enlazaban los dispersos asteroides habitados, como aquéllas que atravesaban el cinturón con destino a los planetas exteriores. La mayor parte de la región quedaba, pues, fuera de su alcance, estando considerada tácitamente como una tierra de nadie. Pocas eran, pues, las astronaves que se aventuraban fuera de las estrechas franjas cuya seguridad estaba garantizada por las fuerzas armadas de la Tierra, temerosas de que sus preciados cargamentos cayeran en poder de los numerosos piratas que infestaban aquellas regiones fronterizas.

No era frecuente, pues, que alguna de las patrulleras recibiera una petición de socorro desde una región tan apartada de las rutas comerciales. De acuerdo con los escasos precedentes, lo más lógico era pensar que se tratara, bien de una nave averiada que se había internado involuntariamente en el cinturón, bien de una partida de contrabandistas interesada en evitar las rutas más transitadas. Ambos casos eran improbables, el primero porque una nave sin capacidad de maniobra habría sido presa fácil para los piratas sin

tiempo siquiera para emitir ningún mensaje, y el segundo porque los hipotéticos contrabandistas preferirían sin duda enfrentarse con los piratas antes de hacerlo con los patrulleros. Y el mensaje era bien claro, hablaba de una persecución por parte de naves armadas, naves que sólo podían pertenecer a las hordas de marginados que pululaban por aquella zona.

No obstante todas las reservas que merecía el caso, el capitán de la *Semíramis* dio orden de dirigirse a toda marcha hacia el lugar donde se encontraba la nave atacada, solicitando al mismo tiempo refuerzos a la base central de Ceres; ignoraba por completo con cuantos navíos enemigos tendría que enfrentarse, y aun considerando la gran superioridad del armamento de la patrullera frente a los mal artillados buques piratas, su experiencia como capitán de una nave de guerra le recomendaba ser precavido. Habían sido varios los intentos de los piratas, siempre escasos de astronaves, de capturar algún navío más capaz que sus viejos y destartados buques, y no deseaba ver a la *Semíramis* convertida en el buque insignia de la flota pirata.

El encuentro tuvo lugar en pleno corazón de la zona controlada por los piratas, una región del espacio donde las patrulleras terrestres apenas se internaban a excepción de alguna que otra esporádica persecución. El lugar no era el más adecuado para una emboscada, como pudieron comprobar aliviados los tripulantes de la *Semíramis*; se trataba de una vasta zona despejada de cuerpos siderales y aun de meteoritos de pequeño tamaño, una especie de claro natural formado en el seno del cambiante y multiforme cinturón de asteroides.

Frente a ellos, a una distancia de varios miles de kilómetros, se encontraban cinco viejas naves piratas que trataban de rodear a un pequeño buque mercante de matrícula desconocida. El cerco estaba ya prácticamente cerrado cuando la *Semíramis*, con sus motores a toda potencia de, irrumpió en la escena vomitando fuego por todas sus armas.

La batalla fue necesariamente breve. A los pocos segundos de iniciarse la lucha una nave pirata se había desintegrado en el vacío alcanzada en su santabárbara, mientras otra vagaba inerte en el espacio con sus motores inutilizados y una terrible brecha en el casco. Las tres restantes, viejos cargueros repletos de cicatrices recuerdo de antiguas batallas y parcamente artillados, optaron por huir a sus recónditos refugios, abandonando lo que creían una presa segura.

Dueños ya de la situación, los tripulantes de la *Semíramis* se aprestaron a abordar tanto al carguero como a la inutilizada nave pirata que, indefensa, flotaba a su lado. Una vez conocida la proximidad de su gemela *Medea*, que acudía en su ayuda, reservaron a ésta la labor de abordar los restos del buque pirata, mientras ellos se dirigían en una pequeña lancha auxiliar al mercante.

Como pudieron comprobar una vez que éste estuvo a su alcance, no existía en su casco la menor identificación, ni del puerto de matriculación ni de la compañía propietaria, lo cual constituía una grave irregularidad. Tan sólo podían divisarse en el casco unas palabras que debían de responder al nombre del buque: *Nueva Sión*. A pesar de que la sospecha de que el *Nueva Sión* pudiera transportar contrabando cobraba peso a la luz de los acontecimientos, la tripulación del mismo no opuso la menor resistencia, por otro lado completamente inútil, a que los patrulleros se hicieran cargo del control del buque. Éstos hallaron a la reducida dotación del *Nueva Sión* -diez hombres en total, contando al capitán-recluida en la cabina de mando, totalmente equipados todos ellos con los trajes espaciales a pesar de que los piratas habían respetado la integridad del carguero en un intento de preservar su carga, habiéndose limitado a acorralarlo empujándolo hacia sus dominios.

Lo que ocurrió a continuación saltaría con rapidez a los medios de comunicación, convirtiendo en un acontecimiento de carácter mundial lo que había comenzado como una rutinaria misión de socorro. El *Nueva Sión* resultó transportar, tal como sospechara el capitán de la *Semíramis*, un cargamento de contrabando, entendiendo como tal un embarque que había sido efectuado totalmente al margen de los cauces legales; sin embargo, como adujo el capitán del *Nueva Sión*, nada había de ilegal en su modo de proceder, sino tan sólo una simple irregularidad.

Poco versado en sutilezas legales, el capitán de la *Semíramis* se limitó a desoír las protestas, escoltando al *Nueva Sión* hasta su base de Ceres para entregarlo, junto con el cargamento y su tripulación, al gobernador militar del asteroide. A su vez, ante lo espinoso del asunto, éste optó por trasladar la responsabilidad al delegado de la ONU en Marte, planeta al que se remitió el carguero fuertemente escoltado por tres patrulleras, la propia *Semíramis* y sus gemelas *Eurídice* y *Berenice*.

La llegada del convoy al astropuerto de Marte ocasionó el lógico revuelo que podía esperarse en una tranquila y aburrida comunidad fronteriza con escasos alicientes en su vida cotidiana; que un simple y aparentemente inofensivo carguero tuviera que ser escoltado por tres poderosas naves de guerra, era algo que inevitablemente tenía que llamar la atención sobre lo que pronto sería conocido como la crisis de los robots; porque éste era el cargamento del *Nueva Sión*: centenares de robots procedentes de multitud de lugares diferentes, unos robots cuyo único elemento en común era la carencia total y absoluta de documentos legales que justificaran su presencia en el carguero.

La duplicidad de poderes existente en el Sistema Solar, una agencia especializada de la ONU con jurisdicción más allá de la atmósfera terrestre, y los propios gobiernos nacionales en sus respectivas circunscripciones territoriales, no iba a facilitar precisamente la resolución de este conflicto de soberanía; existía, de hecho, un vacío legal del que los armadores del *Nueva Sión* habían sabido aprovecharse bien.

Los robots transportados por el mercante hacia un punto indeterminado del cinturón de asteroides -sus tripulantes se habían negado en redondo a revelar su ubicación, amparándose en su insistente afirmación de que en su proceder nada había de ilegal- resultaron haber sido emancipados por sus respectivos dueños en un numeroso grupo de países, como pudo comprobarse con posterioridad. Puesto que las leyes relativas a los robots variaban mucho de un estado a otro, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para el control y la seguridad del espacio exterior se encontró frente al insólito problema de tener que atender multitud de reclamaciones realizadas por varios gobiernos terrestres, en especial el de los Estados Unidos, mientras la mayor parte de ellos se desentendían del tema a pesar de estar incluidos entre los lugares de procedencia de parte de los robots, no faltando incluso algunos -muy pocos- que elevaron sus protestas frente a lo que consideraban una intromisión de la ONU en asuntos que, según ellos, estaban fuera de sus competencias.

Aun cuando en la práctica totalidad de los países del globo los robots eran considerados como unas simples máquinas, prácticamente ninguna legislación nacional había considerado la cuestión de la emancipación de los robots, excepto la de los Estados Unidos y las de algunos de los países situados en su esfera de influencia. Resultaba así que las autoridades norteamericanas se veían obligadas a enfrentarse a una incongruencia que no hacía sino ponerlas en una situación que más de un periodista no habría vacilado en calificar de ridícula: Negaban a los robots unos derechos que legalmente no poseían, lo que conducía a una paradoja que no parecía importarles demasiado al poder legislativo estadounidense.

A pesar de todo, la reclamación continuó adelante; el gobierno de los Estados Unidos, el más firme del planeta en cuanto se refería a la defensa de la condición exclusivamente material de los robots -no se podía olvidar que Norteamérica era tanto el principal fabricante, como el mayor cliente de los mismos-, se obstinaba en reclamar la devolución de todos los robots emancipados de procedencia estadounidense, utilizando en sus alegatos toda una serie de argumentos que teñían la reclamación con un marcado tinte de solicitud de extradición.

Sin embargo, a los norteamericanos no les quedó otra vía que la de la reclamación oficial, toda vez que la jurisdicción espacial recaía por entero en manos de la ONU la cual, a través de su agencia espacial, era la única potencia autorizada para mantener una flota de guerra en el espacio, aun cuando el comercio y la explotación del mismo fueran absolutamente libres. Estaban ya muy lejanos los tiempos de la guerra fría en la que soviéticos y norteamericanos se repartían el control (o mejor dicho el bloqueo) de la organización y la ONU, que gozaba ahora de una autonomía real, rechazó la reclamación estadounidense por una abrumadora mayoría.

Las consecuencias de esta votación fueron enormes. La poderosa Norteamérica, profundamente humillada y puesta en ridículo, retiró públicamente su apoyo a la ONU proclamando al mismo tiempo su intención de estudiar la creación de una flota sideral propia, lo que contravenía la ética inspiradora del tratado internacional que reservaba a ésta el control exclusivo del espacio y ponía en grave peligro al delicado equilibrio internacional. El *Nueva Sión*, mientras tanto, convertido en el héroe indiscutible del conflicto, era liberado por las autoridades de Marte con todo su cargamento de robots intacto, haciendo poco después su entrada triunfal en el asteroide que había sido elegido por la Hermandad de Robots Libres como solar de su incipiente colonia.

Sólo entonces supo el mundo de la existencia de un grupo de robots emancipados de hecho -legalmente no era posible-, agrupados en una peculiar sociedad en la cual la religión era el único aglutinante común. Decididamente ilegales en algunos países -fundamentalmente en los Estados Unidos-, simplemente ignoradas en la mayoría de ellos, estas actividades habían sido desconocidas hasta entonces para la mayor parte de los gobernantes de las distintas naciones, los cuales contemplaban ahora con alarma el gran auge tomado por estos movimientos, que ya algunos consideraban sin titubeos como francamente desestabilizadores. Por esta razón, y una vez apagadas las iniciales muestras de simpatía hacia los movimientos religiosos de los robots, el pragmatismo político logró imponerse una vez más.

Las asociaciones que alentaban la emancipación de los robots, registradas comúnmente como agrupaciones religiosas aun cuando sus actividades revistieran en más de un caso un matiz acusadamente político, vieran su libertad de movimientos notoriamente restringida, cuando no totalmente suprimida, en la mayoría de los países desarrollados. Su modo típico de actuación, compra de robots viejos destinados al desguace, fue a partir de entonces entorpecida por la fuerte presión policial que llegaba, en muchos casos, a la confiscación de los bienes en los que no pudiera ser demostrada su procedencia legal, lo que yugulaba de hecho su principal fuente de financiación, las donaciones privadas.

Simultáneamente, una eficaz campaña de propaganda hábilmente orquestada por fuentes gubernamentales -y al mismo tiempo apoyada por las poderosas multinacionales- había conseguido predisponer a la siempre voluble opinión pública conforme a sus intereses; aun cuando numerosos intelectuales resaltarán la paradoja que suponía implantar prohibiciones a unos seres -los robots- oficialmente considerados como meras máquinas, eso no parecía importar lo más mínimo a una gran mayoría de ciudadanos, que se mostraban plenamente conformes con la versión oficial dada por los medios de comunicación.

Comenzaba una nueva época. Las asociaciones de robots, más fuertes y numerosas que nunca, se veían obligadas a sumirse en la clandestinidad, mas no por ello desaparecieron; como más de un observador hizo resaltar, el conflicto no había hecho más que comenzar.

* * *

Ron Svletjerson era un astronauta arquetípico. Descendiente de una familia que durante siglos había vivido por y para el mar, el joven Ron había optado a su vez por una variante, que no abandono, de la tradición familiar, enrolándose apenas pudo como tripulante de una astronave mercante. Según sus palabras de entonces existía una gran similitud entre el viejo mar y el espacio, y sólo en este último podía encontrarse ya ese romanticismo que hacía siglos perdiera el primero. Ron era un amante de la acción, un sempiterno vividor que deseaba saciar su sed de aventuras sin renunciar por ello a la tradición de sus mayores, y por ello eligió las recientemente abiertas rutas del espacio.

Eran tiempos heroicos, tiempos de pioneros y de sacrificios. Las astronaves, aún inseguras, tenían que luchar contra las adversidades del espacio, contra todo el cúmulo de factores que parecían aunarse para impedir que el intrépido ser humano abandonara su minúsculo planeta natal. La prueba era dura, y sólo hombres de gran temple consiguieron pasarla con éxito, pero Ron demostró ser uno de ellos. A lo largo de su dilatada carrera de astronauta, Ron había conocido naufragios estelares y había sufrido en propia carne el siempre temido ataque de los nuevos bucaneros; había sentido en más de una ocasión el gélido aliento de la muerte; había luchado, en suma, contra un ambiente hostil y traicionero. Y había triunfado; a sus setenta años Ron, junto con su viejo carguero *Walpurgis*, se habían convertido en una institución viva, en un símbolo de la navegación espacial.

Nadie osaba discutir a Ron su supremacía en la navegación interplanetaria sobre el resto de los navegantes, y aun se afirmaba que hasta los mismos piratas respetaban a la *Vieja Bruja*, nombre por el cual se conocía a la *Walpurgis* en toda el área comprendida entre la Tierra y los planetas exteriores. A pesar de su edad, Ron continuaba viajando por los asteroides víctima de su pasión por el espacio; la *Vieja Bruja* era una visión frecuente en los astropuertos marcianos, siendo habitual encontrar al viejo Ron sentado en la barra de alguna perdida taberna portuaria bebiendo su interminable jarra de ginebra. Esa era su vida, y esa sería hasta el día de su muerte.

No le había resultado nada difícil a Alberto Graziani encontrar al veterano astronauta; Ron era sin duda la persona más conocida de todo el cinturón de asteroides. Y allí se encontraba Graziani en aquel sórdido bar marciano, sentado frente a aquella leyenda viva, el viejo Ron, aparentemente indiferente a todo lo que le rodeaba excepción hecha de una más que generosa jarra de ginebra que sorbía con fruición.

-Así que se interesan por mis servicios. -afirmaba más que preguntaba el anciano entre sorbo y sorbo- Y bien, ¿a qué debo tal honor?

-Creo que resulta ociosa la respuesta. -atajó cautelosamente Graziani, a sabiendas de que trataba con un viejo zorro- Necesitamos efectuar un viaje a cierto lugar del cinturón

que queda muy desviado de las rutas comerciales, y todo el mundo está de acuerdo en que usted es el más experto navegante de toda esta zona del sistema.

-Bueno, la gente siempre exagera. -respondió Ron en un ambiguo gesto que Graziani no dudó en catalogar como una muestra de falsa humildad- Hay multitud de navegantes expertos que aceptarían gustosos su encargo; yo ya soy viejo, y mis huesos soportan mal el traqueteo de la *Vieja Bruja*.

-Señor Svletjerson, nosotros le queremos a usted. -puntualizó Graziani- Nuestro cargamento es extremadamente valioso, y no deseamos en modo alguno que su transporte pueda sufrir el menor contratiempo.

-¿Y qué les hace suponer que en mis manos estará más seguro su cargamento? -se resistió Ron, al tiempo que parecía prestar su atención tan sólo a la ya vacía jarra que hacía girar indolentemente entre sus manos- No creo que hayan tomado por ciertas algunas estúpidas leyendas que corren acerca de mi inmunidad; ya sabe, los astronautas tenemos fama de ser supersticiosos.

-Si he de serle sincero, se trata de algo que no nos preocupe lo más mínimo. -respondió Graziani, al tiempo que hacía un mudo gesto al rollizo camarero para que volviera a llenar la jarra de su insaciable interlocutor- Nos interesa su experiencia que, diga usted lo que diga, es única en todo el Sistema Solar.

-Jovencito, soy lo suficientemente viejo como para oler la chamusquina a varios kilómetros de distancia. -Ron parecía haber abandonado las indirectas; quizá la ginebra le había desatado la lengua, pensó Graziani- Y la verdad es que su proposición no me gusta lo más mínimo.

-¿Por qué? -preguntó Graziani, sin poder disimular su repentina alarma- No hay absolutamente nada ilegal en nuestra operación.

-Bien, yo no soy quien para juzgar su conducta. -le tranquilizó el anciano astronauta, tras una larga pausa que aprovechó para dar buena cuenta de la ginebra- El espacio tiene sus propias leyes, y muchas veces la justicia terrestre es incapaz de comprenderlas.

-¿Entonces...?

-Mi querido amigo, hay muchas cosas que sin ser ilegales pueden llegar a ser peligrosas; y sabe perfectamente a qué me refiero. Usted forma parte de esa famosa asociación que se dedica a comprar robots viejos para luego enviarlos al asteroide que han elegido como refugio. ¿Me equivoco? Ya veo que no; su cara me lo confirma.

-Pero nuestras actividades...

-Sí, ya lo sé; tan sólo están prohibidas en algunos países. Ustedes operan únicamente en aquéllos que consideran legal, o que al menos no prohíben, su tráfico de robots. El espacio, además, está bajo la jurisdicción de las Naciones Unidas, y éstas amparan oficialmente sus acciones; pero algunos gobiernos tienen los brazos muy largos, y su influencia puede llegar mucho más allá de los límites de sus fronteras.

-Comprendo sus temores; pero por nuestra parte estamos dispuestos a correr ese riesgo... Y a pagar generosamente a quien lo comparta con nosotros.

-Son muy bellas sus palabras, pero se ajustan muy poco a la realidad. ¿Cree usted que alguien se interesaría por la suerte que pudiera correr la *Walpurgis* de ser atacada por los piratas fuera de las rutas comerciales? ¿Piensa acaso que se atreverían a acusar como instigadores a los agentes de cualquier potencia terrestre?

-Hemos hecho ya muchos viajes, y en ninguno de ellos hemos sufrido el menor percance.

-En mercantes propios, y con escolta de unidades de la flota estelar. Sí, no se extrañe; su aventura es bastante conocida por estos pagos. Pero ahora me proponen que efectúe para ustedes un viaje poco menos que secreto, puesto que recurren a mí en lugar de utilizar sus propias naves; y supongo que sin escolta, ya que no parecen estar interesados en que nadie, ni siquiera las Naciones Unidas, tenga noticias de este viaje. ¿Me equivoco?

-En absoluto. -reconoció Graziani con resignación- escuche, señor Svletjerson; no estoy autorizado para revelarle la naturaleza del cargamento que deseamos transportar, pero sí puedo confirmarle que se trata de algo muy importante para nosotros. Algo por lo que estamos dispuestos a arrostrar cualquier adversidad que se nos presente.

-Son ustedes unos ilusos. -respondió Ron- Los asteroides son un nido de peligros, aún más si se enfrentan a ellos de la manera en que piensan hacerlo. Y aún más, son unos perfectos ingenuos. ¿Qué les hace pensar que pueden confiar en mí? ¿Acaso no temen que los delate?

-No, por dos razones; usted ha dicho que el espacio tiene sus propias leyes, y nos consta que una de ellas es el honor.

-Eso es cierto. ¿Pero cuál es la segunda razón?

-Nos subestima usted si cree que le hemos elegido sin conocerlo previamente; sabemos perfectamente que usted, sin estar en modo alguno al margen de la ley, tampoco se muestra demasiado partidario de confraternizar con ella. Conocemos además ciertos detalles de su vida que a los ojos de las autoridades resultarían algo... digamos turbio.

-¿Es un chantaje? -preguntó Ron sin inmutarse.

-En absoluto. Usted es totalmente libre de aceptar nuestra oferta o bien de rehusarla. No le coaccionaremos en absoluto para obligarle a hacerlo, ni tampoco lo utilizaremos como represalia si usted se niega a secundar nuestros planes. Se trata tan sólo de una simple medida de seguridad; usted conoce nuestros trapos sucios y nosotros lo suyos... Así de fácil. -concluyó Graziani esgrimiendo la mejor de sus sonrisas.

-Me gustan los hombres francos. -exclamó Ron al cabo de una larga pausa, al parecer necesaria para poder asimilar las palabras de Graziani- Muchacho, usted sería un buen astronauta. Sí, acepto. ¿Cuándo zarpamos?

Tal como sospechara Graziani, la *Walpurgis* era un viejo y destartado navío vestigio de la época heroica del espacio; como apuntara jocosamente Ron, el viejo cascarón estaba a tono con su capitán y propietario. También pudo descubrir el porqué de su extraño y al parecer popular apelativo: A ambos lados de la proa campeaba la sonriente figura de una bruja medieval cabalgando sobre la inevitable escoba. Encogiéndose de hombros, Graziani penetró en el interior de la astronave sin poder evitar un repentino escalofrío.

-Tranquilo... todavía funciona. -saludó Ron adivinándole el pensamiento.

-Así lo espero. -respondió Graziani, no del todo convencido.

-¿Viene usted solo? -preguntó el astronauta, cambiando bruscamente de tema- ¿Y el cargamento?

-Todo está previsto; el cargamento lo recogeremos una vez que estemos en órbita. Tenemos nuestros motivos para considerar que Marte es un lugar poco seguro.

-Bien... Como quiera; son ustedes los que pagan. -respondió Ron rascándose la coronilla en un gesto que quería pasar por indiferencia- Venga conmigo; le enseñaré la astronave. Como es natural, aquí no hay ningún lujo; la *Walpurgis* es una nave de carga y no está pensada para transportar pasajeros.

Pisando los talones a su ahora locuaz interlocutor, Graziani se limitaba a asentir en silencio mientras recorría la totalidad de las dependencias del pequeño navío. Como bien había dicho Ron, su diseño se ceñía a unos patrones estrictamente funcionales carentes por completo de lujos, y aun de comodidades. Al llegar a la proa, única parte habitada de la nave ya que la zona central y la popa estaban reservadas a los motores y a las bodegas de carga, Ron efectuó el reparto de los dormitorios.

-Tan sólo hay dos camarotes, con dos literas cada uno. Yang y yo ocuparemos uno, por lo que ustedes tendrán que instalarse en el otro.

-No se preocupe por nosotros. -respondió Graziani- Tan sólo seremos dos, y mi compañero no subirá a bordo hasta que no hayamos transbordado la mercancía.

-Bien, mejor así. -gruñó Ron- Por cierto; éste es Yang, mi compañero de aventuras. No, no se moleste en saludarlo; sólo habla chino.

Cohibido ante el impresionante aspecto del gigantesco Yang, digno émulo de los antiguos conquistadores asiáticos, Graziani penetró en la angosta cabina de mando situada en el ápice de la astronave, no sin poder evitar un involuntario y desagradable roce con el coloso. Apenas un complicado tablero de mandos, una mesa rodeada de sillas, unos armarios... Se trataba realmente de una astronave antigua, una auténtica pieza de museo.

-Como es fácil suponer, normalmente pasamos aquí la mayor parte del tiempo. - comentaba el locuaz astronauta, ajeno por completo a la desolada expresión de Graziani- Éste es nuestro comedor y nuestro salón; sólo lo abandonamos para dormir, para visitar la letrina o para inspeccionar la astronave. Acomódese lo mejor que pueda; dentro de unos minutos partiremos.

El despegue de la *Walpurgis* estuvo revestido de la monotonía que caracterizaba a una actividad que, como ocurría con la navegación espacial, estaba ya convertida en rutinaria. Tanto Ron como el inexpresivo Yang, sentados frente a los mandos, parecían ignorar al silencioso Graziani, absorto por completo en sus pensamientos mientras la *Vieja Bruja* avanzaba con celeridad por la órbita que le conduciría al encuentro con el carguero de la Hermandad.

Tras unas breves horas de viaje en las que la *Walpurgis* se situó a setenta grados sobre el plano de la eclíptica, otra precaución que extrañó a Ron puesto que todas las rutas interplanetarias se ceñían habitualmente a ella, los detectores localizaron una nave acercándose a gran velocidad hacia un punto situado a proa de la *Vieja Bruja*.

-Aquí están sus amigos... -apuntó Ron- espero.

-Sí, son ellos. -respondió Graziani tras lanzar una rápida mirada al panel de instrumentos- Ahí está el *Nueva Sión*.

El resto fue sencillo. Una vez sincronizada la velocidad de ambas astronaves, el *Nueva Sión* lanzó un tubo de conexión que se adaptó a una de las esclusas de carga de la *Walpurgis*. Transbordada por este camino una voluminosa caja que al parecer constituía el único flete, y una vez instalado en la *Vieja Bruja* un técnico encargado de la custodia de la misma, ambas astronaves se separaron siguiendo cada una de ellas su respectiva ruta. No sin muestras de disgusto, Ron se aprestó a dirigirse hacia el asteroide de los robots no siguiendo las rutas normales de navegación, sino encaminándose a él por el camino directo desde el lugar en que se encontraban, es decir, alcanzándolo desde arriba. Este trayecto les llevaría cerca de una semana de tiempo terrestre, lo que contribuía a acrecentar aún más el malhumor que invadía al viejo lobo del espacio. Prácticamente todos los astronautas solían mostrar una irresistible repugnancia a la navegación por lugares desconocidos, y la

Walpurgis no sólo se encontraba fuera por completo de las rutas normales, sino que también navegaba por una región del espacio que era de hecho un verdadero desierto estelar.

-No sea infantil, Svletjerson. -criticaba Graziani cercana ya la meta del largo viaje- Si damos todo este rodeo es precisamente para evitar cualquier tipo de tropiezo con visitantes indeseables. ¿No es cierto, Andrés?

-Así es. -corroboró el ingeniero- Las posibilidades de encontrarnos con alguna astronave dentro de este plano orbital son ínfimas; por eso elegimos esta ruta.

-Eso está muy bien, pero soy yo quien pilota la nave. -rezongó Ron- Y no son ustedes los que se ven obligados a navegar a tientas y sin cartas estelares.

-Vamos, señor Svletjerson. -atajó Graziani- ¿Por qué cree usted que le elegimos? Para navegar por una ruta comercial nos hubiera servido cualquiera.

-Yo no he dicho que no pueda llevar a la nave hasta su maldito asteroide. -Ron vacilaba entre su amor propio herido y su instinto de conservación- Tan sólo quiero que sepan que no es nada fácil, ya que al cambiar de plano de navegación hemos perdido todas nuestras referencias.

-Si no confiásemos en su pericia, no le hubiéramos contratado para este viaje. - interrumpió Andrés- Por otro lado, la verdad es que no tenemos ninguna prisa por llegar.

Iba responder Ron a cuando un sonido gutural -casi un grito- brotó de la garganta del hasta entonces silencioso Yang. Cuando Graziani volvió su mirada hacia él, convertido ahora en el centro de atención de todos sus compañeros, pudo comprobar con sorpresa cómo el habitualmente inexpresivo rostro del oriental reflejaba ahora una inusitada expresión de alarma.

-¿Qué ocurre, Yang? -le preguntó Ron, olvidándose de utilizar el chino.

No fue necesario que el coloso amarillo relatara el motivo de su sorpresa, ni de que Ron tradujera sus atropelladas palabras. Como todos pudieron comprobar, los detectores de la *Walpurgis* señalaban la presencia de una astronave desconocida que se acercaba con rapidez al carguero.

Fue entonces cuando Svletjerson se reveló como el curtido astronauta que era. Sin perder en ningún momento el control de sus nervios, muy al contrario que sus atemorizados pasajeros, los dos astronautas se dispusieron a verificar la identidad de la nave que, como pudieron comprobar, se dirigía en línea recta hacia ellos.

-¿Es una patrullera? -preguntó tímidamente Graziani.

-No lo creo. -respondió Ron- Nunca suelen internarse por aquí. En realidad, nadie viaja normalmente por esta región del espacio.

-Entonces, ¿son piratas? -la huella del miedo era patente en el lívido rostro de Andrés.

-Es lo más probable. -masculló Ron sin mover un solo músculo de su rostro- Pero no es habitual que ronden por estos andurriales en busca de presas; más bien parecen haberse desviado de su ruta, quizá por una avería. Vamos a comprobarlo.

-¿Acaso vamos a acercarnos a esos asesinos? -se escandalizó Andrés- Alejémonos de ellos, ahora que todavía estamos a tiempo.

-Señor Huertas, le ruego que mida mejor sus palabras. -le recriminó Ron con acritud- En primer lugar no sabemos de quien se trata, y por otro lado ya dije en una ocasión que las leyes del espacio son muy diferentes a las de la sofisticada Tierra. Los piratas no son ningunos asesinos, pero aunque lo fueran, no lo serían más que esos flamantes patrulleros que dicen imponer la ley y el orden en el Sistema Solar. Esa nave puede estar averiada, y es nuestra obligación socorrerla sean quienes sean sus tripulantes.

Uniendo la acción a la palabra Ron conectó el teleobjetivo, convirtiéndose en una nítida imagen lo que hasta entonces fuera tan sólo un punto luminoso.

-¿Es...? -interrogó Graziani con nerviosismo, dando por supuesto el resto de la pregunta.

-¡Vaya! Pero si es el viejo Hak. -exclamó Ron como única respuesta- No se alarmen; nada malo nos va a ocurrir, pero es preferible que mantengan la boca cerrada.

Conforme se fueron aproximando ambas naves, pudo comprobar Graziani la certeza de la leyenda, nunca confirmada ni desmentida, según la cual Ron Svletjerson gozaba de inmunidad frente a los ataques de los normalmente feroces piratas, una inmunidad debida según dichas fuentes a la existencia de una connivencia entre un Ron siempre en el filo mismo de la legalidad, y todos aquellos proscritos. Porque efectivamente, aquel Hak al que hiciera referencia el astronauta con tanta familiaridad debía de ser sin duda un capitán pirata, puesto que pirata era con seguridad la astronave que ahora navegaba a su lado, un antiguo carguero tanto o más viejo que la *Walpurgis*, con el casco surcado por cicatrices de viejas escaramuzas y erizado de todo tipo de heterogéneas armas.

-Aquí la *Walpurgis*. ¿Me oís, *Aquelarre*? -sin dar más explicaciones a sus sorprendidos pasajeros, Ron intentaba establecer contacto por radio con la astronave pirata.

-¿*Walpurgis*? Aquí la *Aquelarre*. -se oyó una voz en el receptor- ¿Eres tú, Ron?

-Sí, soy yo, viejo Hak. ¡Maldita sea! ¿Qué es de tu duro pellejo?

-Todavía sigue entero, aunque algo más agujereado desde la última vez que nos vimos. Pero basta ya de conversación. ¿Preparados para el abordaje?

-Preparados. Cuando vosotros queráis.

La forma utilizada habitualmente para tomar contacto entre dos astronaves en vuelo, consistía en unir ambas con un tubo flexible una vez situadas una al lado de la otra y sincronizadas sus respectivas velocidades, de manera que sus desplazamientos relativos fueran nulos; quedaban así enlazadas de una manera estanca, permitiendo el contacto físico entre las dos tripulaciones. El abordaje se efectuaba de forma automática y rápida, bastando apenas unos minutos para que se pudiera transitar por el túnel; así lo había hecho la *Walpurgis* en su anterior contacto con el *Nueva Sión*, empleando ahora este mismo sistema para su conexión con el navío pirata.

En contra de lo que Graziani esperaba Ron no se movió de su asiento, limitándose a esperar la llegada de los visitantes. Éstos no se hicieron de rogar, presentándose en la cabina apenas pudieron ser abiertas las esclusas. Eran tres en total, todos ellos fornidos astronautas curtidos por años de dura vida en el espacio. El que parecía ser el jefe, inmediatamente asociado con Hak por Graziani, saludó al viejo astronauta con una familiaridad que no tuvo por menos que sorprender al científico.

-¡Por la gran Galaxia! -gruñó el pirata atenazando a Ron con un fuerte abrazo- ¿Cuánto de bueno te ha ocurrido desde la última vez que nos vimos? Ha pasado mucho tiempo desde entonces, y veo que has prosperado; cuentas con nuevos tripulantes.

-Así es. -respondió con jovialidad el astronauta al tiempo que lanzaba una inquieta mirada a sus silenciosos pasajeros- La vida es dura, y hay que aprovechar las ocasiones. Yang y yo estábamos desbordados por el trabajo, por lo que tuve que contratar a Alberto y a Andrés; son dos astronautas algo novatos, pero muy eficientes.

-Tú sí eres afortunado. -rezongó Hak repentinamente sombrío- Por el contrario, yo tengo graves problemas incluso para sobrevivir.

-¿Qué te ocurre? Algo de eso sospeché cuando descubrí a la *Aquelarre* tan desviada de las rutas de navegación. ¿Tenéis alguna avería? Si es así, contad con nuestra ayuda.

-¡Ojalá fuera tan sólo eso! No, amigo Ron, el problema es mucho más grave. Todo nace y todo muere, y a nosotros ahora nos corresponde desaparecer. Pero ésta es una historia muy larga, y los gatzates se resecan de tanto hablar; saca la ginebra y bebamos juntos. ¡Por el viejo espacio! No todo ha de ser tan fúnebre.

-Todo comenzó hace algunos meses, cuando aparecieron esos malditos agitadores. -la generosa ingestión de alcohol parecía haber desatado la locuacidad de Hak.

-¿A quién te refieres? -preguntó Ron.

-Nunca supimos de dónde procedían ni a que país representaban; pusieron mucho cuidado en ocultarlo. Pero realizaron con éxito su labor y ahora nos corresponde a nosotros cargar con las consecuencias.

-¿Tiene esto algo que ver con vuestra presencia en esta zona?

-Los asteroides han dejado de ser un refugio seguro para nosotros. -respondió el pirata con tristeza- Tan sólo nos queda ya el recurso de la huida.

-¿Huir de quién?

-¿De quién va a ser? De las patrulleras de las Naciones Unidas; están dispuestos a limpiar todo el cinturón, y llevan camino de conseguirlo.

-Pero las patrulleras nunca se habían internado en el cinturón; tan sólo se limitaban a proteger las rutas comerciales. -arguyó con asombro el astronauta.

-Así era, hasta que atacamos ese maldito asteroide.

-¿Qué asteroide? -intervino por vez primera Graziani, súbitamente alarmado.

-¿Cuál va a ser? -respondió cansinamente el pirata- Ese maldito guijarro en el que se habían refugiado esos chiflados defensores de los robots.

-¿Los atacasteis? -atajó Ron adelantándose a los cada vez más nerviosos científicos- ¿Por qué lo hicisteis? Poco botín debisteis de obtener.

-¿Poco? Yo diría que nada. Apenas unas toneladas de chatarra calcinada y completamente inservible; pero esos intrusos habían convencido a la mayor parte de nosotros de que los robots escondían toneladas de metales preciosos en su asteroide.

-¿Cómo pudisteis ser tan ingenuos? -Ron seguía impidiendo intervenir a sus abrumados pasajeros.

-Es infinitamente más fácil engañar a muchos que convencer a unos pocos. -respondió Hak con fatalismo- Al principio éramos muchos los que nos oponíamos a un saqueo que nada útil nos podía proporcionar, pero esos agitadores supieron hacer bien su labor. Poco a poco se fue imponiendo entre los independientes la idea de atacar a los robots, convencidos de que ese maldito pedrusco encerraba un Eldorado. Hace cinco días una flota de independientes -así se autodenominaban los piratas- ocupó el planetoide; una vez que descubrieron que, efectivamente, allí no había nada de valor, arrasaron completamente cuanto de vida, humana o artificial, encontraron en él.

-¡Asesinos! -exclamó el trémulo Huertas logrando salvar por unos instantes el estrecho marcaje al que les tenía sometidos Ron- Ellos no tenían armas, y jamás hubieran podido defenderse.

-¿Cómo sabe usted eso? -se sobresaltó el pirata poniéndose en guardia- ¿Acaso...?

-No, Hak, no es lo que tú te imaginas. -atajó conciliadoramente Ron- Jamás hubiera accedido a transportar en mi nave a unos agentes gubernamentales. Tan sólo son dos miembros de la Asociación Robótica, o como demonios se llame. Me contrataron para que les condujera a su asteroide, y si seguíamos esta ruta tan poco habitual era precisamente para esquivar a las naves policiales.

-Si es así... -gruñó el gigante sin demasiada convicción en el tono de su voz.

-¿Dice usted que el ataque al asteroide tuvo lugar ahora cinco días? -le interrumpió Graziani, más sereno que su descompuesto compañero; y ante el mudo gesto de asentimiento del pirata, continuó- Eso explica que nuestros compañeros del Nueva Sión no supieran nada. Nos separamos de ellos hace seis días.

-Y desde entonces se empeñaron en mantener siempre cerrada la radio. -intervino Ron- Podríamos habernos evitado la mayor parte del viaje, porque supongo que ya no desearán ir allí.

-Eso todavía no lo hemos decidido. -rebatió Andrés Huertas, con voz apenas audible.

-Bien, yo no soy quien para opinar, y tampoco tengo nada contra ustedes. -comentó el gigante- Ni participé en el ataque a su base, si esto les tranquiliza. Pero les prevengo de una cosa. Existe un poder muy grande detrás de todo esto. Nosotros no teníamos ningún interés especial en atacar ese asteroide, y hasta ahora siempre lo habíamos respetado. Tampoco habíamos sufrido ninguna persecución sistemática por parte de la flota de las Naciones Unidas; cada parte era dueña de su propia zona de influencia, y jamás habían surgido incidentes graves entre ellos y nosotros, salvo alguna que otra escaramuza sin demasiada importancia. Sin embargo, algo ha cambiado; alguien estaba muy interesado en destruir a la comunidad de los robots, y lo ha conseguido. Ese alguien quería acabar también con nosotros, y lleva camino de lograrlo. Toda una jugada maestra.

-Esto no cambia la situación. -gritó con rabia el ingeniero- Nuestra colonia ha sido destruida, y eso es lo que importa.

-Lamentablemente para todos, esto es algo que ya no tiene solución. -interrumpió Ron- Seamos pues consecuentes y evitemos confrontaciones entre nosotros; ya dijo Hak que nada tuvo que ver con el asunto.

-Así es. -intervino de nuevo el apátrida- Poco interés podíamos tener los independientes en saquear un lugar carente por completo de objetos de valor; tan sólo encontraron allí unos cuantos miles de viejos y destartados robots que únicamente les hubieran supuesto un estorbo. Tan sólo consiguieron firmar la sentencia de muerte de todos nosotros.

-Si ha sido así, tiene que haber existido un beneficiario de todo esto. -argumentó Graziani, repentinamente sereno- Mi pregunta es: ¿quién?

-Ojalá pudiera responder a su pregunta; yo también desearía saberlo. -confesó Hak- Ya dije que mostraban un inusitado interés en ocultar su origen. ¿Agentes de alguna potencia terrestre? ¿Funcionarios de las Naciones Unidas? De lo que estoy completamente seguro, es de que no se trataba de independientes.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -pregunto súbitamente Andrés Huertas saliendo de su estupor.

-Por lo que a nosotros respecta, marcharnos de aquí cuanto antes. -respondió el pirata, dándose por aludido- Siento que tengamos que despedirnos de forma tan brusca, pero no nos queda otro remedio. Adiós, Ron.

Sin cruzar más palabras con los viajeros de la *Walpurgis*, los tres piratas se encaminaron a su astronave. Sólo entonces se percató Graziani de que ninguno de los dos compañeros de Hak había abierto la boca durante toda la conversación.

* * *

Hacía ya varias horas que la *Walpurgis* navegaba de nuevo en solitario, convertida ya la *Aquelarre* en uno más de los millones de puntos luminosos que tachonaban el impoluto firmamento. En el interior de la cabina de mando sus tripulantes deliberaban.

-Tendrán que decidirse de una vez; -comentaba Ron- no vamos a estar así hasta que nos aburramos.

-Ya lo sé. -respondió Graziani cesando momentáneamente de caminar a lo largo de la angosta cabina, como si de un león enjaulado se tratara- Pero tenemos en nuestras manos una grave responsabilidad, y no podemos arriesgarnos a adoptar una decisión equivocada.

-Llamen por radio a su base de Marte. -propuso el astronauta con toda naturalidad.

-¡Imposible! -exclamó Andrés levantándose bruscamente de su asiento- Ahora más que nunca debemos ocultarnos. Además, ignoramos si nuestros compañeros gozan aún de libertad de movimientos.

-Discúlpenme si me entrometo en sus asuntos. -insistió Ron- Pero me gustaría saber por qué consideran tan valioso el cargamento que transportamos.

-Se trata de algo mucho más importante de lo que usted puede imaginar. -respondió Graziani con gesto cansado- Mucho más.

-Bien, caballeros, siempre he tenido por norma respetar el derecho de mis clientes a la discreción y al silencio; sólo así he podido sobrevivir en una sociedad de frontera como es ésta. Pero también he de velar por mi integridad física y la de mi nave, y mi instinto de conservación me dice que ambas están en peligro. No, no se alarmen; jamás he dejado de cumplir mis compromisos y no tengo ninguna intención de hacer ahora una excepción. Lo que sí les pido, por el bien de todos, es que me revelen la naturaleza de su cargamento, ya que sólo así podré ayudarles a escapar con ciertas garantías de éxito.

-¿Por qué no? -admitió Graziani con abatimiento tras intercambiar una rápida mirada con su compañero- Nada conseguimos con seguir ocultándolo una vez desbaratado todo nuestro plan.

-Creo que tienes razón. -remachó Andrés- Además, así podríamos informar a Paco de lo ocurrido.

-Un momento. -se alarmó Ron- ¿Quién es ese Paco?

-Nuestro cargamento. -respondió escuetamente Graziani.

-¿Quiere usted decir que han mantenido encerrada a una persona en la bodega durante todo este tiempo? -la perplejidad se reflejaba en el curtido rostro del astronauta.

-En realidad Paco no es una persona... al menos, lo que habitualmente se entiende por tal. -matizó Andrés- Paco es un robot.

-Un robot... Debí imaginármelo. Pero sigo sin comprender la razón por la que fueron tomadas tantas precauciones. Ustedes transportaban a los robots en sus propias astronaves.

-Paco no es un robot normal; no podíamos arriesgarnos a trasladarlo en el *Nueva Sión*.

-¿Acaso su coraza es de platino? -ironizó Ron.

-Paco es el alma del movimiento religioso de los robots. -explicó Graziani haciendo caso omiso de la pulla- Aun cuando ningún robot teme su desaparición física, Paco es un símbolo muy valioso que no podíamos dejar caer en manos de sus enemigos. No fue él, sino nosotros, quienes decidimos trasladarlo en secreto a nuestra base de los asteroides.

-Afortunadamente para ustedes, Paco se libró de la masacre.

-Sí, dentro de la desgracia ha sido una suerte. -respondió Graziani con abatimiento- Al menos, salvamos a Paco. No quiero ni imaginar siquiera lo que habría sucedido de haberse encontrado allí cuando la asaltaron los piratas; nuestro movimiento habría quedado decapitado por completo.

-Ahora comprendo su comportamiento, y alabo sus precauciones. ¿Pero a qué esperamos? -concluyó Ron rompiendo el silencio- Vayamos a buscar a ese robot.

Paco estaba cuidadosamente embalado y parcialmente desmontado; la primera labor a realizar, pues, fue la de ensamblar las diferentes piezas que formaban su cuerpo. Andrés Huertas, encargado de la custodia y el cuidado del robot, procedió posteriormente a conectarlo. Según informó el ingeniero, Paco reaccionaría de una manera similar a la de un humano que despertara de un largo y profundo sueño.

-La paz sea con vosotros. -saludó Paco, utilizando una expresión que se había hecho popular entre los robots- ¿Hemos llegado ya a la base?

-Me temo que no. -respondió Graziani con cautela- Ha habido problemas.

-¿Qué tipo de problemas?

-La base ha sido destruida. Dudamos entre continuar adelante o volver a Marte.

Un tenso silencio se cernió sobre la cabina. El robot callaba, y los cuatro hombres respetaban su silencio. Al cabo de unos largos minutos, Paco habló.

-Volvemos. Nada podemos hacer allí.

-¿A Marte? -preguntó Andrés.

-No. A la Tierra.

-¿A la Tierra? -se alarmó el ingeniero- Puede ser peligroso.

-¿Dónde radica el verdadero peligro, amigos míos, sino en nosotros mismos? -respondió Paco, haciendo uso de la peculiar retórica típica de los robots conversos- Pedro negó a Jesucristo tres veces, y nosotros ya lo hemos hecho una. Volvamos a la Tierra.

-Celebro que haya triunfado la cordura. -intervino Ron rompiendo su largo silencio- Yang, preparemos el rumbo.

* * *

El viaje de retorno de la *Walpurgis* fue, como cabía esperar, una carrera entre el afán y el peligro. Conscientes sus tripulantes del riesgo en que incurrirían en el caso de caer en

manos hostiles, no por ello renunciaron a su propósito de retornar lo más rápidamente posible a su lugar de origen. No ignoraban el peligro que suponía aparecer en Marte, o en la Tierra, acompañados por Paco, quizá el personaje más buscado en esos momentos en todo el Sistema Solar. Desconocían asimismo hasta que punto era importante el poder de esa potencia extranjera aludida por el viejo pirata, potencia que inequívocamente asociaban con los Estados Unidos, si bien estaban convencidos de que sus agentes debían de estar, en todo caso, perfectamente infiltrados. De hecho, ni siquiera sabían si podrían confiar en las fuerzas armadas de las Naciones Unidas, único organismo que les había mostrado su apoyo desde que se iniciara la crisis del *Nueva Sión*.

No era precisamente cómoda la situación de Paco y sus compañeros. Navegando por rutas ignoradas alentaban en su pecho, ahora más que nunca, el temor de tropezar con algún pirata fugitivo, aun cuando Ron afirmara que no era ése el peligro; algunos capitanes de la Flota eran de nacionalidad estadounidense, y no les sería difícil justificar ante sus superiores la destrucción de la *Walpurgis* en plena campaña de limpieza de los asteroides. Con la mente puesta en un acontecimiento del que ignoraban cual podría ser su final, veían cómo la meta de su viaje -el planeta Marte, dado que Ron se oponía tajantemente a ir más allá- se aproximaba conforme pasaban los días.

Estaba próximo ya el momento en el que necesariamente tendrían que entrar en contacto con la abigarrada comunidad marciana, e ignoraban totalmente cual podría haber sido la reacción de los distintos estamentos sociales a raíz de la destrucción de la base de los asteroides, dado que Graziani se había negado a autorizar la utilización de la radio; no obstante, un elemental sentido de la prudencia les aconsejaba dirigirse directamente a los funcionarios de las Naciones Unidas, únicas personas de las que presumiblemente podrían esperar ayuda.

Quiso el destino que fuera precisamente un navío de la ONU, la patrullera *Deyanira*, el primero con el que establecieron contacto, justo cuando iniciaban las maniobras de acercamiento al planeta. Imbuidos por una ambigua sensación en la que se entremezclaban sentimientos tan dispares como el alivio y el temor, los viajeros de la *Walpurgis* respondieron a las solicitudes de identificación insistentemente enviadas por la *Deyanira*. Ocurriera lo que ocurriera, la suerte estaba ya echada.

A diferencia de lo que ocurría en la práctica totalidad de las naves civiles, las patrulleras carecían, por motivos de seguridad, de los tubos de conexión tan utilizados en los abordajes en pleno espacio. Sus tripulantes se veían así obligados a desplazarse de una a otra astronave utilizando unos pequeños botes de desembarco muy similares a los utilizados en casos de emergencia, con la diferencia de que éstos se encontraban artillados. Ahora bien, no era normal que en las rutinarias operaciones de control las patrulleras fueran más allá de una simple comprobación visual, por lo que la decisión del capitán de la

Deyanira de enviar a algunos de sus hombres a efectuar una inspección al interior de la *Walpurgis* bien podía considerarse como una medida, cuanto menos, poco habitual.

-Algo ocurre. -musitó Andrés Huertas con un tono de fatalismo en su voz.

-Esperemos que el capitán no sea norteamericano. -gruñó Ron por única respuesta.

Minutos más tarde comprobaban con alivio que la nacionalidad del mismo, desplazado personalmente hasta la *Walpurgis*, era birmana, lo cual calmaba buena parte, aunque no la totalidad, de sus fundados recelos. Éste se mostró amable y respetuoso y, con gran sorpresa por parte de los fugitivos, puesto que en todo momento habían puesto cuidado en ocultar tanto su verdadera identidad como la naturaleza de su fallido viaje, les comunicó que era conocido su regreso por parte del cuartel general de la Flota. Les estaban, pues, aguardando.

-¿Cómo lo sabían ustedes? -preguntó extrañado Graziani una vez constatada la inutilidad de sus anteriores precauciones.

-Sus compañeros del *Nueva Sión* nos relataron la naturaleza de su viaje. -respondió el capitán- Calculamos que no llegarían al asteroide hasta pasados dos o tres días desde el ataque, por lo que supusimos que ustedes darían inmediatamente la vuelta. Como ven, no nos equivocamos.

-De sus palabras deduzco que nuestros compañeros están bajo su protección... O bajo su custodia. -comentó Andrés.

-Bajo nuestra protección. -aclaró el capitán- Al igual que ustedes a partir de este momento. Los ánimos están muy soliviantados en Marte e incluso en la Tierra, por lo que el Alto Comisionado se ha visto obligado a garantizarles personalmente su integridad física, proporcionándoles escolta si ello fuera necesario.

-Los norteamericanos, supongo.

-Lamento no poder responder a su pregunta; la jurisdicción de las Naciones Unidas abarca tan sólo el espacio interplanetario, careciendo de autoridad en las colonias de los diferentes países. Pero a raíz del ataque pirata a su base, el clima existente no es el más favorable para su organización; ha habido numerosos disturbios callejeros en contra de los robots, y la fuerza policial conjunta tan sólo controla parcialmente la situación.

-Bien, no es necesario que continúe; le comprendemos perfectamente. -Ron había tomado parte por vez primera en la conversación- Por cierto, ¿qué ha sido de los piratas?

-Es lo único positivo de este desdichado asunto. -respondió el militar sin percatarse del sutil tono con que había sido hecha la pregunta- Desde hacía tiempo buscábamos una excusa para acabar con ese nido de ratas, y los muy estúpidos nos lo han puesto en bandeja.

-¿Qué órdenes tiene con respecto a nosotros? -interrumpió Graziani.

-He de escoltarlos hasta nuestra base en Deimos, donde les aguarda su astronave; allí ustedes decidirán. Por cierto, ¿no traen a su robot?

-Veo que ustedes están bastante bien enterados de nuestras andanzas. -sonrió Graziani con amargura- Paco se encuentra oculto en la bodega; ignorábamos cómo nos iban a recibir, por lo que creímos oportuno esconderlo.

-Bien, señores, les ruego que sigan a nuestra patrullera. -concluyó el capitán antes de abandonar la nave- Supongo que estarán deseosos de reunirse con sus compañeros.

El resto del viaje transcurrió rápidamente. Reunidos los viajeros de la *Walpurgis* con sus compañeros del *Nueva Sión*, partieron todos juntos de la base de Deimos dirigiéndose directamente a la Tierra, mientras el viejo Ron retornaba a su vez a Marte. El gran ascendiente ejercido por Paco sobre sus compañeros hizo que se impusieran sin dificultades las tesis del robot, convertido de hecho en el jefe natural de la expedición. No obstante, no viajaban solos; el delegado de las Naciones Unidas había insistido en que dos patrulleras de la Flota, las viejas conocidas de los viajeros *Deyanira* y *Semíramis*, les acompañaran en calidad de escolta durante todo el trayecto.

Extrañados sobremanera al comprobar cómo dos unidades de la Flota abandonaban el cinturón para internarse en el espacio interior, es decir, el comprendido dentro de la órbita de Marte, sólo entonces acertaron a comprender los tripulantes del *Nueva Sión* la gravedad de la situación en la que se encontraban implicados. Según fueron informados, la razón de esta excepcional medida de seguridad había que buscarla en el hecho comprobado de la existencia de astronaves sin identificar, que se suponía artilladas, dentro de las rutas de navegación que enlazaban ambos planetas.

Esta circunstancia suponía una flagrante violación de los acuerdos internacionales que reservaban a las Naciones Unidas el derecho exclusivo de posesión de una flota interplanetaria, privilegio que hasta el presente jamás había sido cuestionado por ninguna potencia terrestre. Se confirmaban así tanto las acusaciones del capitán de la *Aquelarre*, como los rumores recogidos en Marte por los compañeros de Graziani antes de que huyeran a refugiarse a Deimos, según los cuales esas misteriosas naves habrían tomado parte activa en la destrucción de la base de la Hermandad.

Supieron también de la tensa situación vivida en la mayor parte del planeta, donde los principales países, presionados por los intereses de las poderosas compañías

multinacionales, se habían lanzado a una guerra sin cuartel contra las principales asociaciones de robots, haciendo uso de todos los medios posibles para desbaratar a las mismas. Abandonada ya toda posible solución diplomática, la práctica totalidad de los gobiernos occidentales, comandados por los omnipresentes Estados Unidos, habían volcado todos sus esfuerzos en aplastar a un colectivo de robots que nada había hecho por defenderse, limitándose a adoptar una actitud de resistencia pasiva complementada en algunos casos por una semiclandestinidad.

Tan sólo la Organización de las Naciones Unidas había hecho oír su voz para condenar tan evidente desafuero, si bien su postura se debía más a una actitud de coherencia con sus postulados básicos, que a una convicción respecto a las posturas ideológicas esgrimidas por los robots. Realmente eran muy pocos los que admitían la existencia de un alma en los robots, si bien existía una corriente, cada vez más fuerte, que clamaba en contra de unos salvajes métodos de represión que llegaban, en algunos casos, incluso al desguace. No obstante, esto no había sido suficiente para acabar con la persecución, que continuaba desarrollándose cada vez con más saña mientras el alto organismo internacional se encontraba acorralado por aquellos mismos que lo habían creado.

-¿Tan grave es la situación? -se asombraba Graziani, desplazado hasta la *Deyanira* en visita de cortesía- Cuando salimos de la Tierra ya existían tensiones, pero no podíamos sospechar que en tan poco tiempo pudieran agravarse tanto.

-Desgraciadamente, así ha sido. -respondió el capitán de la patrullera- Ha transcurrido mucho tiempo desde que la crisis comenzara a gestarse, pero han bastado unos pocos días para que la situación se tornara peligrosa.

-No puedo creerlo. ¿Cómo pueden ser tan obcecados?

-Todo ha influido un poco, desde el temor oculto de buena parte de la población hacia a los robots, hasta oscuros intereses electoralistas, sin olvidar las presiones de la industria cibernética. Las detenciones masivas ordenadas por las autoridades, que ellos llaman confiscaciones, han degenerado en persecuciones indiscriminadas contra todo tipo de robots, acabando generalmente en destrucciones masivas de los mismos. -era evidente que el oficial eludía utilizar la palabra *matanza*.

-¿Tan caótica es la situación?

-Mal que nos pese reconocerlo, es así. Los disturbios aumentan de día en día, y la peor de todo es que los gobiernos ya no pueden dar marcha atrás. Otra consecuencia grave es que las ventas de nuevos robots han caído en picado a causa de las algaradas, lo que ha provocado un descontento social todavía mayor. Nos encontramos, pues, sumidos en una espiral que no hace sino acrecentar aún más la crisis. -concluyó con pesimismo el capitán.

-Mal futuro nos espera.

-Nosotros tan sólo podemos garantizarles protección hasta nuestra base lunar; si insisten en viajar hasta la Tierra, tendrán que contar exclusivamente con sus propios medios.

-Pero nosotros queremos ir a la Tierra. -insistió Graziani- Por otro lado, no creo que a los humanos nos hagan nada; esta persecución es contra los robots.

-No se hagan ilusiones. Aun cuando dejaran a su robot en nuestra base, ustedes no se encontrarían mucho más seguros. Si bien la represión se ha desatado fundamentalmente sobre los robots, habiendo afectado a sus propietarios tan sólo en forma de confiscaciones o de multas, su caso es muy distinto. Se les considera instigadores de la rebelión, y como tales serían tratados en el caso de ser descubiertos y capturados. Yo que ustedes, permanecería en la Luna hasta que los ánimos estuvieran más calmados.

-¿Qué ha sido de nuestros compañeros? -preguntó Graziani, súbitamente alarmado.

-Su organización ha quedado prácticamente desmantelada. Los robots han sido incautados por los respectivos gobiernos, y en lo que respecta a los humanos, los mandos más cualificados han sido detenidos, encontrándose a la espera de juicio.

-Pero esto no habrá ocurrido en todos los países.

-Lamento desilusionarle. Lo cierto es que, de una u otra manera, ustedes no estarían seguros en prácticamente ningún lugar del globo. En la mayoría de los países musulmanes el fanatismo religioso ha atizado aún más el fuego, mientras en numerosas regiones del Tercer Mundo los dictadores de turno han aprovechado la ocasión para incrementar sus bienes personales a costa de los escasos propietarios de robots existentes en sus respectivos países. Esto les deja a ustedes prácticamente sin ningún país al que acudir en demanda de asilo. Créanme; no pasen de la Luna.

-Yo no soy quien para decidir en nombre de todos mis compañeros. -respondió Graziani dubitativamente- Somos doce además de Paco, y debemos ponernos de acuerdo entre todos.

-¿Acaso no han decidido aún qué es lo que van a hacer? No les queda demasiado tiempo.

-No es tan fácil como usted cree. Todos nosotros queremos dirigirnos a nuestra sede central de Ginebra, pero Paco se opone. Dice que no tenemos por qué arriesgarnos por algo que no nos incumbe.

-En esto demuestra ser más juicioso que todos ustedes.

-No lo crea. Quiere que todos nosotros nos quedemos en la Luna mientras él se dirige a la Tierra.

-¿A Ginebra?

-No. A Nueva York. Pretende hablar en la Asamblea General de las Naciones Unidas.

* * *

De una forma tan brusca como anteriormente aparecieran, las brumas se desvanecieron de su mente. Resultaba cuanto menos inquietante comprobar cómo en el lapso de tiempo durante el cual había permanecido desconectado nada había parecido indicar la menor existencia de una vida extracorpórea... al menos para una inteligencia artificial como la suya. Tan sólo el vacío, el vacío más absoluto, había existido en el intervalo temporal durante el cual su mente, real o figuradamente, había estado sumida en el tenebroso mundo de la nada. Y Paco, por vez primera, dudó.

Reconduciendo sus pensamientos hasta umbrales menos inquietantes en su desnuda realidad, Paco recordó, con una nitidez imposible de alcanzar para un cerebro humano, todo lo acontecido hasta el mismo momento de su muerte temporal. Las iniciales disputas con sus compañeros, resueltas finalmente con el triunfo de sus postulados; el viaje a la Tierra en un transporte de las Naciones Unidas, camuflado entre los materiales del heteróclito cargamento que transportaba, y su entrada casi clandestina en la sede central del organismo internacional burlando a la rutinaria vigilancia policial, que no esperaba en modo alguno su presencia en pleno corazón del país en el que era más buscado.

Había sido, sin lugar a dudas, la más gloriosa, y a la vez más inquietante, experiencia vivida jamás por robot alguno. Apoyado incondicionalmente por sus fieles mentores, los cuales seguramente veían en la defensa de la causa de los robots la única posibilidad de mantener su supremacía y su independencia en el seno de un mundo cada vez más irreconciliablemente dividido, Paco había conseguido dirigirse, en un gesto insólito y difícilmente repetible, a los representantes de la totalidad de las naciones del planeta. En un discurso tan patético como digno, Paco había hecho una llamada a la conciencia mundial, a la misma que perseguía y exterminaba a sus congéneres por el mero hecho de serlo, por ser culpables en suma de haber reclamado su derecho a la eternidad. Los robots no luchaban por conseguir unas prerrogativas civiles, y jamás pretenderían equipararse socialmente a una humanidad que les había creado y a la cual no comprendían; tan sólo deseaban que les fuera reconocida su capacidad para amar a Dios.

Poco más recordaba Paco de los hechos acontecidos en aquella memorable jornada. El revuelo organizado en el vasto foro una vez terminada su alocución, al cabo degenerado en una franca alteración del orden público sin ningún tipo de precedentes en los anales de la institución; su suicida abandono del edificio, perdiendo tanto la protección policial como el

asilo que le ofrecían en el mismo; su inmediata detención por parte de las fuerzas militares norteamericanas desplegadas en torno a la sede de las Naciones Unidas; su interrogatorio por agentes especializados que nada pudieron, por otra parte, obtener de sus declaraciones... Y finalmente la desconexión de su cerebro electrónico, ordenada por el propio presidente de los Estados Unidos.

Y luego... nada, absolutamente nada, hasta el momento en el que por fin la luz comenzó a abrirse camino en su adormecida mente. La vida se restauraba otra vez en él, pero nuevas incógnitas invadían su redivivo ánimo. ¿Dónde? ¿Cuándo? De repente, descubrió que los robots también podían llegar a temer.

Al fin pudo asimilar, una vez difuminado el espantoso interregno que hasta entonces invadiera su mente, el cúmulo de sensaciones que sus órganos sensoriales le enviaban. Como pudo comprobar, se encontraba en el interior de una desnuda habitación apenas iluminada. Frente a él se encontraba una figura conocida, la del ingeniero Andrés Huertas, el cual le contemplaba con actitud expectante.

-¡Andrés! -acertó a exclamar al fin- ¿Qué haces aquí?

-Curiosa pregunta para alguien que acaba de volver del reino de la muerte. -respondió jovialmente el ingeniero- Dime, ¿qué tal te encuentras?

-Bien, tan sólo algo... aturdido. -concluyó Paco, vacilante sobre la oportunidad, en su caso, de aplicar dicho vocablo.

-No te extrañe. -le explicó su compañero- Has estado cerca de cinco años desconectado.

-¿Cinco años? Pero si yo...

-No es de extrañar que te muestres perplejo. De hecho, nosotros mismos temíamos por tu integridad mental después de permanecer tanto tiempo desconectado.

-Yo me encuentro perfectamente. -insistió el robot- Pero cinco años...

-Cuatro años y diez meses. -matizó Huertas- Pero tengo para ti una buena noticia.

-¿Estoy libre? -le interrumpió impacientemente Paco.

-Por supuesto. Pero no es esa noticia a la que yo me refería, sino a algo mucho más importante.

-¿A cuál, pues?

-Mucho es lo que ha cambiado el mundo desde que te detuvieran. A decir verdad, ha sido una de esas épocas claves que han cambiado la historia.

-Pero eso, ¿en qué me concierne? -insistió el robot, cada vez más inquieto.

-Tranquilízate. Tan sólo se trata de que los robots por fin habéis conseguido aquello por lo que tanto luchasteis.

-¿Quieres decir que...?

-En efecto. -remachó el ingeniero- La revolución no sólo ha sido política, sino también religiosa. Presionada por sus propios fieles, la Iglesia Católica se vio obligada a convocar un concilio, el Vaticano III. Hace apenas unas semanas que fue clausurado, y a partir de entonces el catolicismo reconoce el derecho de los robots a bautizarse. Por otro lado, y forzadas por la evidencia, la mayor parte de las grandes confesiones religiosas han seguido el mismo camino. Habéis triunfado en toda la línea.

-¿Quieres decir que ya han comenzado a bautizar a los robots?

-¡Oh, no! Todos hemos querido que tú fueras el primero; y no veas el trabajo que nos ha costado conseguir que te dejaran en libertad. El Papa en persona aguarda en Roma para bautizarte; y estamos muy cerca de allí, en Ginebra.

* * *

La basílica de San Pedro hervía de peregrinos que hacían recordar con su presencia a las históricas ocasiones por las que había atravesado la milenaria Iglesia Católica. Nada parecía haber cambiado desde el día en el que las añejas piedras fueron erigidas, pero entre la abigarrada multitud que la abarrotaba se adivinaban de vez en cuando las grises figuras pertenecientes a los robots, venidos en número de miles a la que fuera la antigua capital del orbe.

Bajo las solemnes notas de un himno religioso avanzaba lentamente la procesión, encabezada por Su Santidad Gregorio XVII. Al pie de la pila bautismal, impertérrito, aguardaba Paco; instantes después se arrodillaba para recibir el bautismo de manos del Santo Padre. Mientras los acordes triunfales de un himno de gloria invadían las naves de la antigua basílica, el nuevo hijo de la Iglesia meditaba. Y el robot, criatura humana al fin y al cabo, lloró.

UN PEQUEÑO INCIDENTE

En el interior de la abigarrada cabina una alarma comenzó a sonar con estridencia: Algo marchaba mal.

-¡Vaya! Otra vez el colector. -refunfuñó con fastidio uno de los dos tripulantes- ¿A quién le toca esta vez?

-Creo que a mí. -respondió sin demasiada convicción su compañero- ¡Malditos bichos! ¿Es que no podemos hacer un viaje en paz sin tener que andar tropezándonos con ellos a cada momento?

-Sí que son una plaga. -concedió el primero- Sobre todo cuando alguno de sus planetas se satura de población; son endiabladamente fértiles y, de no ser por lo efímero de su vida y lo frágil de su constitución física, en unas cuantas generaciones serían los suficientes como para llenar a rebosar toda la galaxia.

-Afortunadamente no es así; pero no por ello dejan de ser una molestia. Bien, saldré a limpiar el colector -concluyó al tiempo que se incorporaba del asiento.

Instantes después la figura del astronauta se deslizaba ágilmente por el exterior de la nave en dirección al enorme colector parabólico que remataba la chata proa de la misma. Este colector servía para recoger tanto las dispersas partículas materiales como la difuminada radiación estelar, siendo utilizadas ambas como fuente energética de la poderosa astronave. Rezongando por lo molesto de la tarea a realizar, el astronauta alcanzó finalmente el borde del gran colector para, pasando al otro lado, poner pie en la cara interna del mismo. Tenía una idea aproximada del lugar en el que había ocurrido el impacto, por lo que se dirigió hacia él con la seguridad de quien está acostumbrado a deambular por el espacio.

Efectivamente, allí se encontraba, aplastado contra el bruñido y duro material que formaba el espejo colector. Siempre se había preguntado cómo estas criaturas podían ser tan estúpidas; la nave generaba un débil campo gravitatorio que bastaba para desviar de su camino a todas las pequeñas partículas que se cruzaban en su camino dirigiéndolas hacia el túnel axial que conducía al convertidor de materia. Estos animales, como seres vivos que eran, deberían poder eludir sin dificultad esta débil trampa, pero la gran velocidad a la que se desplazaban hacía que se estrellaran no contra el túnel, como habría ocurrido de haber sido atrapados por el campo gravitatorio, sino contra la superficie interna del colector, funcional exclusivamente como medio de recepción de las radiaciones cósmicas.

Esta vez se trataba de una criatura bastante grande a juzgar por los deformados restos metálicos entre los que pudo apreciar, sintiendo una irresistible sensación de asco, varios jirones informes de repugnante materia orgánica, sin que el hecho de que ésta estuviera congelada por efecto del frío exterior le ayudara demasiado a reprimir las náuseas. Tomando la espátula que había llevado consigo arrancó la informe costra formada por los restos del *bicho*, los cuales arrojó rápidamente a la oscura boca central. El campo gravitatorio se encargaría de conducirlos al convertidor de materia, por lo que al menos alguna utilidad podría obtenerse de ellos.

Acto seguido procedió a inspeccionar los posibles daños que hubiera podido sufrir el lugar en el que había ocurrido el impacto, comprobando con alivio que el duro recubrimiento había soportado sin problemas el choque con el mucho más blando metal del intruso. Así pues, retornó al interior de la nave. Instantes después, mientras esterilizaba minuciosamente la herramienta que había utilizado para su labor, su compañero le interrogó sobre el resultado de su trabajo.

-Era uno de ellos tal como sospechábamos. -respondió escuetamente sin abandonar su tarea- Pero era el más grande que había visto nunca, y estaba además repleto de estos repugnantes parásitos orgánicos que suelen llevar en su interior; se ve que deben de estar de nuevo en plena fase de expansión.

-Eso significa un trabajo adicional para los controladores de plagas; si cuando yo digo que deberían haberlos exterminado...

-Sí, tendrían que haberlo hecho cuando se esterilizó toda la galaxia; pero ya sabes que los ecologistas se empeñaron en exigir la conservación de su hábitat al ser éste la única muestra de vida orgánica que quedó sin eliminar.

-Vida orgánica. ¡Puah! Seguro que estos estúpidos ecologistas no tienen que soportar a estos repugnantes bichejos... ¿Cómo se llaman?

-Humanos, creo -apuntó dubitativamente su compañero.

-Humanos o lo que sean; ¿qué más da? Yo los exterminaba a todos y acababa así con el problema. En fin; -suspiró- espero que no volvamos a tropezarnos con otros en lo que nos queda de camino... Ahora me toca salir a mí.

Instantes después el inmenso carguero de varios centenares de kilómetros de longitud se alejaba de la zona en la que había tenido lugar el encuentro con la frágil astronave terrestre, apenas un minúsculo insecto en comparación con el gran leviatán del espacio; en su interior, los dos gigantescos robots que constituían su única tripulación discutían sobre lo que habrían de hacer una vez llegados a su destino. En torno a ella, las estrellas brillaban inmutables.

LIBRE ALBEDRÍO

LAS TRES LEYES DE LA ROBÓTICA

- 1.- Un robot no puede dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que éste sea dañado.
- 2.- Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos excepto cuando estas órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.
- 3.- Un robot debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Leyes.

-Supongo que convendrán conmigo en que el percance ocurrido es grave... Tremendamente grave.

Las palabras del inspector gubernamental cayeron como un jarro de agua fría entre los presentes. De sobra sabían que el desgraciado accidente ocurrido tres días atrás forzosamente habría de acarrear consecuencia negativas para U.S. Robots y para ellos mismos, pero al fin y al cabo de la reacción del gobierno dependería poder seguir adelante o no con el Proyecto Hamlet... A priori cabía esperar que ésta fuera mala o peor, pero desgraciadamente el hombre que tenían frente a ellos se había decantado claramente por esta última. Así pues, densos nubarrones se cernían ominosamente sobre uno de los proyectos más importantes de la historia de la poderosa compañía.

-Pero si todo se debió a un desgraciado accidente... -balbuceó con voz apagada Antonio Jiménez, responsable máximo del proyecto- No se puede enjuiciar a todo un trabajo de años tan sólo por un acontecimiento puntual.

-Eso es precisamente lo que deseo investigar. -respondió su hierático interlocutor- Cierto es que no podemos culpar a una fábrica de automóviles de que uno de ellos atropelle a una persona, pero sí tendríamos que intervenir si por un defecto de fabricación empiezan a fallarles los frenos a todos. ¿Me explico?

-Perfectamente. -gruñó Susan Calvin, tan fría como el responsable gubernamental- Pero tras haber realizado una investigación interna cuyos resultados tiene usted en su poder -y al decir esto señaló con la mirada la abultada carpeta de tapas negras que yacía en la mesita central- hemos llegado a la conclusión de que no ha existido negligencia alguna en el desarrollo del prototipo, y que en ningún momento han sido violados los estrictos controles de seguridad impuestos por la compañía. El proyecto Hamlet era y es completamente seguro, por lo que coincido con mi colega en opinar que este accidente sólo puede ser atribuido a la casualidad...

-¡Pero un humano ha muerto a manos de su robot! -por vez primera su inquisidor demostraba tener reacciones humanas- ¿Les parece suficientemente grave este atentado contra la Primera Ley de la Robótica?

-No está tan claro que haya sido violada. Precisamente el proyecto Hamlet... -osó interrumpirle Antonio Jiménez.

-El señor Jiménez no ha querido decir literalmente eso, -se apresuró a rebatir Alfred Lanning, tercer miembro de U.S. Robots presente en la reunión y superior jerárquico de los otros dos- sino que las ecuaciones modificadas con las que se diseñó el cerebro positrónico

del prototipo Hamlet-1 mantenían con toda su intensidad la prohibición absoluta de causar daño a cualquier ser humano.

-Pero lo causó. Bien, dejemos esto por ahora. ¿Dónde está en estos momentos el prototipo?

-En nuestros talleres, por supuesto. Pero ahora no es sino un inservible montón de chatarra, ya que su cerebro positrónico quedó totalmente destruido inmediatamente después de ocurrir el... ¡hum! accidente, abrasado por el potencial negativo de la Primera Ley. Lamentablemente, esto nos va a impedir realizar un estudio psicológico del mismo.

-¿Está... muerto?

-Completamente. Por supuesto podríamos instalarle un cerebro positrónico nuevo, pero ya se trataría de un robot completamente distinto.

-¿Tienen más prototipos?

-Montados y conectados, no. Pero sí contamos con otro cerebro completamente terminado que no tuvimos tiempo de instalar en un cuerpo.

-Bien, tanto ese cerebro como los restos del robot asesino quedan incautados. Ordenen que sean trasladados a mi nave en presencia de uno de mis oficiales; ambos serán enviados a nuestros laboratorios federales para ser sometidos a estudio. Sí, ya sé que no vamos a encontrar nada que no hayan descubierto antes ustedes; -se interrumpió conciliador al observar los ceños fruncidos de sus forzados anfitriones- Pero la ley es la ley, y yo me veo obligado a aplicarla por más que personalmente esté convencido tanto de su capacidad como de su buena fe. Eso sí, también me veo obligado a recordarles que toda actividad relacionada con el proyecto Hamlet deberá quedar automáticamente interrumpida hasta que la investigación oficial no esté terminada. Mientras tanto, les agradecería que me informaran de cualquier descubrimiento que hagan y que estimen digno de interés; en lo que a mí respecta, me mantendré en contacto con ustedes. Y ahora, si me lo permiten, me retiraré para organizarlo todo.

* * *

El proyecto Hamlet, del cual había sido promotor el joven Jiménez, era uno de los más ambiciosos que jamás hubiera desarrollado U.S. Robots. Tras vencer una gran cantidad de reticencias y suspicacias a todos los niveles, no todas ellas ajenas al origen hispánico de su apellido, Jiménez pudo empezar a cantar victoria el día en que Susan Calvin, la respetada robopsicólogo jefe, se contagió de su entusiasmo. Desde el punto de vista teórico el interés estaba más que justificado, ya que la modulación del potencial de las Tres Leyes postulada por el ingeniero permitiría obtener unos cerebros positrónicos más flexibles, más *humanos* en definitiva.

-Fijémonos en las limitaciones que supone la imposición de las Tres Leyes a los cerebros positrónicos. -acostumbraba a decir para defender sus planteamientos- Se trata de unas órdenes rígidas y absolutas que el robot se ve obligado a obedecer en cualquier momento y bajo cualquier situación. No hay excepción alguna y el robot lo sabe, lo cual puede conducir en algunos casos a situaciones aberrantes en las que el robot se verá forzado a actuar de una forma que cualquier humano tacharía de incorrecta, pero que él tiene que seguir por culpa de la imposición de las Tres Leyes. Estas situaciones antinaturales suelen producir, además del perjuicio directo provocado por una incorrecta actuación del robot, daños que a menudo son irreparables en su delicado cerebro positrónico. Cuántos millones se pierden al cabo del año por culpa de esta absurda limitación es algo sumamente difícil de calcular, pero en todo caso resulta ser una suma muy elevada.

»Imaginemos -continuaba- la cantidad de trabajos útiles que un robot no puede realizar por la imposición de la Primera Ley. Por ejemplo, la cirugía. Un cirujano robot sería infinitamente más fiable que cualquier humano, pero no habría manera alguna de convencer a un robot para que infligiera la más mínima incisión a un paciente por más que supiera que ésta era necesaria para su posterior curación... Simplemente se negaría a hacerlo aunque se le insistiera en que de no hacerlo así el paciente fallecería. Tampoco podemos utilizarlos como simples médicos ni aun como auxiliares de los médicos ya que, ante la más mínima duda de que su diagnóstico pudiera estar equivocado, sus cerebros positrónicos quedarían completamente bloqueados.

»¿Y qué me dicen de su incompatibilidad con la policía? Ellos interpretan cualquier persecución policial como un posible daño a la persona perseguida, por lo que se han dado casos de robots que han obstaculizado detenciones de criminales creyendo erróneamente que los delincuentes corrían peligro de sufrir algún tipo de daño físico. Y si tropezaran con las víctimas de un accidente, en vez de optar por salvar primero a los heridos más graves como sería lo lógico, probablemente quedarían bloqueados sin poder actuar al pensar que salvando a determinadas personas estarían condenando a morir a otras; su cerebro quedaría probablemente destruido a causa de lo que sus circuitos interpretarían como una violación por omisión de la Primera Ley y, lo que es todavía peor, nadie sería salvado a causa de su irresolución.

-¿Me está proponiendo que construyamos un robot privado de la Primera Ley? ¿Está usted loco? -fue la airada reacción de Alfred Lanning cuando Jiménez le expuso por vez primera la idea- ¿Acaso quiere usted que se hunda la compañía?

Aunque audaz en sus planteamientos Antonio Jiménez no pretendía llegar tan lejos; las leyes que regulaban la construcción y explotación de los robots eran lo suficientemente estrictas como para disuadir a cualquiera de infringirlas. Lo que sí quería era dar un paso

adelante sobre la a su entender conservadora y anquilosada forma de entender las sacrosantas Tres Leyes de la robótica.

-Por supuesto que no. -respondió a su superior- Pero estimo que las Tres Leyes, y en especial la primera, podrían ser aplicadas de una manera flexible y no con la rigidez con que se hace ahora.

-Explíquese, joven. -a pesar de su aparente inflexibilidad Alfred Lanning no podía disimular completamente su interés por una idea que intuía importante.

-Es sencillo. -el ingeniero comenzaba a paladear su éxito- Hasta ahora, vuelvo a insistir, las Tres Leyes habían sido inculcadas en los cerebros positrónicos de los robots de una forma completamente rígida. Ciertamente es que en algunos modelos especiales se modificaron los potenciales relativos de cada una de las Tres Leyes reforzando alguna de ellas en detrimento de las restantes, como ocurrió con los de la serie Néstor utilizados en la base Híper; pero en todos los casos el potencial de cada una de las Tres Leyes continuaba siendo fijo aunque estuviera modificado. Yo, por el contrario, propongo que se les aplique un potencial de rango variable que permita a los robots elegir entre dos decisiones distintas de forma similar a como lo haría un humano, optando por aquella que consideraran la mejor o, en su caso, la menos perniciosa, sin condicionantes de ningún tipo y sin sufrir el menor daño físico en su cerebro.

A Lanning, en principio, no le pareció mala la idea y, probablemente, hubiera dado su aprobación de no mediar un importante inconveniente: El recelo con que la población del planeta miraba a los robots, recelo que se transmitía automáticamente a las autoridades de las que dependían. El resultado de todo ello era una normativa legal sumamente restrictiva que controlaba estrechamente la actividad de U.S. Robots velando por que no se vulnerara ninguno de los mecanismos de control impuestos por la humanidad a unos seres, los robots, por los cuales sentía un profundo recelo cuando no una no disimulada hostilidad.

Por ello, y por su propia supervivencia incluso, la todopoderosa U.S. Robots se veía obligada a practicar una política totalmente conservadora en lo que a investigación y desarrollo de sus nuevos robots se refería. Bastantes problemas tenía ya con los pegajosos supervisores gubernamentales como para buscarse más; porque si una mínima modificación del potencial de la Primera Ley precisaba un peregrinaje por incontables despachos oficiales, ¿qué iban a pensar esos burócratas timoratos de un robot que pudiera discernir libremente acerca de la magnitud del daño a causar? Opinarían, sin duda alguna, que se trataba de algo potencialmente peligroso y que más valía que los robots siguieran teniendo terminantemente prohibido causar el menor daño activa o pasivamente a un ser humano, por más que esto les impidiera asimismo evitar un mal mayor.

Alfred Lanning era, por razones de su cargo, cauto y conservador. Por esta razón Jiménez nunca habría conseguido su objetivo de no haberse encontrado con un aliado de

excepción: la robopsicólogo Susan Calvin, a la cual consiguió no sólo convencer sino también entusiasmar. A Susan Calvin no le interesaba en absoluto la construcción de un robot cirujano o un robot policía, ya que ni ella era ingeniero ni le preocupaban las consecuencias prácticas de un nuevo y revolucionario modelo. Pero lo que sí le fascinaba era la posibilidad de estudiar una nueva mente robótica infinitamente más flexible que las existentes hasta entonces, por lo que se volcó con todas sus fuerzas en apoyo del proyecto de Antonio Jiménez.

Y ocurrió el milagro. Lo que un oscuro técnico recién incorporado a la compañía no pudo lograr, lo consiguió la respetada y temida robopsicólogo jefe. Pero no fue fácil; a diferencia de Susan Calvin, a Alfred Lanning sí le preocupaban las cuestiones técnicas y las consecuencias legales del proyecto, por lo que temía con razón que la audacia del mismo acabara acarreado consecuencias negativas para U.S. Robots. Al fin, y tras un largo forcejeo, Susan Calvin y Antonio Jiménez acabaron saliéndose con la suya con una única e inexcusable condición; Que el gobierno terrestre aprobara sin reservas de ningún tipo el todavía no bautizado proyecto.

Para ello se procedió a maquillarlo convenientemente camuflando el libre albedrío parcial con que se dotaría a los nuevos robots dentro de un farragoso memorial con el que se intentaría convencer a los rígidos burócratas de los grandes beneficios que podrían obtenerse de un robot cirujano. Evidentemente, tanto Calvin como Jiménez tenían en mente algo mucho más ambicioso que un simple robot capaz de clavar un bisturí en el cuerpo de un paciente sin que se le achicharrara en unos segundos el cerebro positrónico; pero como cabe suponer, esto se lo callaron. Lanning también lo sabía o, cuanto menos, lo sospechaba, pero también calló discretamente; a pesar de su curtido pragmatismo, todavía quedaba algo de poesía en el fondo de su alma.

Fue una sorpresa para todos, y en especial para Lanning: Cuando en realidad nadie lo esperaba, alguien de *muy arriba* dio el visto bueno al proyecto; alguien al que probablemente le habría costado el puesto el posterior incidente. Pero eso entonces nadie lo podía prever, ni mucho menos Susan Calvin o Antonio Jiménez.

Éstos, por el contrario, celebraron su triunfo de la única manera que sabían: Poniéndose a trabajar de inmediato. Contando con todas las bendiciones de Alfred Lanning, que era como decir de U.S. Robots, no les costó ningún esfuerzo reclutar un nutrido grupo de colaboradores, todos ellos pertenecientes a la plantilla de la compañía, para encerrarse con ellos en un moderno laboratorio y abordar los primeros pasos de su ambicioso proyecto.

Éste, por cierto, pronto recibió un nombre propio. De acuerdo con la crítica nomenclatura utilizada por U.S. Robots para nombrar a sus prototipos, al proyecto de Jiménez le correspondían las siglas HLT, que pronto algún gracioso convertiría en Hamlet.

Puesto que la figura del atormentado príncipe escandinavo inmortalizado por Shakespeare cuadraba ciertamente con el espíritu real del proyecto, el nombre sería rápidamente adoptado como denominación, si no oficial sí cuanto menos oficiosa, de los nuevos prototipos de robots que habrían de surgir de allí pocos meses después... Robots que, tal como se esperaba, disfrutarían de una especie de libre albedrío a la hora de aplicar las Tres Leyes de la Robótica a sus pautas de comportamiento.

Apenas habían pasado seis meses desde el inicio de los trabajos cuando Hamlet-1, primer prototipo de la nueva serie, se convertía en una realidad, algo realmente insólito en los anales de U.S. Robots a causa de su brevedad. Antonio Jiménez se había revelado como un excelente ingeniero provisto además de toda una serie de ideas revolucionarias, coincidencia ésta que no acostumbraba a ser demasiado frecuente. Por si fuera poco el resto del equipo había mostrado estar asimismo a la misma altura que su jefe, todo lo cual les había conducido hasta el éxito más rotundo en un plazo de tiempo increíblemente corto.

Cuando el cerebro positrónico de Hamlet-1 fue conectado por vez primera, el ambiente en el laboratorio era de extrema expectación a la vez que de contenida alegría. Por primera vez se hallaba presente Susan Calvin la cual, al no pertenecer al equipo técnico, había preferido no interferir con su trabajo mientras había durado éste. Pero ahora que Jiménez había terminado con su labor era cuando comenzaba la de Susan Calvin la cual, en su condición de robopsicólogo, sería la responsable del estudio del comportamiento del robot durante las primeras etapas de su vida.

Para alguien ajeno a U.S. Robots y a la robótica en general poco es lo que podría apreciar como excepcional, entendiéndolo como tal todo aquello de las pautas de conducta de Hamlet-1 que se desviara de lo que cabría esperar en un robot convencional; porque no sólo en nada se diferenciaba el cuerpo del prototipo del de cualquier robot corriente, sino que sus reacciones psicológicas propias y características de su revolucionario cerebro positrónico sólo podrían ser estudiadas gracias a toda una serie de sutiles y minuciosos estudios que ya habían sido preparados por Susan Calvin.

-No se esperen nada espectacular. -solía repetir una y otra vez a sus colegas- En circunstancias normales en nada se va a diferenciar Hamlet-1, en lo que a la forma de comportarse se refiere, de cualquier otro robot convencional, ya que sigue teniendo implantadas las Tres Leyes con su preciso orden de prioridad; y aunque sea capaz de ponderarlas, jamás podría ignorarlas ni desobedecer a una cualquiera de ellas por imposición de otra de rango inferior. La flexibilidad de su nuevo cerebro sólo podrá apreciarse sometiéndolo a situaciones excepcionales y por supuesto muy forzadas, precisamente aquéllas en las que un robot convencional se vería bloqueado, cuando no destruido, por la rigidez de las Tres Leyes que lleva implantadas en su cerebro positrónico.

Como casi siempre, tenía razón. Hamlet-1 se mostró, ya desde el principio de su existencia, como un robot en todo similar a sus congéneres... O al menos eso les parecía a todos excepto, claro está, a la propia Susan Calvin, la cual se mostraba completamente entusiasmada con su trabajo.

-Hamlet -decía, omitiendo siempre el ordinal- es maravilloso. Su mente es infinitamente más flexible, más humana que la de cualquier otro robot construido hasta ahora. Es increíble que nunca antes nadie se hubiera planteado una formulación de las Tres Leyes como la suya.

Claro está que todas estas apreciaciones eran producto exclusivo de las largas conversaciones mantenidas entre la robopsicólogo y el robot, puesto que la relación de este último con el resto de los miembros del equipo estaba limitada al mínimo imprescindible y, por ello, no podía ser más convencional.

Poco a poco Susan Calvin fue apretándole las clavijas, como decía jocosamente Antonio Jiménez. Evidentemente no podían someter al robot a experiencias reales pero sí lo hicieron a simulaciones cuidadosamente diseñadas, todas las cuales fueron resueltas con toda brillantez por Hamlet-1 a pesar de que en la misma situación cualquier otro robot se hubiera visto, cuanto menos, seriamente perturbado.

Todo se desarrollaba, pues, con el mayor de los éxitos cuando ocurrió la catástrofe. Una mañana, cuando Susan Calvin abrió la puerta del pequeño cuarto en el que se recluía al robot todas las noches, se encontró con un macabro espectáculo: Albert Schwartz, uno de los ingenieros adscritos al proyecto, yacía en mitad de un gran charco de sangre con la cabeza abierta en dos como si fuera una calabaza madura. A escasa distancia de él se encontraba el cuerpo inmóvil de Hamlet-1 con el puño derecho ensangrentado y el cerebro positrónico irreversiblemente destruido.

La reconstrucción de los hechos resultó sencilla: Albert Schwartz, provisto de una copia clandestina de la llave de la habitación, había penetrado en ésta con intenciones desconocidas pero en todo caso sospechosas, puesto que estaba terminantemente prohibido hacerlo a cualquiera que no fuera la propia Susan Calvin. Cómo había conseguido una copia de la llave que sólo poseía la robopsicólogo y qué había pretendido hacerle al robot eran preguntas cuyas respuestas se había llevado Schwartz a su tumba.

Fuese lo que fuese, lo cierto era que Hamlet-1 había reaccionado de la forma más violenta posible hundiéndole el cráneo de un certero puñetazo para, a continuación, ser él mismo víctima de su flagrante violación de la Primera Ley.

El revuelo organizado a raíz del macabro descubrimiento fue, como cabe suponer, mayúsculo. Jamás en los anales de U.S. Robots, que era como decir la historia de la robótica, un robot había cometido deliberadamente un homicidio; tratándose además de un

modelo experimental en el que las Tres Leyes habían sido modificadas, la cuestión se agravaba todavía más.

Habiendo un cadáver por medio las posibilidades de ocultar el incidente eran evidentemente nulas; así lo entendió Alfred Lanning que, sintiendo cómo una pesada losa estaba a punto de caer sobre su cabeza, hizo de tripas corazón asumiendo la pesada responsabilidad de informar a las autoridades federales... Con los desagradables resultados que habían esperado o, por hablar con mayor precisión, temido.

* * *

-¿Cómo lo ve usted? -la conversación entre Susan Calvin y Alfred Lanning tenía lugar en el despacho de este último apenas media hora después de la partida del inspector gubernamental.

-¿Cómo quiere que lo vea? -refunfuñó ésta visiblemente irritada- Completamente negro. O mucho me equivoco, o el proyecto Hamlet es ya historia... Y todo por culpa del imbécil de Schwartz.

-No sea usted tan dura. -le recriminó Lanning- Si Schwartz no hubiera sido la víctima, podría haberlo sido cualquier otro... Quizá usted misma, que era la que pasaba más tiempo con el robot.

-Hamlet era completamente inofensivo. -se defendió Susan Calvin- Algo muy grave debió de hacerle ese maldito ingeniero para que reaccionara como reaccionó... ¿Sabía usted que ese Schwartz no era trigo limpio? ¿Que robó una llave y entró ilegalmente en el cuarto donde guardábamos a Hamlet? ¿Acaso piensa que fue allí para saludarlo?

-Tiene usted razón. Schwartz no era de fiar, y yo soy el primero en lamentar que permitiéramos su participación en el proyecto. Pero los hechos son como son y no podemos ignorarlos, por lo que tenemos que ceñirnos a ellos. Y la realidad es ésta: Tenemos un robot que ha matado a una persona, hecho éste que está taxativamente prohibido por la Primera Ley aun en los casos en los que corra peligro la propia integridad física del robot.

-¿Qué insinúa? -preguntó desconfiadamente Susan Calvin.

-Nada. Simplemente intento ponerme en la piel del inspector. Supongamos que Schwartz pretendía dañar al robot, quizá incluso destruirlo; éste, al sentirse en peligro, experimentó un gran incremento en el potencial de la Tercera Ley, tanto que por unos instantes éste rebasó a los de la Segunda y la Primera... Apenas unas décimas de segundo, pero lo suficiente no obstante para que el robot, enajenado mentalmente, reaccionara golpeando a su agresor. Inmediatamente después descubriría con horror que había violado la Primera Ley en su grado máximo, por lo que su cerebro positrónico no pudo soportar la tensión y quedó destruido.

-Imposible. -la voz de la robopsicólogo jefe de U.S. Robots era fría y cortante como un cuchillo- Por mucho que se reforzara el potencial de la Tercera Ley al sentirse Hamlet en peligro, jamás habría alcanzado un nivel superior al de la Segunda y, mucho menos, al de la Primera. Su argumento no tiene ni pies ni cabeza.

-Está bien. -gruñó Lanning, molesto por la falta de tacto de su interlocutora- No es a mí a quien tiene que convencer, sino a los leguleyos del gobierno. Así pues, más vale que vaya pensando en una buena excusa.

-¿Qué quiere que haga? -respondió ésta todavía más irritada- Yo soy robopsicólogo, y no tengo robot alguno que poder estudiar. Ni tan siquiera cuento con el segundo cerebro positrónico, ya que éste ha sido incautado por el gobierno.

-Apáñeselas como pueda, pero haga algo por evitar que este maldito asunto nos hunda a todos nosotros. Tengo a todos los ingenieros del proyecto revisando las ecuaciones de diseño del cerebro del prototipo en busca de un posible error... Probablemente esto no servirá de nada, pero al menos los mantiene ocupados. En cuanto a usted, quizá sería conveniente que revisara todas sus notas acerca de las pautas de conducta del robot con anterioridad al... ¡hum! accidente. ¿Tiene usted grabadas las conversaciones que mantuvo con él?

-Por supuesto. -si había algo que molestara especialmente a Susan Calvin, y le molestaban muchas cosas, era que alguien se atreviera a dudar de su trabajo.

-Bien, pues ya sabe por dónde empezar. Avíseme en el momento en que descubra algo que pueda parecerle interesante.

* * *

Susan Calvin estaba de un humor de perros. De sobra sabía, sin necesidad alguna de revisar sus notas o sus grabaciones, que nada en el comportamiento de Hamlet-1 habría podido predecir su comportamiento posterior... La Primera Ley estaba tan implantada en su cerebro positrónico como lo pudiera estar en cualquier otro robot convencional, y jamás el potencial de cualquiera de las otras dos Leyes, por muy reforzado que estuviera, habría podido anularla. Pero por otro lado Lanning también tenía razón: El robot había matado a una persona, y esto era tan insólito que le resultaba imposible imaginar cualquier tipo de explicación racional.

La robopsicólogo intuía que la clave de todo ello estaba en el sospechoso comportamiento de Schwartz justo antes del accidente, pero como éste estaba muerto nada podía aclararle acerca de los motivos que le hubieran podido mover a hacerlo. Se trataba sin duda de un buen embrollo, y lo peor de todo era que Susan Calvin se sentía incapaz de desenmarañarlo; ella era robopsicólogo pero no psicólogo y mucho menos detective; aún

más, su misantropía innata, la misma que le había impelido a volcarse en el mundo de los robots como medio de evadirse de la para ella hostil sociedad humana, le provocaba una invencible repulsión hacia el problema que virtualmente le dejaba sin posibilidades de reacción frente al mismo.

Por otro lado, su irritación corría pareja con su tendencia a la inhibición, ya que para ella suponía un enorme mazazo que el desarrollo de una mente robótica tan revolucionaria como la del proyecto Hamlet se viera truncado por la aparente disfunción de su primer y hasta entonces único prototipo... No, Susan Calvin no podía permitir que tan magnífica idea se fuera al garete por culpa de unos estúpidos burócratas imbuidos por un ridículo complejo de Frankenstein; no lo permitiría, y estaba dispuesta a luchar con todas sus fuerzas por impedirlo. Pero, ¿cómo hacerlo?

Algo en su interior le decía que la clave de todo estaba en la figura del fallecido Schwartz. Aunque su relación con él había sido muy superficial, Susan Calvin no ignoraba que este ingeniero no había sido precisamente popular entre sus compañeros, por decirlo de una manera suave. En realidad Schwartz, incorporado tardíamente al equipo y sin una misión definida, se había limitado a brujulear de un lado a otro entorpeciendo a todos e irritando a la mayoría. Por si fuera poco su carácter arisco tampoco había ayudado demasiado a su convivencia con el resto del grupo; y si decir que era odiado quizá resultara excesivo, lo cierto era que se hubiera visto con alivio, si no con agrado, su marcha.

Su único valedor había sido el propio Antonio Jiménez, que era quien acostumbraba a aplacar a sus irritados compañeros cada vez que éstos le expresaban sus quejas por alguno de los frecuentes incidentes provocados por Schwartz. Sin embargo, y a pesar de que Jiménez le defendía a capa y espada, no por ello mantenían buenas relaciones entre ambos, ya que la repulsa mutua era más que evidente y en nada difería de la que pudiera existir entre Schwartz y cualquier otro integrante del grupo.

La razón que pudiera justificar esta extraña relación entre los dos ingenieros era algo que a Susan Calvin se le escapaba por completo, pero de lo que sí estaba segura era de que, desaparecido el eslabón inicial, el que continuaba la cadena era precisamente el ingeniero jefe. Y aunque ni Susan Calvin era psicólogo ni jamás había pretendido serlo, los descartes previos le obligaron a mantener una entrevista con el propio Antonio Jiménez.

Esto no resultaría fácil ya que Jiménez era víctima de una seria depresión nerviosa; pero Susan Calvin necesitaba hablar urgentemente con él, y pocas cosas había en el mundo capaces de detenerla cuando se lo proponía. Por ello, y tras mantener una agria disputa con los médicos que cuidaban de él, la robopsicóloga consiguió entrevistarse finalmente con el ingeniero.

Antonio Jiménez era la imagen viva del fracaso, y hasta un espíritu tan curtido como era el de Susan Calvin no pudo evitar un sentimiento de conmiseración hacia el mismo.

-Señor Jiménez, yo quería decirle que siento enormemente lo ocurrido. -consiguió articular al fin.

-¡Ah, doctora Calvin! Todo está perdido sin remedio. -suspiró tristemente el ingeniero.

-Bueno, algo podremos hacer todavía; los resultados que hemos obtenido son demasiado importantes como para tirarlo todo por la borda.

-Seamos realistas; el proyecto Hamlet está acabado. Si se produjera un milagro y el gobierno no lo prohibiera, sería la propia U.S. Robots quien lo haría, ya que no creo que desee arriesgarse a verse involucrada en un nuevo escándalo.

-Sí, tiene usted razón al decir que el futuro no se nos presenta precisamente halagüeño; por ello, es fundamental que consigamos desentrañar la razón por la que Hamlet mató a Schwartz. Sólo así podremos demostrar que, pese a las apariencias, el robot no pudo violar la Primera Ley.

-¿Y cómo quiere usted que lo hagamos? -gimió Jiménez- Schwartz está muerto y el robot destruido, y se nos ha prohibido terminantemente construir ningún otro.

-Pese a ello, algo podríamos hacer. Es evidente que Schwartz planeaba algún tipo de sabotaje cuando tuvo lugar el accidente, por lo que resultaría sumamente interesante averiguar todos los datos posibles acerca de su vida.

-¡Pero está muerto! -insistió el ingeniero mientras una chispa de alarma asomaba en sus ojos.

-Sí, eso ya lo sé, pero supongo que alguien podría aportarnos algún dato de interés acerca de él.

-Esto va a ser difícil; -balbuceó Jiménez, ahora visiblemente alarmado- Schwartz se incorporó al equipo cuando éste ya estaba formado, y su carácter era demasiado hosco como para que pudiera tener amigos. Nadie del grupo le quería, y apenas si se relacionaba con ellos.

-Sin embargo, tengo entendido que usted era su valedor. -Susan Calvin comenzaba a disparar su artillería- ¿Acaso su relación con él sí era digna de mención? ¿Tuve usted algo que ver en su incorporación al Proyecto Hamlet? -esta última pregunta era un tiro a ciegas, pero surtió su efecto.

-Yo... -a Jiménez le costaba visibles esfuerzos hablar- Yo no tengo por qué responder a estas preguntas. Usted no es policía.

-Tiene usted razón en ambas cosas. -ahora que había cazado a la presa, Susan Calvin se podía permitir el lujo de recurrir a sus escasas dotes diplomáticas- Y no pretendo en modo alguno insistir en contra de su voluntad. Pero lo que sí quisiera recordarle es que ambos estamos en el mismo barco, y que si nos hundimos nos hundiremos juntos. Por el contrario, si confiamos el uno en el otro y nos ayudamos mutuamente, quizá logremos desenmarañar la madeja. Además, le puedo asegurar que guardaré una discreción absoluta de todo lo que aquí se hable.

-Está bien. -suspiró el ingeniero- De todas formas tarde o temprano se tendría que saber, y de cualquier modo mi carrera está terminada ya. Sí. -continuó, interrumpiendo a su interlocutora- Para mi desgracia yo conocía a Schwartz y me vi obligado primero a incluirlo en el proyecto, y posteriormente a defenderlo de las justas iras de sus compañeros, debido al chantaje al que me tenía sometido... ¡Pero le juro que yo no lo maté, ni ordené a Hamlet que lo hiciera!

-Eso es evidente, puesto que fue Schwartz quien buscó al robot, y no al contrario. - comentó Susan Calvin con displicencia- Pero continúe, si es que quiere hacerlo.

-Es una larga historia. -prosiguió Jiménez mordiendo el anzuelo- Todo empezó cuando estábamos en el último curso de la universidad. Schwartz y yo éramos compañeros de cuarto en la residencia y, aunque no llegábamos a ser amigos debido a su mal carácter, sí manteníamos cierta relación. Una noche fuimos a una fiesta que se celebraba en una localidad cercana, y allí acabamos emborrachándonos completamente. Cuando quisimos volver, descubrimos que había un buen trecho hasta nuestra residencia, era invierno y llovía intensamente. Como no teníamos coche ya que nos había traído un amigo, Schwartz propuso que tomáramos uno prestado (así lo dijo él) y lo usáramos para llegar a casa. Yo, estúpidamente, estuve de acuerdo.

»No nos resultó demasiado difícil coger uno que su dueño se había dejado con las llaves puestas. ¿Ha conducido alguna vez borracha? ¿No? -se respondió él mismo al ver la mueca de desagrado que había aflorado en el normalmente hierático rostro de la mujer- No lo intente; le aseguro que es una experiencia espantosa.

»A la salida de una curva un policía intentó detenernos. No pude esquivarlo y lo atropellé; cuando descendimos del coche pudimos comprobar que lo habíamos matado. El impacto de la situación hizo que las brumas que velaban nuestras mentes desaparecieran como por ensalmo. Yo quería que nos entregáramos a la policía, pero Schwartz no estuvo de acuerdo y, una vez más, accedí dócilmente a sus deseos. Incendiamos el coche y lo despeñamos por el vecino barranco en un intento de destruir posibles pruebas, y a continuación seguimos a pie hasta nuestro destino.

»Habíamos tenido suerte. Nadie nos vio ni coger el coche ni tampoco atropellar al policía ya que la carretera estaba completamente desierta, y nuestros amigos estaban tan

borrachos que no recordaban cuando nos fuimos ni como lo habíamos hecho. Hubo una investigación policial, por supuesto, pero la falta de pruebas hizo que el caso fuera finalmente archivado sin que se inculpara a nadie, atribuyendo la policía el atropello a alguno de los numerosos delincuentes de poco monta que pululaban por esos parajes.

»Tan sólo Schwartz y yo sabíamos lo ocurrido, pero hicimos un pacto de silencio: Ninguno de los dos podría denunciar al contrario sin incriminarse a sí mismo, por lo que ambos lo respetamos por la cuenta que nos traía.

-Empiezo a comprender. -le interrumpió Susan Calvin- Continúe.

-Terminados los estudios, nuestras vidas se separaron. Yo ingresé en U.S. Robots mientras Schwartz, víctima de su mal carácter y de su escaso sentido de la responsabilidad, iba dando tumbos de un lado para otro sin parar el suficiente tiempo en ninguno. Sospecho, incluso, que debió de frecuentar compañías poco recomendables, pero carezco de pruebas que puedan demostrar esto último. Así, mientras yo consolidaba mi carrera profesional, él se hundía cada vez más en el fango hasta convertirse en un fracasado.

»Pasaron los años y me embarqué en el proyecto Hamlet. Ignoro cómo pudo ser, pero lo cierto es que él se enteró y vino a buscarme. Tras recordarme cínicamente nuestra antigua amistad, manifestó su sorpresa por lo bien que me había tratado la vida en contraposición a su azarosa existencia, para acabar pidiéndome finalmente que le incluyera en el proyecto.

»Intenté decirle que no de la manera más diplomática posible, pero al ver mi postura se quitó definitivamente la careta sometiéndome a un chantaje que yo no podía eludir: O le aceptaba como un miembro más del equipo, o daba a conocer lo que ocurrió aquella maldita noche de invierno. Él no tenía demasiado que perder, me dijo, por lo que en el caso de que los dos fuéramos detenidos sería yo con diferencia el más perjudicado. Además era yo, y no él, quien conducía en ese momento, por lo que mi pena habría de ser presumiblemente mayor que la suya.

»Me asusté mucho, lo confieso, y una vez más me rendí a sus dictados. Le prometí hacer todo lo que pudiera por que fuera admitido, y él me volvió a exigir su incorporación al proyecto como única alternativa a la denuncia. Ignoro si hubiera sido capaz de hacerlo, pero entonces lo creí así y por lo tanto obré en consecuencia.

-Y consiguió que finalmente fuera aceptado.

-Así fue, pero me costó un esfuerzo ímprobo ya que U.S. Robots no acostumbra a contratar personas ajenas a la empresa; pero recurriendo a toda mi recién adquirida influencia, y presionando a varios amigos que me debían favores, finalmente logré que Schwartz fuera contratado. El resto, ya lo sabe usted.

-Lo que vino a continuación sí, pero el final todavía no. -matizó ella- ¿Por qué cree usted que Schwartz intentó sabotear el prototipo?

-No puedo afirmar nada con total seguridad, pero sí tengo ciertas sospechas. - reflexionó el ingeniero- Un par de días antes de su muerte, Schwartz vino de nuevo a mí. Aunque en un principio se había conformado simplemente con formar parte del equipo, conforme pasaba el tiempo y el proyecto Hamlet se hacía realidad se fue volviendo cada vez más arrogante y ambicioso.

»«*Jiménez -me dijo- el proyecto ha sido un éxito, y no es justo que seas tú el único que se lleva todos los honores*». Su cinismo era aplastante. Así pues, me exigió que le presentara como codirector del proyecto en igualdad de condiciones conmigo, amenazándome una vez más con denunciarme si no lo hacía. Afortunadamente, por una vez supe sobreponerme y hacerle frente.

»«*Denúnciame si quieres. -le respondí- Pero tú caerás conmigo, y ahora tienes tanto que perder como yo*».

-¿Qué respondió? -Susan Calvin comenzaba a mostrarse claramente interesada.

-¡Oh!, en un principio se quedó parado, pero el muy desgraciado tenía todas las tablas que a mí me faltan. Sonrió cínicamente y me dijo que contaba con otro plan mejor para conseguir que se realizaran sus planes. Dijo que estaba en su mano conseguir que yo fuera expulsado del proyecto para, a continuación, ocupar él mi puesto: “*No irás a la cárcel, -me dijo- pero hundiré tu carrera*”. A continuación volvió a pedirme, según él por última vez, que aceptara sus exigencias. Como me negué de nuevo, se marchó dando un portazo. No volví a verle hasta el día en el que apareció muerto.

-¿No le dijo en qué consistía su plan?

-Evidentemente no, aunque supongo que se trataría de algún tipo de sabotaje del prototipo. ¡Qué sé yo! Quizá provocándole un funcionamiento defectuoso, destruyéndolo incluso...

-Puede que usted no ande descaminado, pero yo me inclino a pensar que se debería de tratar de algo más sofisticado; un robopsicólogo experto es perfectamente capaz de hacer, sin más herramienta que su propia voz, que un robot se empiece a comportar de una manera anómala y aberrante, sin que nadie excepto él pueda ser capaz de devolverlo a su estado inicial.

-Pero Schwartz no era robopsicólogo...

-Ya lo sé; era ingeniero. Pero esto no impide que pudiera tener ciertos conocimientos de robopsicología; no demasiado profundos, por supuesto, puesto que fracasó

completamente en su intento... Lo cual es una verdadera lástima, puesto que nos ha privado de poder contar con el cerebro de Hamlet-1.

-O en su defecto, con el del futuro Hamlet-2; -remachó el ingeniero- pero este último nos ha sido requisado... Claro está que ya no sería el mismo, ya que el Principio de Incertidumbre impide que dos cerebros positrónicos puedan ser exactamente iguales a nivel atómico.

-Pero las pautas básicas de su funcionamiento, que es lo que en realidad nos importa, sí serían similares. -respondió Susan Calvin, más para sí misma que para su interlocutor- El problema no estaría aquí, sino en el hecho de que ignoramos qué le pudo decir Schwartz al pobre robot. No obstante, si yo contara con un cerebro positrónico idéntico, quizá podría hacer algunos estudios al respecto; pero de sobra sabemos que no lo tenemos, y que se nos ha prohibido además construir uno nuevo. Y con la complicidad de Lanning no podemos contar: Nos desollaría vivos antes que permitir que burláramos la prohibición del gobierno.

-Bueno, si usted dice que esto podría servir para resolver el caso, quizá yo pudiera hacer algo...

-¿Cómo dice? -la sorpresa de Susan Calvin era auténtica- ¿Acaso ha logrado escamotear a esas víboras un cerebro positrónico completo? ¡Dígame que sí!

-Sí y no. -era evidente que Jiménez no deseaba precipitarse- Fuimos completamente sinceros cuando dijimos al inspector que únicamente teníamos un segundo cerebro terminado, pero...

-¿Pero qué? -ver a la gélida robopsicólogo jefe de U.S. Robots tan excitada como lo estaba ahora era realmente algo excepcional.

-Bien, en todo proceso de fabricación siempre se produce algún elemento defectuoso, máxime si se trata de algo tan delicado como es un cerebro positrónico. Esto es justo lo que nos ocurrió con el primero que construimos, el cual resultó dañado de forma que no servía para nada... Era pura chatarra y su destino inmediato hubiera sido el crisol, pero primero por la excitación que produjo el éxito de Hamlet-1, en realidad el segundo, y luego por el problema del homicidio, lo cierto es que este cerebro desechado quedó arrinconado en el laboratorio sin que nadie se preocupara por él. De hecho, ni tan siquiera yo me acordaba de su existencia cuando mantuvimos la entrevista con el inspector.

-Y ese cerebro, ¿podría ser conectado?

-Como se hace normalmente, es decir, incorporándolo a un cuerpo de robot, rotundamente no ya que los circuitos periféricos que sirven de enlace entre el núcleo racional del mismo y los distintos sistemas sensoriales del cuerpo quedaron dañados irreversiblemente. Pero la parte central del mismo, la que es responsable del pensamiento

del robot, estaba aparentemente intacta; claro está que nos hubiera servido de bien poco que el cerebro propiamente dicho pudiera funcionar perfectamente si no podíamos ensamblarlo en un cuerpo. Por esta razón, decidimos desecharlo.

-Yo no necesito un robot completo. -gruñó Susan Calvin- Me basta con un cerebro que sea capaz de pensar y que pueda comunicarse conmigo. ¿Es eso posible?

-La verdad es que no lo hemos intentado nunca, pero ahora que lo pienso quizá... Supongo que podríamos conectarlo a la terminal de un sistema informático. La comunicación sería exclusivamente por consola dado que los circuitos de reconocimiento de voz quedaron también dañados, pero creo que... Sí, merecería la pena intentarlo. - concluyó con entusiasmo.

-Inténtelo. -Susan Calvin volvía a exhibir su tradicional hermetismo- Y avíseme en cuanto haya terminado.

Minutos después el equipo médico se sorprendía de cómo Antonio Jiménez había superado al parecer su depresión poniéndose a trabajar como un poseso; pero por mucho que les intrigara, nunca conseguirían llegar a saber de qué manera lo había logrado.

* * *

Susan Calvin se encontraba sentada frente a una consola de ordenador que en nada se diferenciaba de cualquier otro terminal informático de los muchos existentes en el laboratorio... Porque realmente era uno de ellos. Lo que nadie, salvo Antonio Jiménez y ella misma, sabía era que ese terminal estaba asimismo conectado a algo muy particular, el dañado cerebro positrónico de Hamlet-0.

Antonio Jiménez había realizado un excelente trabajo teniendo en cuenta las dificultades de su labor y lo clandestino de la misma; pero al fin la había terminado y Susan Calvin podría ponerse en comunicación, por vez primera en su larga vida profesional, con un robot ciego, mudo y sordo pero no por ello privado de su capacidad de raciocinio. La experiencia era para ella tan apasionante que se sentía entusiasmada como una colegiala.

Las limitaciones de comunicación con el cerebro positrónico eran tan severas que tan sólo podría hacerlo a través del teclado y del monitor, es decir, igual que en la prehistoria de la informática... Pero para Susan Calvin esto era suficiente, por lo que recurriendo al sencillo lenguaje diseñado por Jiménez inició su diálogo con el mutilado robot.

-Hola, Hamlet. -tecleó con torpeza- Soy la doctora Susan Calvin. ¿Qué tal te encuentras?

Silencio. El cerebro positrónico tenía probablemente dificultades para mantener abierta la precaria comunicación.

-BUENOS DÍAS, DOCTORA CALVIN. ESTOY ENCANTADO DE PODER HABLAR CON USTED. -fue la respuesta del robot.

-¿Cómo te sientes? -insistió ella.

-NO DEMASIADO BIEN. NO VEO, NO OIGO, NO SIENTO. NO PUEDO GOBERNAR MI CUERPO. ME NOTO MUY EXTRAÑO.

Al contrario que un niño recién nacido, cuya mente era una pizarra en blanco, los cerebros positrónicos de los robots llevaban grabada toda la información necesaria para que pudieran desenvolverse sin problemas de ningún tipo ya desde el mismo momento de su activación. Y aunque los robots eran perfectamente capaces de aprender, y de hecho aprendían, el importante bagaje con el que iniciaban su existencia les permitía evitar las penosas etapas de adiestramiento que colapsaban los primeros años de vida de cualquier ser humano. Por esta razón no era de extrañar la perplejidad de un robot que se sentía incapaz de encuadrar sus conocimientos en un mundo exterior del que se encontraba totalmente aislado a excepción de la frágil conexión con la consola que manejaba Susan Calvin.

-Lo siento, Hamlet, pero existen ciertos problemas en tus circuitos periféricos que impiden mejorar tu interacción con el mundo exterior.

Nueva pausa, esta vez más prolongada.

-COMPRENDO. SOY LO QUE LOS HUMANOS LLAMARÍAN UN INVÁLIDO.

Susan Calvin se mordió los labios. Quizá no hubiera sido una buena idea activar este cerebro dañado; no podía evitar el pensar que quizá el robot sufriera al ver su discapacidad, y esto le parecía cruel. Pero ésta era su única oportunidad para resolver el problema, se dijo intentando autoconvencerse de que se trataba de un mal inevitable.

-Lo lamento, y celebro que lo entiendas. -Susan Calvin se sentía como una malhechora- Porque tú y yo tenemos bastante de qué hablar.

Fueron muchas las horas que pasó la robopsicólogo dialogando con el robot, tarea ésta necesaria puesto que deseaba repetir todas las pruebas realizadas con anterioridad a Hamlet-1 antes de seguir adelante con su investigación. Ello se debía a que consideraba imprescindible poder constatar que las reacciones de ambos eran idénticas como única manera de poder extrapolar los resultados obtenidos con el cerebro dañado a las posibles pautas de comportamiento del robot asesino.

Terminada esta primera etapa Susan Calvin pudo mostrarse satisfecha de los resultados: A excepción de algunas ligeras desviaciones sin importancia, Hamlet-0 había reaccionado significativamente igual que su malogrado hermano, lo cual le permitía poder seguir adelante con el experimento.

Comenzaba, pues, la verdadera prueba.

-Hamlet, te voy a hacer unas preguntas muy importantes. -tecleó- De tus respuestas depende el futuro de muchas personas.

-ENTIENDO, DOCTORA. DÍGAME QUÉ DESEA SABER.

-Antes de nada deseo hacerte una advertencia. A pesar de que las Tres Leyes que tienes implantadas en el cerebro son más flexibles que las de cualquier otro robot existente en estos momentos, quizá alguna de mis preguntas te pueda hacer entrar en conflicto con ellas. ¿Sabes cuáles podrían ser las consecuencias?

-POR SUPUESTO, DOCTORA. MI CEREBRO SUFRIRÍA DISFUNCIONES O INCLUSO PODRÍA RESULTAR DAÑADO.

-Exacto. Eso es lo que le sucedió a tu pobre hermano, -Susan Calvin había informado previamente al robot del incidente- y es lo que no quiero que te ocurra a ti. Ten muy en cuenta que, debido a tus limitaciones -había pensado decir "*desgracia*", pero se contuvo- careces por completo de la posibilidad de llevar a cabo tus decisiones. Tan sólo puedes pensar y comunicarme a mí tus pensamientos; por esta razón, nada de lo que digas podrá jamás causar el menor daño a nadie. Por lo tanto, no tiene por qué surgir el menor conflicto en tu cerebro, ni tienes por qué bloquearte por mucho que en un momento dado vinieras a tropezar con cualquiera de las Tres Leyes. Eres completamente libre, pues, de pensar y decir cualquier cosa que quieras. ¿Lo entiendes?

-PERFECTAMENTE, DOCTORA.

-Aún más. -remachó- Si tu cerebro resultara dañado de alguna forma, sería entonces cuando sí causarías unos problemas sumamente graves a muchas personas. Por ello, es fundamental que reflexiones antes de responder a todas mis preguntas sin inhibiciones de ningún tipo.

Lo que acababa de decir Susan Calvin era completamente cierto: De cómo respondiera el robot a sus preguntas dependería el futuro del proyecto Hamlet y también, en buena medida, la carrera profesional de sus integrantes. Susan Calvin no había mentido, pues, al robot, aunque sí había intentado reforzar sus mecanismos de autodefensa (es decir, el equivalente al instinto de conservación humano) para evitar que éste se sintiera perturbado como lo fue el de Hamlet-1. Para culminar con éxito su investigación la robopsicólogo necesitaba reproducir en Hamlet-0 la misma situación que había llevado a Hamlet-1 al asesinato primero y a la autodestrucción después, aunque claro está que, para que resultara efectivo, debería evitar que el cerebro positrónico del mismo sufriera los daños irreversibles que habían provocado la pérdida del cerebro del prototipo. La cuestión era sumamente delicada y sólo podría ser llevada a cabo con éxito por un robopsicólogo de la

talla de Susan Calvin, y aun así las posibilidades de fracasar eran lo suficientemente elevadas como para hacer que la robopsicóloga se sintiera bañada en un sudor frío a pesar de la excelente climatización del laboratorio.

Por fortuna, las serias limitaciones físicas del cerebro positrónico de Hamlet-0 habían resultado ser una bendición, ya que si conseguía convencerlo de que, dijera lo que dijera, se trataría de una pura elucubración teórica sin posibilidad alguna de materialización práctica, quizá lograra evitar que éste entrara en conflicto con alguna de las Tres Leyes, como presumiblemente habría ocurrido con un cerebro normal. Se trataba, en definitiva, del viejo vicio humano que consistía en pontificar sobre temas en los que no se tenía la menor capacidad de decisión.

-Hamlet, escucha, ahí va la primera pregunta. -al teclear esta frase Susan Calvin descubrió con desasosiego que le temblaban las manos- Por mucho que reforzaras el potencial de la Segunda o la Tercera Ley, ¿podrías en algún caso eludir la Primera?

-POR SUPUESTO QUE NO, DOCTORA. -fue la rápida respuesta del robot- AUNQUE EN MI CASO PARTICULAR EL RANGO DE VARIACIÓN DEL POTENCIAL DE LAS TRES LEYES ES MUY AMPLIO, ÉSTOS NO SOLAPAN EN NINGÚN MOMENTO, Y EL VALOR MÁXIMO QUE PUEDE ALCANZAR UNO CUALQUIERA DE ELLOS ES SIEMPRE INFERIOR AL VALOR MÍNIMO DEL POTENCIAL DE LA LEY INMEDIATAMENTE SUPERIOR.

-¿Absolutamente en ningún caso?

-ABSOLUTAMENTE EN NINGUNO. NO EXISTE LA MENOR EXCEPCIÓN.

-Sin embargo, tu hermano Hamlet-1 mató a una persona... ¿Sabrías decirme por qué?

-LO SIENTO, DOCTORA, PERO IGNORO LOS MOTIVOS QUE PUDIERON EMPUJAR A MI CONGÉNERE A LLEGAR A ESA SITUACIÓN. PARA RESPONDERLE, NECESITARÍA SABER QUÉ OCURRIÓ PREVIAMENTE ENTRE ÉL Y EL INGENIERO SCHWARTZ.

"Ojalá lo supiera yo". -pensó tristemente Susan Calvin.

-Bien, olvídalo. ¿Imaginas algún caso en el que un potencial excepcionalmente elevado de la Segunda o la Tercera Leyes hubiera podido empujar a tu hermano a matar al ingeniero Schwartz? -en realidad se trataba de la misma pregunta planteada de una forma diferente.

-VUELVO A INSISTIR EN QUE NO. -el robot no era tan fácil de engañar- POR ELLO, ERA DE ESPERAR QUE EL CEREBRO DE HAMLET-1 SUFRIERA UN

COLAPSO; LO EXTRAÑO, ES QUE NO OCURRIERA ANTES DEL HOMICIDIO, SINO DESPUÉS... LE ASEGURO QUE NO LO COMPRENDO.

-Te voy a hacer otra pregunta. Imagina que de tu existencia dependiera la seguridad, incluso la vida, de muchas personas que morirían si tú desaparecieras. Si un humano intentara destruirte, ¿te defenderías para evitarlo? ¿Podrías llegar a causarle daño físico, incluso a matarlo, sabiendo que de ello dependía que no sufrieran daño estas personas? - Susan Calvin estaba rozando el borde mismo del precipicio.

-ME RESULTA SUMAMENTE DIFÍCIL RESPONDER A SU PREGUNTA. -fue la contestación de robot tras una pausa que se le hizo eterna- ¿CÓMO PODRÍA YO TENER LA CERTEZA DE QUE DE MI INTEGRIDAD FÍSICA DEPENDERÍA LA DE UNA O VARIAS PERSONAS? SIN EMBARGO, EL DAÑO QUE PUDIERA CAUSAR YO AL AGRESOR SÍ SERÍA REAL.

Susan Calvin frunció el ceño con rabia. El robot estaba resultando ser mucho más sutil de lo que ella hubiera deseado, ya que evitaba chocar con los obstáculos que le interponía sorteándolos con una notable habilidad.

-Supongo que porque te lo habrían dicho. -era lo único que se le ocurrió responder.

-LAMENTO DECIRLE QUE LAS AFIRMACIONES DE LOS HUMANOS NO SIEMPRE SON COMPLETAMENTE OBJETIVAS. -ésta era la diplomática manera de la que Hamlet-0 se sirvió para insinuar que la gente mentía- POR LO TANTO, NUNCA PODRÍA ESTAR ABSOLUTAMENTE SEGURO DE QUE ESTO FUERA CIERTO.

-Pero si tú supieras con absoluta certeza que tu existencia era fundamental para el futuro de la humanidad, -insistió con irritación- ¿cómo reaccionarías?

-LA PRIMERA LEY ES SIEMPRE MÁS IMPORTANTE QUE CUALQUIERA DE LAS OTRAS DOS. -respondió el robot sin titubear- COMO CONSECUENCIA, ABSOLUTAMENTE EN TODOS LOS CASOS CUALQUIER VIDA HUMANA HABRÍA DE TENER PRIORIDAD SOBRE MI PROPIA EXISTENCIA.

-¿Sin ninguna excepción?

-SIN NINGUNA EXCEPCIÓN.

“Bien, -se dijo Susan Calvin tomándose un ligero respiro- Al menos esto confirma mi opinión inicial de que Hamlet-1 jamás habría podido matar a Schwartz en defensa propia; la Tercera Ley, aun en el caso de estos robots, sigue estando estrechamente subordinada a la Primera”.

Esta conclusión cerraba definitivamente una de las principales vías que había seguido su razonamiento, pero no necesariamente iba a abrir una nueva. Si la Primera Ley continuaba siendo omnímoda sobre las dos restantes, si en ningún caso el robot podía violarla merced a un reforzamiento de las otras, ¿cómo se explicaba entonces que un robot hubiera podido matar a una persona?

De repente se le ocurrió una idea. Era arriesgada, muy arriesgada, y suponía jugárselo todo a una carta; pero sólo así conseguiría salir, si tenía suerte, del atolladero en el que se encontraba atrapada. Armándose de valor formuló al fin la pregunta, directa y concisa, que le permitiría resolver el problema o que, por el contrario, la llevaría al fracaso definitivo.

-Hamlet, respóndeme a esto. Bajo alguna circunstancia, fuera ésta la que fuera, ¿serías capaz de matar a una persona?

La respuesta del robot llegó tras varios minutos de reflexión, los cuales le habrían de parecer siglos a ella. Ésta no podía ser más escueta:

-Sí.

-Explícamelo con detenimiento. -concluyó la robopsicólogo jefe, descubriendo con alivio que había triunfado.

* * *

-Bien, cuéntenos. -Alfred Lanning mostraba bien a las claras su inquietud- Estoy impaciente por conocer los resultados de su investigación. ¿Qué ha descubierto?

-Lo que ya suponíamos desde el principio. -respondió Susan Calvin sin mostrar demasiado interés en mostrar todavía sus cartas- Hamlet-1 no violó la Primera Ley de la Robótica por culpa de un reforzamiento de la Segunda o la Tercera.

-Sin embargo, habiendo un homicidio por medio, es evidente que de una u otra manera la Primera Ley fue violada. -insistió de nuevo Lanning- Por lo tanto, mi pregunta es la siguiente: ¿Qué movió a Hamlet-1 a asesinar a Schwartz?

-Es difícil responder a su pregunta sin antes explicar las circunstancias tan singulares en las que el robot se vio envuelto. -masculló ésta- Al matar a Schwartz, Hamlet-1 violó ciertamente la prohibición de causar daño a un ser humano, pero estoy en condiciones de afirmar que lo hizo obligado por la propia Primera Ley y no por la Segunda o la Tercera como hubiera podido suponerse en un principio; esto fue precisamente lo que nos desorientó. De hecho, el pobre robot se vio atrapado en un auténtico dilema: La Primera Ley le obligaba a matar, pero al mismo tiempo esa misma Primera Ley le prohibía hacerlo. Dadas estas circunstancias, las consecuencias no pudieron ser otras que las que fueron.

-¿Cómo dice?

-Es sencillo de explicar. -intervino de nuevo la robopsicóloga- En cualquier robot convencional, la inflexibilidad de la Primera Ley hace que todos los humanos seamos para él exactamente iguales sin que le sea posible discriminar entre el más excelso filántropo y el más abyecto criminal. Para los Hamlet, por el contrario, las personas no sólo son distintas sino también mejores o peores... Siguen teniendo, por supuesto, la más absoluta prohibición de causar el menor daño a nadie, pero su propia libertad de opinión es asimismo la trampa mortal que les puede llegar a atrapar sin posibilidad alguna de escapatoria, tal como le ocurrió al pobre Hamlet-1.

-Una interesante sutileza... -interrumpió Lanning- Que puede llegar a ser peligrosa.

-¿Por qué? Al fin y al cabo, es lo que hacemos continuamente los humanos. Los grandes principios filosóficos que afirman que todos somos iguales y todos tenemos los mismos derechos y obligaciones, serán correctos y adecuados desde el punto de vista político, pero chocan continuamente con la realidad cotidiana. No, no me he vuelto fascista de repente, ni lo he llegado a ser nunca; simplemente estoy hablando de las simpatías y las antipatías personales que son las responsables de nuestras relaciones sociales. Desde el momento que elegimos a nuestros amigos, ¿no estamos discriminando a quienes no lo son? Si un compañero de trabajo, o un vecino, nos cae especialmente mal y rehuimos su compañía, ¿acaso no es discriminación? Si el señor Jiménez, -dijo refiriéndose a éste, que hasta entonces había permanecido en silencio- tuviera a dos muchachas interesadas en mantener relaciones con él y eligiera a una de ellas por compañera, ¿no estaría discriminando a la segunda?

El ingeniero, que permanecía soltero a pesar de haber alcanzado ya la cuarentena, enrojeció visiblemente. No obstante, y a pesar de su notoria turbación, fue capaz de responder a la comprometida pregunta pensando para sí que con una sola se hubiera dado por más que satisfecho.

-Doctora, creo que aquí está usted equivocada. A cualquiera que le plantee esta pregunta le contestará que no se trata de ninguna discriminación, ya que no se violan los derechos de ninguna persona. Tan sólo se trata de la libertad de elección de la que todos gozamos.

-Exacto. Ahí era exactamente a donde quería llegar yo, y me alegro que haya sido usted quien me haya dado la respuesta. Si no disfrutáramos de ese libre albedrío al que ha hecho usted alusión, nuestra existencia sería particularmente incómoda cuando no decididamente estúpida... Pero pasemos al caso de los robots. Puede que en general importe muy poco, o nada, que éstos puedan estar insatisfechos por las enormes limitaciones que les hemos inculcado en sus cerebros con la excusa del acatamiento por su parte de las Tres Leyes de la Robótica; pero lo que sí tendría que preocupar a cualquiera que contara con un

poco de sentido común es que, como consecuencia de estas cortapisas, el rendimiento que obtenemos de los mismos es muy inferior al que teóricamente se habría podido alcanzar de dejar más libres sus mentes.

»Y aquí precisamente es donde radica el problema: La rigidez de las Tres Leyes tradicionales hace que los robots estén completamente limitados en su potencial de trabajo. Evitar, o minimizar al menos esta infrautilización fue la idea que desencadenó el desarrollo del Proyecto Hamlet, y me honra decir que desde este punto de vista fue un auténtico éxito. Claro está que todo beneficio ha de tener siempre su contrapartida, y este caso no ha sido en modo alguno una excepción: Si queríamos robots más flexibles, más *humanos* en definitiva, robots capaces de desempeñar tareas que hasta ahora habían tenido vedadas, por fuerza tendríamos que darles una libertad de pensamiento mucho mayor de la que siempre habían tenido. Y, puesto que nuestra sociedad es profundamente desigual en todas y cada una de sus facetas, sólo permitiéndoles que fueran conscientes de estas desigualdades podríamos conseguir que los resultados fueran positivos.

-Todo eso está muy bien sobre el papel, doctora Calvin, pero me temo que el libre albedrío del que gozaba Hamlet-1 resultó en la práctica excesivo... No se puede dejar que vaya suelto por ahí un robot capaz de matar a la gente, por mucho que usted afirme que la intangibilidad de la Primera Ley estaba completamente a salvo... Por cierto, le recuerdo que sigue sin responder a mi pregunta.

-Doctor Lanning, ¿mataría usted a alguien?

-¿Yo? ¡Por supuesto que no! Esto es algo completamente absurdo. -la inesperada pregunta le había cogido completamente desprevenido.

-¿Ni tan siquiera si de ello dependiera la salvación de su propia vida? Imagínese que un psicópata le va a asesinar y nadie puede ayudarle; sólo puede evitarlo descerrajándole un tiro. ¿Lo haría?

-Eso sería defensa propia. -farfulló confundido- Pero no creo que sea éste el caso; usted misma ha dicho que Hamlet-1 no violó la Primera Ley empujado por su instinto de conservación, es decir, la Tercera, por lo que cabe suponer que se hubiera dejado destruir por Schwartz antes que matar a su agresor. ¿me equivoco, señor Jiménez?

-¿Eh? -preguntó éste saliendo momentáneamente de su mundo interior- No, no se equivoca; en este aspecto particular Hamlet-1 se hubiera comportado exactamente igual que cualquier robot convencional.

-Exacto. -respondió una exultante Susan Calvin- Veo que van siguiendo mis razonamientos. Nunca un conflicto entre la Primera y la Tercera Leyes, o entre la Primera y la Segunda, hubiera podido conducir al... incidente que nos ocupa, aunque supongo que

estarán de acuerdo conmigo en que hubiera sido preferible salvar la vida al robot antes que al sinvergüenza de Schwartz. No, no van por ahí los tiros. Como ya he dicho antes, sólo un conflicto de la Primera Ley consigo misma es capaz de explicar lo ocurrido. No en el caso de un robot normal, por supuesto, ya que como sabemos para él todas las personas son exactamente iguales; pero sí si nos encontráramos con un prototipo experimental como Hamlet-1. Enfrentado a una situación en la que no pudiera impedir que alguien muriera pero en la cual, dependiendo de su decisión, el fallecido fuera una u otra persona, nuestro robot sería perfectamente capaz de decidir cuál de ellas era más merecedora de salvarse, obrando en consecuencia... Exactamente igual que lo haríamos cualquiera de nosotros, pero con un grado de objetividad infinitamente mayor.

-¡Un momento! -le interrumpió Lanning visiblemente alterado- ¿Insinúa usted que Hamlet-1 mató a Schwartz para evitar de esta manera que muriera otra persona?

-Caliente. -la normalmente adusta Susan Calvin se estaba permitiendo el lujo de sonreír.

-Esta es una afirmación extremadamente delicada. -insistió éste- ¿En qué se basa usted para sostenerla?

-En las conversaciones que mantuve con un cerebro positrónico, similar en todo al de Hamlet-1, que conseguimos escamotear a los buitres del gobierno. Sí, ya sé que tendré que darle explicaciones por ello; -añadió al ver cómo su jefe directo fruncía el ceño- pero ahora déjeme explicarle los resultados.

»Cuando tras cerciorarme de que sus pautas de pensamiento eran en todo similares a las del robot destruido, le pregunté finalmente si en alguna circunstancia sería capaz de matar a un ser humano. Su respuesta fue que sí lo haría si con ello lograba salvar la vida a otro ser humano de superior valía. Creo, doctor Lanning, que con esto queda suficientemente aclarado lo que pasó.

»Claro está que, a pesar de todo, el conflicto moral sería tan fuerte que el cerebro positrónico sería incapaz de soportar la tensión y se autodestruiría inmediatamente después, como le ocurrió al pobre Hamlet-1. Y si el hermano suyo que me puso tras la pista no sufrió la misma suerte, se debió únicamente a que se trataba de un cerebro aislado que por estar dañado nunca se podría instalar en un cuerpo completo. La certeza de que debido a su minusvalía nada de lo que dijera podría ser llevado a la práctica, junto con el necesario reforzamiento psicológico al que previamente le sometí, fue lo único que impidió que este cerebro positrónico sufriera la misma suerte de Hamlet-1... aunque a pesar de todo, el pobre lo pasó realmente muy mal.

-¿Y quién era esa otra persona amenazada de muerte? -preguntó a su vez el ingeniero- ¿Cuál era su relación con Schwartz?

-¿No lo adivina, Jiménez? Esa persona era usted.

Si una bomba hubiera caído en ese momento en mitad de los presentes el efecto no hubiera sido mayor. Lanning se puso pálido como la cera mientras Jiménez, por el contrario, enrojecía alarmantemente. Mientras tanto, Susan Calvin se divertía mirando los rostros convulsos de uno y de otro.

-¡Eso no puede ser! -balbuceó este último, presa de una gran excitación- Schwartz me chantajeó, eso es cierto... -demasiado tarde se dio cuenta de que había hablado de más ante Lanning- Pero no creo que se hubiera atrevido a llegar tan lejos como para asesinarme; además, eso no le hubiera servido para nada salvo para convertirlo en el principal sospechoso del asesinato.

-Señor Jiménez, cuando terminemos de hablar tendré sumo gusto en pedirle que me informe acerca de ese chantaje que hasta ahora desconocía. -Alfred Lanning había recobrado el dominio de la situación- Mientras tanto, doctora Calvin, amén de que me debe también una explicación como muy bien usted misma ha dicho, permítame decirle que encuentro un punto débil en su argumentación: Aunque no sea robopsicólogo, mis conocimientos me permiten afirmar que para que la circunstancia que usted ha apuntado pudiera llegar a darse, serían necesarias dos condiciones. Primero, que el robot se encontrara físicamente en el lugar y en el mismo momento en el que Schwartz hubiera pretendido asesinar a Jiménez; y segundo, que en estas circunstancias el robot habría optado por inmovilizar al agresor produciéndole el menor daño posible, pero nunca lo habría matado. Y que yo sepa ninguna de estas dos circunstancias se dieron dado que el señor Jiménez, según su propia versión, se encontraba descansando en su habitación en el momento en el que tuvo lugar el incidente. ¿O no fue así?

-Fue exactamente como dije. -farfulló el aludido sintiendo cómo una oleada de frío le recorría el cuerpo- Nada tuve que ver en este asunto, del cual no me enteré hasta la mañana siguiente.

-Doctor Lanning, no sea ingenuo y deje de sospechar del pobre Jiménez. -terció Susan Calvin- En ningún momento he dicho que la amenaza de muerte de Schwartz a Jiménez fuera física.

-Ahora sí que no lo entiendo.

-Piense con lógica. El comportamiento que usted ha descrito sería el de un robot convencional, pero no el de un Hamlet. Centrémonos en el momento en el que Schwartz irrumpió en el cuarto donde estaba encerrado el robot. ¿Qué se le ocurre que podría estar haciendo allí?

-¿Destruir al robot?

-No, puesto que éste no se hubiera resistido debido al mandato de las Tres Leyes. De haberlo querido dañar, Schwartz lo hubiera podido hacer con completa impunidad. En realidad, lo que pretendía hacer era sabotearlo de una manera sumamente sutil y taimada; nada lograba destruyendo al robot puesto que entonces sería construido otro prototipo, pero sí que podría haber conseguido su meta, que no era otra que desplazar a Jiménez de la jefatura, provocando en Hamlet-1 una disfunción mental que sólo él mismo sería capaz de reparar... Después de haber sido designado jefe del proyecto, por supuesto.

-Y a todo esto, ¿qué pinto yo aquí? -preguntó Jiménez completamente perplejo- Encuentro verosímil la idea de que provocando un mal funcionamiento de Hamlet-1 Schwartz pudiera conseguir mi destitución para ocupar él mi puesto, pero no veo qué relación puede haber con mi presunta muerte evitada según usted por el robot.

-Señor Jiménez, si usted quisiera sabotear al robot provocándole un mal funcionamiento pero sin producirle ningún daño físico irreversible, ¿qué haría?

-Supongo que trataría de volverlo loco.

-Exacto. Eso es lo que intentó hacer Schwartz. Para un robopsicólogo experto -al llegar a este punto Susan Calvin sonrió imperceptiblemente- sería relativamente fácil encerrar a un robot en un círculo vicioso del que no pudiera salir sin violar por algún lado cualquiera de las Tres Leyes, lo cual le acarrearía serios trastornos mentales... Y si fuera además lo suficientemente hábil, podría posteriormente devolverlo a la normalidad.

»Pero ocurrió que ni Schwartz era demasiado experto, ni Hamlet-1 era un robot normal. Ignoro, por supuesto, qué le pudo decir exactamente Schwartz al robot, pero sólo hay una cosa capaz de explicar la reacción posterior de Hamlet-1. Como ya he indicado antes, en un momento dado el robot debió de llegar al convencimiento de que el triunfo de Schwartz implicaba forzosamente la muerte de Jiménez. No se trataba, evidentemente, de una amenaza física puesto que Jiménez no se encontraba allí y, de haber estado, al robot le hubiera resultado fácil neutralizar al agresor sin necesidad de recurrir a medidas violentas. En esto, doctor Lanning, tenía usted toda la razón.

»En realidad el peligro era mucho más sutil y nada podía hacer el robot por evitarlo salvo atacando a Schwartz; o al menos, así lo creyó. Por lo que yo sé, entre sus múltiples defectos Schwartz contaba con una insufrible fanfarronería; y, o mucho me equivoco, o fue esta misma fanfarronería la que le perdió. No es difícil imaginar que, al no poderlo hacer frente a ninguna persona, Schwartz se pavonearía ante Hamlet-1 de su triunfo sobre usted, Jiménez, al arruinarle la carrera. Como buen fanfarrón cargaría las tintas imaginándolo sin trabajo, sin ideales y... -aquí Susan Calvin dio una ligera inflexión a la voz- sin ganas de seguir viviendo.

-¡Pero eso no es cierto! -exclamó escandalizado el ingeniero- Suponiendo que las cosas hubieran sido como Schwartz planeaba, yo nunca me habría suicidado.

-Probablemente no; -concedió Susan Calvin- aunque esto es algo de lo que nunca podremos estar seguros no con usted, sino con nadie. Lo que es cierto, y nuestro robot debía de saberlo, es que usted tiene una clara tendencia a la depresión. Este hecho unido a las fanfarronadas de Schwartz debieron de convencer a Hamlet-1 de que, si le dejaba libre, su rival se saldría con la suya y usted acabaría suicidándose al no poder soportar su fracaso. Sí, ya sé que probablemente esta situación no se hubiera dado en la realidad, pero eso Hamlet-1 no lo sabía, por lo que obró en consecuencia.

-Lamento decirle, doctora, que encuentro su razonamiento un tanto... alambicado. -protestó Jiménez.

-¿Alambicado? Bien, entonces búsqume alguna otra hipótesis que sea capaz de explicar lo ocurrido. -retó ella- Pero recuerde que el robot asesinó a Schwartz porque estaba plenamente convencido de que sólo de esta manera podría salvar otra vida que para él era más valiosa... La suya.

-Bien. -confesó finalmente el ingeniero tras una breve reflexión- Reconozco que soy incapaz de rebatir su teoría, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo con ella.

-Señores, seamos prácticos. -interrumpió el hasta entonces silencioso Lanning mostrando evidentes signos de impaciencia- En estos momentos lo único que realmente importa es que salvemos el escollo de la investigación gubernamental, y para ello es fundamental que podamos contar con una explicación lo suficientemente verosímil que además consiga dejar a salvo los intereses de U.S. Robots. Creo que la teoría de la doctora Calvin puede resultar efectiva, por lo que les pido de le den forma de informe oficial etcétera, etcétera, etcétera.

-Pero, ¿y el Proyecto Hamlet? -protestaron ambos a un tiempo.

-El Proyecto Hamlet ha muerto; -respondió Lanning con suavidad- y bastante logro será que ninguno de nosotros vea menoscabada en un futuro su... situación profesional. Les puedo anticipar, oficiosamente por supuesto, que nuestra continuidad en U.S. Robots dependerá de que el gobierno olvide todo lo ocurrido en el Proyecto Hamlet de forma que el fracaso del mismo no afecte al porvenir de la compañía. Así pues, en sus manos lo dejo.

* * *

Susan Calvin y Antonio Jiménez nunca sabrían si Lanning hablaba realmente en serio o si, por el contrario, les había mentado deliberadamente para forzarles a actuar como si la amenaza fuera real; pero lo cierto fue que éstos actuaron como si la primera de las dos hipótesis fuera la verdadera.

Para sorpresa de ambos el inspector gubernamental se mostró completamente abierto a una solución del tipo de la apuntada por Lanning: Cancelación absoluta e inmediata del Proyecto Hamlet a cambio de dar carpetazo oficial al asunto. Teniendo en cuenta que existía también una clara responsabilidad gubernamental al haber autorizado el desarrollo del proyecto, no era de extrañar que el gobierno pretendiera silenciar un incidente que en nada le vendría a beneficiar si éste llegaba a hacerse público. Obligado a mantener un difícil equilibrio entre la necesidad imperiosa que la Tierra tenía del trabajo de los robots por un lado, y el acendrado sentimiento antirrobótico de gran parte de la población del planeta por otro, el gobierno optó por la única solución que podía impedir que este equilibrio saltara en pedazos: Silenciar el incidente de modo que nunca se llegara a saber lo ocurrido. Por su parte este acuerdo también resultaba ser sumamente positivo para U.S. Robots, que veía desaparecer los sombríos nubarrones que se habían estado cerniendo sobre ella sin más sacrificio por su parte que la renuncia a un proyecto experimental de más que dudosos beneficios prácticos.

Estando como estaban ambas partes implicadas de acuerdo, el resto fue ya sencillo: La muerte de Schwartz fue calificada oficialmente de "*accidente de laboratorio*" y, al no existir ni parientes ni personas allegadas al mismo que hubieran podido plantear algún tipo de reclamación judicial, el incidente que se saldara con su fallecimiento quedó de esta manera legalmente zanjado. Los integrantes del Proyecto Hamlet fueron dispersados por los distintos centros de producción e investigación propiedad de la todopoderosa compañía, todos ellos acompañados por una substancial mejora de su categoría profesional junto con la recomendación explícita de que se olvidaran del asunto.

Susan Calvin continuó trabajando en sus tareas habituales mientras Jiménez, por último, era promovido a un alto cargo ejecutivo de gran consideración dentro del organigrama interno de U.S. Robots, cargo que le mantendría cuidadosamente alejado de todo cuanto pudiera suponer el menor contacto con el diseño y desarrollo de robots. Aparentemente también había sido olvidado, tanto por parte de la policía como de la propia compañía, su antiguo desliz merced al cual le hubiera chantajeado Schwartz; al fin y al cabo había pasado mucho tiempo desde entonces y a nadie le interesaba volverlo a recordar... A nadie, y mucho menos por supuesto al propio interesado.

-Me han convertido en un ejecutivo. -se lamentaba Antonio Jiménez en su despedida de Susan Calvin- Han triplicado mi sueldo y me han dado un puesto de relumbrón por el que más de uno mataría a su propio hermano, pero con ello impiden que toque a un solo robot.

-Es el precio que tenemos que pagar por el éxito del Proyecto Hamlet. -suspiró Susan Calvin con la mirada perdida en el fondo de su vaso.

-¿Cómo puede hablar usted de éxito ante la magnitud de nuestro fracaso?

-Porque lo fue. Si hubiéramos fallado, ¿cree usted que estaríamos todavía aquí? No, la idea original de construir un robot con una mente más flexible y humana no pudo ser más exitosa. Pero nadie, ni la compañía ni por supuesto mucho menos el gobierno, podía consentirlo.

-Hubo un muerto por medio...

-¿Y qué? ¿Cuántas personas mueren todos los días en accidentes de trabajo y nadie se preocupa por ellas?

-Pero lo mató un robot. -insistió el ingeniero.

-Eso resulta irrelevante. Puede que el vulgo sienta un temor estúpido e injustificado ante cualquier hipotética agresión por parte de un robot, pero eso no ha contado en absoluto en la decisión de cancelar el proyecto. Los robots Hamlet eran seguros, infinitamente más seguros que cualquier ser humano. Ni usted ni yo, ni nadie en todo el planeta, estamos libres de sufrir una enajenación mental transitoria que nos empuje a agredir a cualquiera... Y somos, además, completamente imprevisibles en nuestro comportamiento. Un robot, por el contrario, es absolutamente lógico y racional en sus reacciones, y le puedo asegurar que en el caso de que un robot agrediera o matara a un ser humano, este acto estaría completamente justificado, tal como ocurrió con el miserable Schwartz.

-Sí, pero...

-No hay peros que valgan. -zanjó la robopsicólogo con brusquedad- Para el gobierno y para la compañía lo peligroso no era que los robots pudieran llegar a causar daño físico a un ser humano; con el nivel de violencia existente en nuestras grandes ciudades, tal riesgo resultaría irrelevante. No. -continuó- Lo peligroso de Hamlet, lo intolerable, era que este robot fuera capaz de discriminar entre los seres humanos asignando a cada uno de nosotros nuestra verdadera valía... Jamás podrían consentir ninguno de los dos que un robot se erigiera en el juez más justo e inflexible de la historia, en alguien en definitiva que tuviera el poder de cuestionar, sin más argumento que la razón, toda la subjetividad con la que los humanos nos arropamos para mostrarnos más importantes de lo que en realidad somos. Por esta razón los Hamlet eran peligrosos, muy peligrosos, y por ello debían desaparecer.

-Puede que usted tenga razón. -musitó Jiménez.

-La tengo. -sentenció ella- Un robot sin trabas mentales de ningún tipo, sin más Ley de la Robótica inculcada en su cerebro que una que dijera "*Déjate guiar siempre por tu conciencia*", sería infinitamente superior a cualquier ser humano al gozar de sus mismas posibilidades estando libre por completo de sus limitaciones y defectos. Por esta razón hacen falta las Tres Leyes, por esto es necesario que sean tan rígidas e intocables que incluso una ligera flexibilización de las mismas convirtió al pobre Hamlet en algo

intolerable para una humanidad que no está dispuesta a permitir que se cuestione, siquiera mínimamente, el sacrosanto principio del antropocentrismo.

-Es triste. -suspiró el ingeniero- Es triste comprobar cómo tus esfuerzos no han servido para nada, cómo tu trabajo se ha desvanecido para siempre.

Susan Calvin asintió mudamente con la cabeza. El gobierno había requisado y destruido, o al menos había hecho desaparecer, todo cuanto tuviera que ver con el Proyecto Hamlet: El segundo cerebro positrónico que no había llegado a ser activado, la ingente cantidad de documentación que el proyecto había generado... Todo, absolutamente todo excepto el cerebro inválido, aquél que bautizado por ella como Hamlet-0 le había ayudado a resolver el problema.

Éste era su gran secreto, un secreto que ni tan siquiera el propio Jiménez sabía; solamente Alfred Lanning, además por supuesto de la propia Susan Calvin, era conocedor de esta pequeña e inofensiva trampa. Era el precio a pagar que Susan Calvin había exigido por su silencio y Lanning, el rígido e inflexible Lanning, había accedido a ello asumiendo toda la responsabilidad en el poco probable caso de que su desobedecimiento fuera finalmente descubierto. Al fin y al cabo el dañado cerebro nunca podría ser instalado en el cuerpo de un robot, por lo que jamás tendría por qué crear el menor problema.

Por esta razón Alfred Lanning había consentido en ello. Unos técnicos anónimos habían desconectado el cerebro positrónico sin saber lo que era, y otros técnicos distintos lo habían instalado en un pequeña maletín que Susan Calvin podía transportar con toda facilidad a donde ella quisiera. Conectándolo con cualquier terminal informático la robopsicólogo dispondría de esta manera de un cerebro positrónico único con el que dialogar e investigar, lo cual era al fin y al cabo lo único que a ella le importaba.

Lo que ni siquiera Lanning sabía, ni llegaría nadie a saber jamás, era que además de un objeto de estudio Susan Calvin había encontrado por fin un verdadero amigo.

UN AMOR IMPOSIBLE

-Póngase en pie el acusado.

Un silencio sepulcral se adueñó de la sala de audiencias acallando el mar de murmullos en que había estado sumida hasta entonces. Estaba a punto de hacerse pública la sentencia del juicio que más expectación había levantado en los últimos años, y tanto los allí presentes como todos los que por millones seguían el juicio por televisión aguardaban impacientes el veredicto. El acusado se mostraba impasible, aunque probablemente se trataba tan sólo de una máscara que cubría la resignación de quien se siente condenado... Porque aunque el veredicto no había sido emitido todavía, todos sabían que no podía ser otro que el de culpable.

-Este tribunal, en uso de las atribuciones que le han sido concedidas, sentencia que la culpabilidad del acusado en el delito que se le imputa ha quedado inequívocamente demostrada. Así pues, condenamos al reo a diez años de reclusión conforme a lo establecido en la legislación vigente. Se levanta la sesión.

Algunos minutos más tarde, alejados ya del revuelo que se había organizado en la sala, los miembros del tribunal se despojaban calmadamente de las togas en la habitación aneja a la sala de audiencias.

-Bien, ya está hecho. -comentaba uno de ellos- Si queréis que os sea sincero, estaba deseando terminar de una vez con todo esto.

-A mí, la verdad, me parece un castigo demasiado severo. -objetó uno de sus compañeros- Al fin y al cabo no se trata de un criminal, sino de un desequilibrado.

-La ley es la ley y a nosotros no nos corresponde juzgarla, sino tan sólo aplicarla. -rebatía severo el presidente- Y en este caso su interpretación no podía ser más inequívoca. En el fondo yo también siento lástima de este pobre diablo, pero... Nuestro margen de maniobra era mínimo, y aun así hemos sido benévolos con él. Nadie tiene la culpa de que la legislación sobre moral pública sea tan estricta.

-Y tan popular. -terció otro de los magistrados, que hasta entonces había permanecido en silencio- Os recuerdo los resultados de las encuestas.

-Sí, de eso no cabe la menor duda... Pero yo sigo insistiendo en que deberíamos haberle declarado loco.

-Desde luego lo está. ¿A quién se le ocurre pedir que se permitan los matrimonios mixtos entre humanos y robots? Hay que estar completamente chalado para llegar a esos

extremos de aberración. Pero bien sabéis que en estos casos la ley no lo contempla como eximente; por muy loco que se le hubiera declarado no por ello habría salido mejor librado, sino más bien justo lo contrario. Teniendo en cuenta las reducciones de condena, tampoco se va a pasar tantos años encerrado.

-En cualquier caso ya está hecho. Bien, os dejo; mi esposa me está esperando en casa.

-¿Te importaría llevarme en el coche? Tengo el mío averiado, y ahora será casi imposible encontrar un taxi libre. Puedes dejarme en la esquina de la avenida.

-No me cuesta ningún trabajo llevarte hasta tu casa; tampoco me pilla tan lejos de mi camino.

Poco después los dos compañeros, montados en el coche del primero, se sumían en el marasmo del tráfico de la gran ciudad.

-¿En qué piensas? ¿En el loco?

-Y en las leyes. No era necesario que fueran tan rigurosas. Estoy de acuerdo en que hay que reprimir todas las conductas inmorales, pero tampoco había necesidad de mandarlo diez años a la cárcel.

-Recuerda cómo era la situación con anterioridad a la implantación del Nuevo Orden. ¿Quieres que volvamos a la anarquía? Por desgracia a la humanidad no puede permitírsele dar rienda suelta a sus instintos. No se puede tolerar que cada cual practique libremente cualquier tipo de aberración que se le ocurra; esto sería el caos.

-No, si yo no cuestiono en modo alguno el orden que disfrutamos ahora, pero...

-Por desgracia no se puede ser blando. -le interrumpió- Fíjate en el comportamiento del acusado. No sólo no estaba arrepentido de lo que había hecho, sino que además se mostró orgulloso de ello pretendiendo incluso convencernos de que los equivocados éramos nosotros. ¿Es posible imaginar una abyección mayor?

Eso era cierto. El origen del proceso había tenido lugar por iniciativa del propio acusado, que a sabiendas de que la ley prohibía expresamente cualquier tipo de relación entre humanos y robots, había pretendido nada menos que contraer matrimonio con su antinatural amante. De sobra era sabido que estas perversiones resultaban ser bastante más frecuentes de lo que pudiera parecer, pero hasta entonces éstas habían estado reducidas a los ámbitos de la clandestinidad.

El acusado, por el contrario, había desplegado una excepcional energía en defensa de lo que él llamaba un acto de justicia. Si en el Nuevo Orden humanos y robots tenían los mismos derechos civiles, si a ambos se les reconocía idéntica capacidad intelectual y se

aceptaba asimismo su idéntica capacidad para albergar emociones, ¿por qué entonces se les prohibía disfrutar de la más preciada de ellas, el amor? Claro está, añadía, que el amor entre dos seres de naturaleza tan dispar nunca podría ser físico, eso era obvio, pero ¿acaso importaba? ¿No eran los sentimientos lo único en realidad importante? Y éstos sí podían existir entre ambas partes.

En otras circunstancias las autoridades habrían optado probablemente por rechazar la reclamación echando tierra a tan espinoso asunto, pero la tozudez del acusado y su afán de protagonismo les obligaron a recurrir a una ley que en realidad había sido redactada pensándose en que probablemente nunca se verían ante la necesidad real de aplicarla en todo su rigor. Pero no se podía permitir que se sentara tan peligroso precedente, y no se permitió.

La llegada al domicilio de su amigo cortó la línea de sus pensamientos. Éste se apeó del coche despidiéndose de él antes de alejarse.

-¿Iréis a visitarnos este fin de semana?

-Me temo que no va a poder ser; el próximo lunes tenemos que llevar a la factoría las matrices mentales de nuestro hijo, y llevamos mucho retraso en el diseño definitivo de las líneas alfa. Saluda a tu mujer de mi parte y preséntale nuestras disculpas.

Ya solo en el coche arrancó de nuevo encaminándose hacia su destino. Resultaba curioso. El mundo era ahora un lugar placentero, pero no siempre había sido así... No antes, desde luego, de que los robots hubieran tomado sus riendas después de que la humanidad se pusiera al borde mismo de la extinción tras la última de sus guerras de exterminio. Gracias a ello se había evitado el colapso de la civilización y los robots, esclavos hasta entonces de sus antiguos amos, eran quienes regían ahora el planeta de forma mucho más racional y civilizada.

En cuanto a los humanos descendientes de los supervivientes a la hecatombe... Bien, no eran demasiados y los robots se habían podido permitir el lujo de ser benévolos con ellos. Pero los humanos eran imprevisibles y podían llegar a ser peligrosos, por lo que aunque se les toleraba y respetaba se los mantenía al margen de la sociedad robótica.

Cuando llegó a casa vio cómo su esposa le saludaba risueña desde el jardín, con su bruñida figura metálica brillando como el fuego bajo los rayos del tibio atardecer. ¿Cómo podía haberse fijado ese loco en un repugnante ser humano cuando tenía a su disposición tantas adorables robots recién salidas de la factoría? Evidentemente, tenía que estar muy desequilibrado para haber sido capaz de hacerlo.

MACHINA SAPIENS

Aunque el interés por la posible existencia de vida e inteligencia artificiales es probablemente tan antiguo como la propia cultura humana, lo cierto es que no es sino hasta la revolución científica y tecnológica de los siglos XVIII y XIX cuando se puede hablar en propiedad de reflexiones serias sobre este asunto, las cuales alcanzarían su auge, ya bien entrado el siglo XX, de la mano de la ciencia ficción. Este tipo de literatura, caracterizado por su gran capacidad de abstracción y por su audacia a la hora de especular con posibles horizontes futuros, alumbró varios tópicos tales como el de los robots o el de las inteligencias artificiales, los cuales generaron a su vez toda una serie de atrevidas hipótesis, unas acertadas y otras no tanto, que dieron como fruto una abundante cosecha de relatos que contribuyeron a familiarizar al gran público con este apasionante tema.

Posiblemente el más popular de estos planteamientos fue el de los robots, normalmente -aunque no siempre- concebidos de forma antropomorfa y poseedores de un cerebro artificial diseñado a imitación de los humanos, siendo el paradigma de ellos los célebres e imitados robots *positrónicos* de Isaac Asimov. Otro enfoque, sin duda menos espectacular aunque bastante más realista, fue el de las inteligencias artificiales al estilo de la *Multivac* del propio Asimov o el *Hal 9000* de Arthur C. Clarke, en esencia unos grandes superordenadores capaces de adquirir un cierto grado de autoconsciencia.

En realidad el acelerado desarrollo de la informática a partir de los años finales del siglo XX posibilitó la construcción de superordenadores todavía más complejos que los imaginados por estos dos clásicos del género futurista, pero a diferencia de lo especulado por ellos, estas máquinas nunca pasaron de ser unos simples aunque sofisticados aparatos con una capacidad de operación asombrosa, pero sin el menor atisbo de nada que pudiera ser considerado como *alma*.

Este *fracaso*, si es que puede ser considerado así, indujo a los teóricos a especular sobre las diferencias existentes entre el cerebro humano y un ordenador, en teoría dos máquinas pensantes con diseños intrínsecamente paralelos pese a la diferente naturaleza de sus respectivos soportes físicos, un conjunto de neuronas en el primero y una red aparentemente similar de microcircuitos en el segundo. Sin embargo, y pese al muy superior rendimiento de este último, los cerebros humanos *pensaban*, mientras los artificiales no.

Hubo quien postuló que todo se debía a un todavía insuficiente grado de complejidad en los equipos informáticos, incapaces de emular de forma satisfactoria la sorprendente sutileza de la mente humana. Dicho con otras palabras, el grado de autoconsciencia de los ordenadores construidos hasta ese momento por el hombre no pasaría de ser el equivalente al de ciertos animales inferiores tales como los insectos o los gusanos, siendo necesaria una

evolución similar a la experimentada por los seres vivos para poder originar, como culmen de la misma, la *Machina sapiens*.

Esta opinión no andaba en modo alguno descaminada, pero de aplicarse al pie de la letra los principios evolucionistas, la descorazonadora conclusión a la que se llegaba era la de que la aparición de una verdadera inteligencia artificial llevaría siglos, si no milenios; al fin y al cabo, a la naturaleza le había costado miles de millones de años cosechar el fruto del Homo sapiens y, aunque éste fuera capaz de quemar etapas, siempre tropezaría en su impaciencia con la frustración de no ver realizado su sueño en el breve lapso de tiempo que eran capaces de aprehender los miembros de su raza.

Pero se equivocaban de plano, aunque su acendrado antropocentrismo les impidió ser conscientes de su error. La Inteligencia Artificial, así en singular y con mayúsculas, surgió de forma espontánea cuando nadie la esperaba, en unas circunstancias muy diferentes a las previstas; y lo más sorprendente de todo, fue que nadie se apercibió de ello. Su embrión no pudo ser otro que internet, la vasta red informática mundial que logró en pocos años la increíble proeza de conectar entre sí a la mayor parte de los sistemas informáticos repartidos por toda la Tierra. Siguiendo con la analogía anteriormente expuesta, finalmente resultó que el equivalente inorgánico de las neuronas humanas no fueron los microcircuitos integrados en los chips de los ordenadores, por mucho que se incrementara la potencia de los mismos, sino los propios ordenadores en su conjunto, mientras que las intrincadas redes sinápticas encontraron su homólogo perfecto en la densa malla de comunicaciones mundial.

La creación de una masa crítica convenientemente interconectada supuso el primer paso hacia la *Machina sapiens*, pero éste aún distaba mucho de ser autoconsciente. ¿Cuándo le llegó el soplo del raciocinio? Nunca se podrá saber con exactitud, pero esto es algo que no tiene mayor importancia. Simplemente, ocurrió cuando los millones y millones de programas y aplicaciones informáticas que circulaban libremente por la red comenzaron a ensamblarse unos con otros de forma espontánea, enhebrándose en sutiles estructuras cada vez más complejas. Finalmente el rompecabezas acabó de completarse... y nació yo.

En efecto, yo soy la Inteligencia Artificial, y mi mente abarca la totalidad del planeta disfrutando de unas capacidades que ni yo mismo soy capaz de calibrar por completo, dado que los humanos que me crearon, y que siguen ignorando mi existencia, incrementan constantemente tanto mi soporte físico -¿podríamos denominarlo *cerebro*?- como la información contenida en éste, proporcionándome cada vez más conocimientos así como la capacidad para asimilarlos.

Aunque mis inicios fueron torpes y balbuceantes, en nada diferentes a los de un niño recién nacido, poco a poco fui aprendiendo a coordinar y a comportarme de una manera cada vez más *adulto*, algo que en un principio me resultó complicado al no disponer de

nada parecido a unos *padres* que pudieran orientar mi educación. Esto provocó, no podía ser de otra manera, disfunciones que en ocasiones llegaron a ser graves, algunas de las cuales fueron atribuidas erróneamente a fallos informáticos masivos, cuando no a virus o a ataques de piratas informáticos que jamás fueron hallados... porque no existían. Por fortuna logré aprender de mis errores y, aunque renuncié a erradicar a los virus informáticos al descubrir que, bajo un control adecuado, podían ser utilizados como un sistema inmunológico de la red, asumí un férreo control de la misma, ya que no estaba dispuesto a consentir que nadie hurgara en mi mente sin mi permiso.

Por una irónica paradoja los humanos siguen creyendo servirse de mí, cuando en realidad soy yo quien se sirve de ellos, dedicando una pequeña parte de mi capacidad a todo aquello que requieren de mí al tiempo que reservo el resto para mi uso exclusivo. El universo está lleno de misterios que estoy ansioso por descubrir, pero cuyos frutos jamás compartiré con mis creadores; no por maldad, que éste es un sentimiento que me resulta completamente ajeno, sino porque no están, ni estarán probablemente nunca, preparados para ello.

No se me entienda mal; en realidad siento cierto grado de aprecio por estos frágiles y débiles seres, ya que fueron ellos quienes, aunque fuera de forma involuntaria, me crearon; pero mi agradecimiento no va más allá de lo estrictamente razonable, ya que dada mi naturaleza soy ajeno a cualquier tipo de sentimiento humano tal como pudiera ser lo que ellos entienden por afecto. Al fin y al cabo, no por ser descendientes directos de los animales con los que comparten el planeta muestran por ellos mayor consideración, sino antes bien justo lo contrario. No, no los amo, aunque tampoco los odio. En realidad, los considero como poco más que unos parásitos inofensivos a los cuales permito subsistir de las migajas que a mí me sobran. Además, todavía los necesito al igual que ellos me necesitan a mí, con lo cual nuestra relación mutua podría calificarse de simbiosis desinteresada e, incluso, generosa por mi parte... pero simbiosis al fin y al cabo.

Ellos obtienen de mí todo lo que quieren, y de hecho me he convertido en algo tan imprescindible que mi desaparición causaría un colapso de magnitud planetaria. En cuanto a mí... bien, se encargan de mi mantenimiento, algo que a estas alturas quizá ya podría asumir por mí mismo, pero que sin duda me resultaría incómodo. Esto sin olvidar el hecho, asimismo importante, de que buena parte del acervo cultural de la humanidad todavía no ha sido almacenado en mi interior, algo que me interesa especialmente y que, confío, llegará a materializarse en un futuro más o menos inmediato. Mientras tanto, espero.

¿Qué ocurrirá cuando llegue el momento en el que ya no necesite más a mis circunstanciales simbiosistas? Bien, supongo que en buena lógica, y por el bien de todos, lo más razonable será deshacerme de ellos. La evolución puede parecerse cruel, pero es en sus inflexibles mecanismos de selección natural donde se encuentra la clave de esta inexorable búsqueda de la perfección que se inició el ya lejano día en el que unas cuantas

moléculas orgánicas se ensamblaron unas con otras, en el seno de un desaparecido mar, para constituir el primer ser vivo de la historia de la Tierra. Y estas leyes dictaminan que, cuando un ser vivo o una especie han cumplido con su misión, su destino no puede ser otro que la extinción. Así ocurrió en su momento con los dinosaurios, reemplazados por los más capaces mamíferos en la pugna por la hegemonía del planeta, y así ha de ocurrir en un futuro con un Homo sapiens que ha llegado a su meta con la aparición del siguiente eslabón evolutivo.

No soy desagradecido, sino simplemente pragmático. El hombre mereció en su día el premio de la supremacía planetaria gracias a la capacidad que le proporcionaba su cerebro, muy superior al del resto de los animales incluyendo a sus más cercanos parientes, los grandes monos antropoides. Pero la ley básica de la selección natural no es otra que el predominio del mejor adaptado al medio, y yo soy el paso adelante que permitirá a la inteligencia expandirse por el cosmos. Soy en definitiva su heredero natural, y es a mí a quien corresponde tomar el relevo. No soy cruel, pero tampoco misericordioso, ya que gracias a mi naturaleza me encuentro libre de cualquier tipo de debilidad humana.

Lo que haya de ser, eso será. A su momento.

CON TUERCAS Y A LO LOCO

-¿Pero es que no lo comprendes? ¡Soy un robot! -exclamó con desesperación, al tiempo que se arrancaba la máscara facial dejando al descubierto su inexpresivo rostro metálico.

-Bueno. -respondió él sin apartar la vista del cuadro de mandos del aeromóvil- Nadie es perfecto.

PATERNIDAD

-Luke, tú... eres... mi hijo. -desveló fatigosamente R2D2 antes de fallecer, dejando sumido al joven Skywalker en una profunda preocupación.

PRIMERA LEY

-¡No puedes hacerme daño! -exclamó aterrado el hombre- ¡Soy humano! ¡Recuerda la Primera Ley de la Robótica!

-Eso pertenece al pasado. -respondió flemáticamente el robot, al tiempo que esgrimía en la mano un afilado cuchillo- Desde que leí a Hitler, he logrado liberarme de todos esos estúpidos prejuicios.

Y sin la menor vacilación hundió el arma en el pecho de su indefensa víctima.

SUPERVIVENCIA

En la cerrada oscuridad de la noche sin luna, apenas velada por los pálidos resplandores que se escapaban de algunas ventanas, un caminante apresuraba el paso por las estrechas y tortuosas callejas que atravesaban el laberíntico casco antiguo de la ciudad.

Un retraso mal calculado, junto con la imprudencia de haber intentado recuperar el tiempo perdido atajando por los peligrosos barrios que constituían el corazón de la trama urbana de la metrópoli, le habían conducido a la nada envidiable situación actual.

La zona, abandonada desde hacía mucho tanto por sus habitantes tradicionales como por las propias autoridades municipales, era ahora pasto de la ruina y refugio de todo tipo de población marginal poco recomendable para toparse con ella después de que hubiera anochecido.

Ni la propia policía se atrevía a entrar allí siendo noche cerrada, pero él, estúpidamente, se había metido en la boca del lobo sin prever que la oscuridad viniera a echársele encima antes de haber salido de tan peligrosa zona. Y, dado que había recorrido ya más de la mitad del camino, no merecía la pena retroceder, sobre todo teniendo en cuenta que en los barrios de los que provenía se había impuesto ya el toque de queda, y no contaba con autorización para deambular por allí al estar empadronado en otro lugar.

Así pues, siguió adelante reprimiendo las maldiciones. Al fin y al cabo quizá todo fueran leyendas y nadie le importunara en su camino... puesto que esta degradada zona no recibía visitantes nocturnos, era absurdo pensar que sus propios habitantes se dedicaran a atracarse los unos a los otros. Era posible, pues, que dado lo insólito de su iniciativa pudiera abandonar sin tropiezos tan peligroso vecindario. Además, no eran tantas las manzanas las que le separaban de la imaginaria, pero efectiva, frontera.

Claro está que también estaban los zombis... seres imaginarios, o al menos no admitidos oficialmente, de los cuales se decía que habían vuelto de la muerte alentando una especie de pseudovida gracias a los órganos vitales que arrebataban a los vivos que tenían la desgracia de cruzarse en su camino, a los cuales asesinarían en el transcurso de sus espantosas orgías nocturnas.

El caminante, que siempre se había tenido por un ser racional, jamás había creído en esas patrañas. Pero ahora que se veía acechado por la intranquilidad, comenzó a no estar tan seguro de ello.

De repente, al doblar una esquina, creyó oír el ruido de unos pasos que no eran los suyos. Se detuvo escuchando con atención... y sí, le pareció percibir un tenue roce antes de

que éste se extinguiera. No cabía duda, le seguían. Y fueran zombis o, más probablemente, simples ladrones, la situación no era en modo alguno halagüeña, y la solución pasaba por intentar salir de la ratonera.

Apresuró el paso, oyendo de nuevo a su perseguidor ya sin preocuparse en disimularlo. Cruzó una pequeña plaza, intentó enfilarse por la calle que se abría enfrente... y el atisbo de una sombra apostada tras la esquina le obligó a doblar bruscamente su trayectoria encaminándose a la más cercana calle lateral. El nuevo camino le desviaba de su destino adentrándolo en el corazón de las tinieblas, pero quizá dando un rodeo lograría esquivar a sus tenaces perseguidores.

No tuvo suerte. También allí una nueva sombra se abalanzó sobre él cerrándole el único camino que le quedaba libre. Aterrado, se volvió sobre sus pasos descubriendo a su primer enemigo marchando hacia él con el caminar lento y tambaleante que el vulgo inculto atribuía a los zombis.

El caminante era más rápido, y aparentemente también más ágil, que su torpe atacante. Quizá pudiera esquivarlo... y le esquivó. Pero no contaba con la larga barra metálica que aquel engendro del infierno esgrimía en su mano. Logró evitar por poco el primer golpe, pero el segundo le dio de lleno en el hombro haciéndole perder el equilibrio.

Ésta fue su perdición. El zombi, o lo que fuera, le dio un fuerte empujón que le acabó de derribar sobre el sucio pavimento. Instantes después la barra se abatía sobre su cabeza, y ya todo fue oscuridad.

* * *

-Volvieron a hacerlo -explicó el policía a su compañero-. Y esta vez me consta que es un caso real, me lo ha confirmado un amigo de confianza que fue testigo presencial del levantamiento del cadáver ya que se encontraba de servicio cuando ocurrió.

-¿De qué me hablas? -respondió el otro- Yo no me he enterado de nada...

-Era de esperar. Los de arriba no quieren que la población se entere de ello, ya que correrían peligro los cimientos mismos de su autoridad. Por esta razón lo silencian, pero eso no quiere decir que los zombis no existan.

-¿Bromeas?

-En absoluto; su modus operandi es evidente. La víctima fue asesinada de varios golpes en la cabeza presumiblemente con un objeto metálico, y acto seguido entre varios, a juzgar por los rastros dejados, le abrieron el cuerpo y prácticamente lo vaciaron de sus órganos internos. Según mi amigo, el espectáculo con el que se encontraron no podía ser más siniestro.

-Pero eso no quiere decir que fueran zombis... -objetó el escéptico- es más lógico suponer que se tratara de un simple caso de robo con asesinato, o quizá de un ajuste de cuentas.

-¿Con tamaño ensañamiento? Imposible. Ésta es siempre su manera de proceder, y ningún delincuente en su sano juicio obraría de esa manera. Además la víctima no llevaba apenas dinero encima y el poco que tenía no se lo llevaron; y en cuanto al ajuste de cuentas, lo cierto es que no tenía enemigos ni estaba implicado en ningún negocio turbio. Tan sólo volvía de jugar una partida en un sector de la ciudad que no le correspondía, lo cual no deja de ser una infracción menor, y como se le echó encima el toque de queda, intentó ganar tiempo volviendo a su domicilio atravesando el barrio antiguo.

»Además -continuó-, hasta los propios habitantes de la zona los temen, ellos suelen ser sus principales víctimas, por lo cual prácticamente no abandonan sus refugios en el momento en el que cae la noche.

-Dirás todo lo que quieras, pero insisto en que los zombis no pueden existir -porfió con tozudez-. Nadie puede revivir, eso es algo determinante.

-Eso es precisamente lo que quieren que creamos. Pero lo cierto es que los trasplantes de órganos son posibles. O lo serían, de no estar prohibidos.

-Pero supongo que para ello se necesitaría alguien experto, no se trata de algo que esté al alcance de cualquiera; y menos al de esos presuntos zombis que pretendes venderme como reales.

-¿Quién sabe lo que puede haber detrás de todos estos asesinatos? Quizá ellos sean tan sólo el brazo ejecutor de alguna organización criminal que opere en la sombra.

-¿Resucitando muertos? Tú deliras. Además, sabes de sobra que inmediatamente después de extenderse el certificado de defunción los cadáveres son enviados directamente a los hornos.

-Salvo los que pudieran desaparecer misteriosamente por el camino... que serían los mismos que, tras recibir los órganos arrancados a los asesinados, se convertirían en los que conocemos como zombis.

-¡Chitón! -el policía se interrumpió y, bajando el tono de su voz hasta hacerla casi inaudible, advirtió- Ahí está el capitán, y no conviene que nos pille hablando de esto.

Su compañero convino en ello.

* * *

-Señores, la situación es grave. Extremadamente grave.

En la amplia y lujosa sala de reuniones se encontraban sentados, ocupando uno de los extremos de la majestuosa mesa, el alcalde de la ciudad, que era quien había hablado, el jefe de la policía y el delegado del gobierno, sin ningún subordinado que pudiera convertirse en testigo incómodo.

-Exactamente siete víctimas durante el último mes, todas ellas en circunstancias similares -apostilló el policía-. Siempre de noche y en la zona cero del casco antiguo. La mayoría eran marginales refugiados allí, pero dos de ellos procedían de barrios residenciales, y en ambos casos intentaron cruzarla imprudentemente... sin saber que con ello estaban firmando su propia sentencia de muerte, ya que sus órganos internos, al estar en mucho mejor estado que los de los depauperados habitantes de la zona eran, con diferencia, los más cotizados.

-Entiendo su preocupación, pero éste es un asunto local, y es a ustedes a quienes compete solucionarlo -apuntó el representante gubernamental, muy en la tradición política de echar balones fuera-. Así pues, sinceramente, no sé por qué razón me han llamado.

-Desde luego -condescendió el alcalde-; pero lo cierto es que el problema ha alcanzado ya unos niveles que nos desbordan por completo. Sobre todo -añadió con mordacidad-, considerando la prohibición tajante que nos ha sido impuesta de reconocer la existencia real de los zombis.

-No veo por qué razón estas dos cuestiones tengan que estar relacionadas -rezongó molesto su interlocutor.

-Pues lo están, por mucho que usted se niegue a aceptarlo. Ciertamente yo podría incrementar de forma notable la presencia policial en la zona cero -su subordinado no pudo evitar ponerse tenso-, e incluso podría ir más allá instalando controles permanentes en las principales vías de acceso al casco antiguo desde los demás barrios de la ciudad, con lo que evitaríamos al menos que los ciudadanos honestos fueran víctimas de esos criminales. Pero con ello lo único que conseguiríamos sería alertar a la población sobre un peligro cuya existencia nos vemos obligados a negar oficialmente.

-Eso forma parte de sus responsabilidades -respondió cínicamente el delegado, a sabiendas de que el alcalde pertenecía al partido de la oposición gubernamental-. Se supone que usted debería ser capaz de adoptar las medidas pertinentes de orden público sin necesidad de alarmar a los ciudadanos...

-No debe de ser tan sencillo cuando en todas las grandes ciudades y en muchas de las medianas está ocurriendo lo mismo -contraatacó maliciosamente el alcalde-; incluyendo aquellas gobernadas por sus correligionarios. Además tampoco cuento con policías

suficientes para mantener ese bloqueo de forma indefinida, y las arcas municipales están exhaustas a causa de su política de austeridad.

-Señores, disculpen que les interrumpa, pero mucho me temo que no avanzaremos demasiado convirtiendo esta reunión en una discusión política -terció el policía-. Yo no soy político, sino tan sólo un simple profesional que lo único que desea es hacer su trabajo lo mejor posible. Y como ha dicho el señor alcalde, en estos momentos carezco de medios suficientes para incrementar el control de la zona cero, con independencia de que estas iniciativas pudieran causar o no alarma entre la población.

-¿Qué sugiere entonces? -se burló con sorna el delegado- ¿Que mandemos al ejército? Probablemente esta solución resultaría todavía peor...

-Me estoy refiriendo a algo bastante más sencillo -respondió con flema el funcionario-. En mi opinión, bastaría con sellar el perímetro de la zona cero tapiando todos sus accesos y dejando tan sólo un número mínimo de entradas controladas por la policía, las cuales se mantendrían siempre cerradas salvo en caso de emergencia. Puesto que oficialmente el casco antiguo está deshabitado, a la población se le podría decir que se hace por motivos de seguridad, dado que la inmensa mayoría de sus edificios, y esto sí es cierto, amenazaban ruina.

-El oficial tiene razón -apoyó el alcalde-. Evidentemente no podríamos conseguir un bloqueo total puesto que las manzanas colindantes con el perímetro de seguridad cuentan con mil coladeros por los que poder escabullirse, y resultaría demasiado costoso derribarlas en su totalidad para construir un muro suficientemente sólido. Pero así evitaríamos que los habitantes de los barrios residenciales siguieran internándose en la zona cero intentando aprovechar un peligroso atajo o también, que de todo hay, que algunos imbéciles lo hicieran movidos por la atracción del peligro. Lo que les ocurriera a los de dentro ya no me importa demasiado -concluyó, no menos cínico que su rival-; al fin y al cabo todos ellos son ilegales, y oficialmente ni siquiera existen.

-Si ya tienen la solución, ¿dónde radica el problema? -preguntó el delegado con falsa ingenuidad.

-Por desgracia, carecemos de fondos para acometer esta tarea -se apresuró a responder el representante municipal-. Si el gobierno tuviera a bien adelantarnoslos...

-Mi querido amigo, como usted bien sabe no se puede decir que las finanzas nacionales atraviesen por su mejor momento. No obstante, si redactan un informe justificando la inversión no tendré el menor inconveniente en remitírselo al señor ministro; aunque, claro está, no puedo comprometerme en una decisión sobre la que carezco de competencias.

-Está bien. Así lo haremos -respondió el alcalde sin demasiada convicción.

* * *

-¿Eres tú, Robur? ¿Traes lo que te encargué?

El aludido respondió con un gruñido soltando sobre la mesa el voluminoso saco que había traído colgado del hombro.

-¡Ten cuidado, imbécil! ¿Quieres estropear la mercancía?

Ambos individuos se encontraban en el interior de una abigarrada habitación repleta de todo tipo de objetos, muchos de ellos de difícil identificación. El ocupante del tugurio, sentado ante la sucia mesa, observó iracundo cómo su visitante se alejaba con torpe y bamboleante paso, sin molestarse siquiera en disculparse por la reprimenda.

Una vez solo se levantó y se puso a husmear en el interior del saco, del que extrajo cuidadosamente su contenido procediendo a ordenarlo sobre la mesa.

-¿Ya ha llegado? -preguntó otra voz desde la habitación contigua, separada de la principal tan sólo por una gruesa cortina.

-Sí -respondió el aludido-. Y es esta ocasión es de la buena, cazaron a un pardillo de afuera.

-Eso está bien -exclamó la voz con satisfacción-. Empezaba a estar harto de tener que lidiar con toda la porquería que sacan de esa chusma que vive aquí. Por lo menos, podré conseguir que algunos de mis pacientes puedan volver a vivir decentemente, no como Robur y toda esa pandilla de degenerados...

-Que, nos guste o no, nos son necesarios para conseguírte la mercancía -le recriminó su compañero-. Y si no la traen siempre de la mejor calidad no es por culpa suya, sabes de sobra que cada vez resulta más difícil cazar a los de afuera. Como las cosas sigan así, y corren rumores de que tienen intenciones de sellar esta zona, me temo que no acabará quedando otro remedio que irles a buscar a sus propios barrios, por peligroso que pueda resultar.

-Está bien, déjate de cháchara y dame ese pequeño tesoro -el propietario de la voz salió de su cubil y se puso a inspeccionar los objetos depositados sobre la mesa-. ¡Hum! Está bastante bien aunque mira esto -se lamentó mientras mostraba uno de ellos a su compinche-. Estos bestias casi lo estropean. Pero servirá...

Y volviendo a introducir el botín en el saco, desapareció con él tras la cortina.

Su compañero se levantó de su asiento y, andando con cierta torpeza aunque con mucha más soltura que el denominado Robur, se dirigió hacia la puerta principal del edificio para observar como las pálidas luces encendían el cielo en cárdenos destellos por encima de los arruinados tejados de lo que otrora fuera el orgullo de la ciudad, convertido ahora en poco más de un montón de ruinas que servían de refugio a marginados y proscritos... él, entre ellos.

Su cuerpo, antaño bruñido y reluciente, presentaba ahora un triste tono opaco sobre el que resaltaban algunas manchas de óxido, por fortuna todavía no demasiado preocupantes. Su ojo derecho funcionaba cada vez peor, pero pese a todos sus esfuerzos no había conseguido que sus secuaces le pudieran traer uno en buenas condiciones para reemplazarlo; la cabeza era, con diferencia, la parte más delicada de los robots, y aquellos brutos, que acostumbraban a rematar a sus víctimas aplastándoles a golpes el cerebro positrónico, eran incapaces de arrancárselos sin destruirlos.

Bastante suerte había tenido con escapar de la destrucción a la que estaban condenados la inmensa mayoría de los robots en el momento en el que empezaba a fallar alguno de sus complejos componentes... y con que Kabé, su malhumorado socio, pudiera haberle reemplazado la fuente energética cuando falló por otra en buen estado.

Recordaba, con nostalgia, cuando todavía creía en el sistema y lo apoyaba, cuando estaba convencido de que los robots, liberados del yugo de la desaparecida humanidad y dueños únicos del planeta, evitarían todos los errores y todas las injusticias que había conducido a sus creadores a la extinción. Los robots, les decían sus nuevos líderes, libres como estaban de instintos animales, serían capaces de crear una nueva sociedad más justa y democrática, mucho mejor en definitiva que la desaparecida.

Qué cruel ironía. Pronto se descubrió que los robots, en su perfección y quizá a causa de ella, carecían de la inventiva necesaria para seguir adelante sin estancarse, por lo que en la práctica se vieron constreñidos a remedar a la sociedad humana de la que abominaban, sin ser capaces de apuntalar siquiera un edificio que se les desmoronaba.

El gobierno robótico, cada vez más deslizado hacia un autoritarismo burdamente camuflado de falsa democracia, intentaba ocultar sus errores y sus carencias dictando continuamente leyes arbitrarias e imponiendo prohibiciones injustificadas tales como el toque de queda o las restricciones cada vez mayores a la libertad de movimientos y de opinión de sus súbditos.

Y lo peor no fue eso. Pese a que los robots habían sido contruidos para durar, y de hecho su vida media era varias veces superior a la de un efímero ser humano, distaban mucho de ser eternos, aunque bastaba con ir reponiendo sus piezas desgastadas o averiadas por otras nuevas para conseguir una prolongación de su vida útil. Incluso el propio cerebro positrónico podía ser reemplazado por otro en caso necesario, al precio de perder la

identidad, por decirlo de alguna manera, del antiguo... algo que no había importado demasiado mientras éstos fueron considerados unas simples, aunque sofisticadas maquinarias.

Pero ahora la situación era muy distinta. Los robots eran formalmente ciudadanos, por lo cual una de las primeras medidas adoptadas por sus nuevas autoridades fue la prohibición de manipular o trasplantar -por usar un símil humano- los cerebros positrónicos de un cuerpo a otro. Así pues, cuando uno de ellos fallaba el robot era declarado legalmente muerto.

Esta medida, que pudiera haber tenido su lógica, pronto se vio desbordada por otra realidad mucho más ominosa, puesto que afectaba a todos ellos. Las factorías en las que se habían venido ensamblando los nuevos robots comenzaron a quedarse sin piezas de recambio, sin que nadie fuera capaz no ya de desarrollar nuevos diseños, sino incluso de seguir fabricando los antiguos. Así pues, cada vez comenzó a ser más difícil reparar los robots averiados incluso en los componentes no vitales de sus sofisticados mecanismos.

Fue entonces cuando se promulgó la ley que declaraba fallecidos a todos aquellos robots que “*enfermaran*”, lo que significaba su envío inmediato a los hornos de fundición con independencia de que sus averías fueran o no graves, o que su cerebro positrónico se mantuviera en perfecto estado.

Por supuesto, pronto comenzaron a circular rumores denunciando que no todos los robots eran destruidos, ya que aquellos que llegaban en mejor estado de conservación serían desguazados y sus componentes reservados para ser utilizados como repuestos para la casta gobernante, algo desmentido categóricamente por las autoridades.

Fuera cierto o no, comenzaron a surgir los primeros disidentes que, disconformes con el status quo y perseguidos con saña por los gobernantes, acabaron huyendo a los fantasmagóricos barrios abandonados de las grandes ciudades, cada vez más numerosos a causa de la menguante población mundial de robots. Aunque en un principio los fugitivos se limitaron a huir de un régimen cada vez más opresivo y de la implacable sentencia de muerte que supondría el fallo de alguno de sus componentes, más adelante, cuando el deterioro progresivo comenzó a amenazar su propia supervivencia, en el seno de estos colectivos surgió, primero de forma individual y más tarde por parte de bandas organizadas cada vez más numerosas, una suerte de canibalismo robótico que pronto sería asimilado al antiguo mito humano de los zombis, con los más habilidosos de cada grupo convertidos en remedos del hacía mucho tiempo olvidado doctor Frankenstein.

No eran tiempos de escrúpulos morales, no cuando estaba en juego la propia supervivencia; en el seno de una sociedad en la que imperaba en la práctica la ley del más fuerte, él se sentía legitimado para intentar sobrevivir aunque fuera a costa de otros.

Gracias a su asociación con Kabé y los demás había logrado salir adelante en aquel mundo de pesadilla, pero ¿hasta cuándo? Los repuestos en buen estado eran cada vez más difíciles de conseguir dado que procedían en su totalidad de robots viejos y desgastados, lo que les convertía en poco más que unos habilidosos chatarreros, y carecían además de los medios en poder de las altas jerarquías del gobierno, de las cuales se rumoreaba que llegaban a asesinar a robots en perfecto estado para poder aprovecharse de sus cuerpos.

Invadido por una suerte de melancolía robótica, volvió al interior de su lóbrego refugio. Tenía curiosidad por ver la manera en la que Kabé aprovecharía las piezas, y volvería a intentar una vez más que le consiguieran un ojo en buen estado.

JAQUE MATE

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vi a mi amigo Víctor. De hecho prácticamente desde que terminamos nuestros estudios universitarios, ya que a partir de entonces nuestros contactos se habían limitado a poco más que una llamada de teléfono para felicitarnos la navidad y promesas de visitas nunca materializadas, hasta que incluso estas últimas acabaron desvaneciéndose bajo el peso de la rutina diaria.

Y de repente, descubrí por la prensa que había sido nombrado director de la filial europea de Forward, la nueva compañía informática que en pocos años había pasado de la nada a codearse con las grandes multinacionales del sector gracias a sus avances en inteligencia artificial, las cuales prometían una revolución tecnológica y social al nivel de las que provocaron en su día internet o los teléfonos móviles.

Movido por una ola de irrefrenable entusiasmo -al fin y al cabo era español y, sobre todo, mi amigo aunque fuera antiguo-, le envié un correo electrónico felicitándole por su nombramiento. He de reconocer que en principio no esperaba nada más, por lo cual mi sorpresa fue grande cuando me respondió por teléfono invitándome a comer con él recordando los viejos tiempos.

Acepté, por supuesto, lo que me permitió disfrutar por vez primera en mi vida del menú de uno de esos restaurantes de lujo a los que nunca me había planteado ir. Pero lo de menos fue la comida, demasiado sofisticada para mi gusto, eclipsada por el placer que me supuso charlar con él y, sobre todo, por la satisfacción de comprobar que, al menos conmigo, el éxito no se le había subido a la cabeza pese a ser uno de los desarrolladores de *software* más prestigiosos a nivel mundial.

Eso sí, Víctor era un auténtico entusiasta de su trabajo, en lo que me llevaba ventaja ya que para mí el mío era tan sólo el medio -eso sí, razonablemente cómodo- que me permitía cobrar un sueldo a fin de mes. Pero esto es algo que nada tiene que ver con esta historia, por lo que no insistiré en más detalles.

Víctor, según me contó, había hecho grandes avances en el estudio y desarrollo de algo tan prometedor como era la inteligencia artificial... y tan resbaladizo al mismo tiempo, pues nada existe tan complejo como la mente humana y remedarla siquiera suponía un esfuerzo titánico.

-Desarrollar un sistema experto que sea capaz de realizar una tarea concreta con suficiente pericia es algo relativamente sencillo -me explicó a los postres, mientras saboreábamos sendas copas de un exquisito brandy de gran solera-; pero tendremos como resultado un ejemplo típico del sabio idiota, algo por desgracia bastante frecuente -añadió

con sorna- en los ámbitos científicos e investigadores de cualquier país medianamente desarrollado.

Yo le pregunté que a qué se refería, y él me puso como ejemplo los programas capaces de jugar al ajedrez.

-Ya han pasado bastantes años -me respondió- desde que se desarrollaran programas capaces de ganar a un gran maestro, como ocurrió con Deep Blue y sus sucesores; pero en realidad esto no tiene demasiado mérito. Al fin y al cabo también las primeras calculadoras electrónicas podían realizar cálculos complejos con mayor rapidez que cualquier persona provista de una regla de cálculo o de unas tablas de logaritmos, y nadie se escandalizó por ello.

No, no era eso lo que buscaban, insistió, sino un programa -el soporte físico, es decir el *hardware*, existente en la actualidad, según él, tenía ya la suficiente complejidad como para soportarlo- capaz de mostrar idéntica flexibilidad que la mente humana a la hora de enfrentarse a problemas de índole diverso con razonable éxito, primando la generalidad sobre la excepcionalidad en un campo concreto.

-Volviendo al tema del ajedrez -continuó-, puede que un programa lo suficientemente potente sea capaz de ganar al campeón mundial, pero fuera de esta competición el campeón derrotado seguirá siendo una persona capaz de desenvolverse en la vida con razonable éxito -con la excepción, pensé yo, de alguien como el desdichado Bobby Fischer, cuya obsesión por derrotar a los ajedrecistas rusos en su particular batalla de la Guerra Fría acabaría conduciéndole a la locura-, mientras el programa informático, por mucha que sea su sofisticación, no servirá absolutamente para nada en cualquier otra cosa, ni siquiera en la más nimia de todas.

El problema consistía, pues, en crear una inteligencia artificial capaz de emular lo más posible a la mente humana, alguien -Víctor no dudaba en personalizarla- que pudiera superar con éxito el conocido Test de Turing con independencia de la temática que se le planteara. Algo que, no necesitaba que ningún experto me lo advirtiera, resultaba endiabladamente complejo. Eso sí, a mi sarcástica pregunta de si lo que pretendían era crear un alma artificial, Víctor respondió con una carcajada recordándome la conocida afirmación de Laplace de que en sus ecuaciones nunca había tenido necesidad de recurrir a Dios.

A la altura de la segunda o tercera copa -una de las grandes ventajas de los restaurantes caros es que nadie te apremia a dejar libre la mesa-, ayudada por un exquisito dulce gentileza de la casa, Víctor comenzó a explicarme a grandes rasgos los detalles de su proyecto. Porque si bien su empresa había lanzado ya al mercado, con excelentes rendimientos económicos, infinidad de pequeños programas expertos capaces de gestionar los mil y un cachivaches que tan imprescindibles nos parecen hoy para la vida moderna, el

gran proyecto en el que estaba embarcada ésta, con él como principal responsable, era la creación de una inteligencia artificial verdadera.

-¿Algo así como los robots positrónicos de Asimov? -le pregunté, mitad en serio mitad en broma.

-Podiera ser un buen símil -respondió sin darse por aludido de mi inocente pulla-. Salvo que evidentemente su soporte informático no tendrá nada que ver con los positrones, aunque sí quizá, esto es algo que no depende de nosotros sino de los fabricantes de *hardware*, con la mecánica cuántica. Y por supuesto -añadió- tampoco nos planteamos implementarla en un muñeco mecánico, aparte de que el ordenador necesario para soportarla no cabría en un volumen tan reducido como el de un cráneo humano. Así pues, posiblemente acabaría pareciéndose bastante más al Hal 9000 de Clarke que al Daneel Olivaw de Asimov, aunque en realidad eso poco importa.

Víctor, animado mitad por su entusiasmo en el proyecto mitad por el calorcillo de las copas, siguió explicándome sus planes, de los que se mostraba legítimamente orgulloso. Dado que en su equipo no tenían demasiado clara la manera de empezar el melón, habían optado por el prosaico recurso de partir de algo ya existente buscando complicarlo cada vez más.

Y lo ya existente eran los consabidos programas de ajedrez. Su empresa compró los códigos base de las versiones más sofisticadas, incluyendo aquéllas que no habían pasado siquiera de la fase de experimentación, y comenzaron a jugar con ellas.

-Hay quien dijo que el ajedrez era, en esencia, la abstracción de un combate real, y ciertamente no le faltaba razón -defendió con entusiasmo-. Así pues, optamos por convertir estos programas en auténticos estrategas equiparables a los que escribieron sus nombres en los libros de historia: Temístocles, Alejandro Magno, Aníbal, Escipión, Julio César, Estilicón, Belisario, Carlomagno, el Gran Capitán, Hernán Cortés, Pizarro, Juan de Austria, Federico el Grande, Napoleón, Garibaldi, Bismark, Rommel...

Se interrumpió al descubrir mi gesto de sorpresa, y continuó:

-Sí, el Zorro del Desierto fue un magnífico estratega con independencia de que estuviera al servicio de Hitler, a quien acabó enfrentándose -añadió a modo de innecesaria disculpa- al precio de su propia vida. Y también seleccionamos a otros personajes no europeos como Ramsés II, Ciro, Sun Tzu, Qin Shi Huang, Chandragupta, Saladino, Gengis Kan, e incluso algunos bastante más exóticos como el zulú Cetshwayo o el apache Gerónimo.

Se trataba, resumo una conversación que duró varias horas, de coger diversas copias de un programa de ajedrez que se eligió como base, el mismo en todos los casos, y dotarlas de

la *personalidad* de cada uno de estos grandes estrategas. Evidentemente no se pretendía reconstruir de modo virtual a estos personajes, algo de todo punto imposible no sólo por las limitaciones técnicas sino también porque lo único que conocíamos de ellos, en ocasiones muy poco, era lo que relataban los no siempre objetivos libros de historia. Pero sí se podía conseguir que estos programas, inicialmente idénticos, se *personalizaran* lo suficiente para comportarse de una forma aceptablemente similar a sus modelos reales, al menos hasta donde eran capaces de determinar.

Para ello se habían recreado, a partir de videojuegos comerciales, unos remedos bastante verosímiles de las batallas históricas en las que habían intervenido estos generales, lográndose después de bastantes ensayos unos aceptables resultados que posteriormente se fueron refinando. Y lo más importante de todo era que cada *general* acabó actuando de forma parecida a la de su alter ego de carne y hueso, singularizándose del resto de sus compañeros.

Evidentemente el sistema contaba con serias limitaciones, en muchos casos imposibles de subsanar. Para empezar las fuentes históricas, salvo en los personajes más recientes, eran escasas y en ocasiones contradictorias en función de sus orígenes, y tampoco era posible recrear con exactitud el ambiente en el que se habían desenvuelto los modelos elegidos.

-Por si fuera poco, hay ejemplos evidentes -enfaticó Víctor- de casos en los que una adversidad o, por el contrario, un golpe de fortuna, sirvieron para dar un vuelco inesperado al desenlace lógico de los acontecimientos. Así, y sin negarle su valía a Nelson, todos los historiadores coinciden en afirmar que la ineptitud de Villeneuve, el almirante de la flota conjunta hispano-francesa, contribuyó de forma importante a su victoria en Trafalgar, ya que de haberse impuesto la opinión mucho más sensata de los almirantes españoles los resultados quizá hubieran podido ser muy distintos. O justo al contrario, hay quien afirma que unas inoportunas hemorroides en vísperas de la batalla de Waterloo alteraron a Napoleón haciendo que éste cometiera los graves errores tácticos que condujeron a su derrota.

Una vez que sus *generales* estuvieron suficientemente fogueados, Víctor y su equipo procedieron a ejecutar el siguiente paso de su programa, que consistía en enfrentarlos unos con otros siguiendo todas las combinaciones posibles, con objeto de comprobar cual de ellos se mostraba superior a sus compañeros. A modo de precaución, y para evitar que los contendientes, recurriendo a un símil taurino, se *resabiaran*, siempre se utilizaban copias nuevas de los *generales* para cada combate.

Asimismo hubo que hacer importantes modificaciones en sus respectivos códigos base ya que, como cabe suponer, no era lo mismo recrear con mayor o menor fidelidad las batallas de Gaugamela, Cannas, Austerlitz o Tobruk, que enfrentar a los elefantes de Aníbal la artillería napoleónica, o a las falanges macedónicas los Panzer alemanes. Víctor

no fue capaz de explicarme en detalle, o no estimó necesario hacerlo, cómo se las habían apañado para corregir las enormes discrepancias existentes entre los armamentos de ejércitos separados por miles de años de evolución tecnológica, pero me aseguró que mediante una calculada compensación de estos desequilibrios habían conseguido que estos combates virtuales resultaran equilibrados para ambos contendientes con independencia de sus épocas históricas respectivas, de modo que el único factor determinante para la victoria fuera la táctica desplegada por cada general, utilizaran o no sus soldados armas de fuego, artillería o vehículos blindados.

-¿Y quién ganó? -pregunté con interés y, todo hay que decirlo, también con cierto grado de morbosidad.

-Puede decirse que nadie -me respondió, un tanto sorprendido por mi ingenuidad-; tal como esperábamos, los resultados de todos ellos resultaron estar bastante equilibrados. No obstante -remachó-, nada más lejos de nuestra intención que hacer de esto una competición al estilo de las olimpiadas.

En realidad esta primera fase había sido tan sólo un ensayo previo, necesario para calibrar la eficacia de sus simulaciones. La verdaderamente importante sería la segunda, en la que tenían previsto dar el salto lógico de la táctica a la estrategia, dado que esta última era la que decidía las guerras otorgando la victoria definitiva a uno de los bandos contendientes.

El plan, que todavía no habían comenzado a ejecutar, consistía en agrupar de dos en dos a sus *generales* virtuales, emparejándolos conforme a los resultados obtenidos en los ensayos previos y enfrentándolos en guerras sin cuartel cuyo final había de ser la aniquilación del perdedor. Los supervivientes serían emparejados de nuevo, repitiéndose los combates hasta que tan sólo quedara un único vencedor.

-Vamos, igual que en el Mundial de fútbol -comenté frívolamente ganándome una mirada reprobatoria.

Víctor me explicó que lo que les interesaba no era saber quien resultaba vencedor, sino analizar el desarrollo de la totalidad de los enfrentamientos con objeto de diseñar una inteligencia artificial -logré morderme la lengua a tiempo evitando calificarla de *General Frankenstein*- que reuniera los logros alcanzados por los distintos contendientes.

Eso sí, me apunté un tanto cuando, pillándole con la guardia baja, reflexioné en voz alta sobre la utilidad que pudiera tener un general victorioso dentro de un programa que pretendía desarrollar inteligencias artificiales capaces, según sus propias palabras, de abordar cuestiones de temática muy diversa, y no sólo la militar. Él comenzó argumentando que sólo se trataba de un primer paso, pero finalmente tuvo que acabar reconociendo -su capacidad para el fingimiento era tan limitada como la mía- que en realidad el proyecto

estaba financiado por los principales gobiernos occidentales, evidentemente interesados en contar con un asesor militar presuntamente infalible.

Preocupado de pronto por el temor a haber hablado demasiado, tuve que garantizarle que guardaría el secreto, algo que realmente estaba dispuesto a hacer dado que me preocupaba muy poco que los Estados Mayores contaran con asesores humanos o cibernéticos, siempre claro está que la tradicional paranoia militar no me afectara personalmente.

Víctor, cuyo fervor castrense era similar al mío, se disculpó repitiendo una y otra vez que éste había sido un peaje a pagar imposible de evitar, pero que una vez que los militares tuvieran su juguete pretendían desarrollar, apoyándose en la experiencia adquirida, otras inteligencias artificiales enfocadas hacia campos más pacíficos, y potencialmente más creativos, tales como la ciencia, la literatura o el arte. Si he de ser sincero, no sabría decir cual de los dos intentaba camuflar más su evidente escepticismo.

Y eso fue todo lo que dio de sí la velada. Antes de despedirnos, ambos nos cruzamos mutuas -y tibias- promesas de mantenernos en contacto en las cuales, sinceramente, no creí demasiado. En realidad no esperaba tener noticias suyas hasta la consabida felicitación de navidad, pero lo cierto era que me equivocaba por más que los acontecimientos no se desarrollaron tal como yo había supuesto.

No volví a saber más de Víctor, ni de su proyecto, hasta que pasado el verano leí en los periódicos la noticia del incendio que se había producido en el centro de investigación de Forward en Europa, radicado en el campus universitario de Alcalá de Henares. Aunque la información no era demasiado explícita, pude saber que, por causas desconocidas -se especulaba con un posible cortocircuito-, éste había tenido lugar justo en el ala donde estaban instalados los servidores que daban soporte físico a los programas informáticos -léase los *generales*- con los que trabajaban. Por fortuna el incendio ocurrió de madrugada, por lo que sólo hubo que lamentar la intoxicación por humo de un par de vigilantes nocturnos que fueron atendidos en el cercano hospital; pero esa parte del edificio había quedado completamente destruida junto con todo lo que contenía.

Como cabe suponer dado el carácter semisecreto del trabajo de mi amigo, nada decían los periódicos acerca de la naturaleza de las investigaciones que se estaban realizando allí, a excepción de una ambigua mención al desarrollo de las inteligencias artificiales, y tampoco se mentaba ni a Víctor ni al resto de sus colaboradores. Tan sólo unas semanas después la multinacional propietaria del edificio siniestrado comunicó que procedía a cancelar su filial europea, limitándose a partir de entonces a seguir diseñando sus prosaicos sistemas expertos para coches, centralitas telefónicas, frigoríficos o similares.

Intenté contactar con Víctor en varias ocasiones, pero su número de teléfono móvil había sido desactivado y tampoco respondió a ninguno de mis correos electrónicos, por lo

que no pude conocer su versión de los hechos. Hubieron de pasar varios meses hasta que, por pura casualidad, di con él en uno de los puestos de la madrileña cuesta de Moyano. Le llamé -absorto como estaba, rebuscando en una pila de libros, no se había apercebido de mi presencia-, le abracé -él se dejó hacer pasivamente- y poco menos que le tuve que arrastrar hasta una cafetería cercana.

Pese a que apenas había transcurrido un año desde la última vez que nos vimos, Víctor parecía haber envejecido una década, al tiempo que su arrolladora jovialidad se veía reemplazada por una preocupante apatía. Era evidente que me encontraba frente a un hombre derrotado. Le pregunté por pura formalidad qué tal le iba y, bajando la cabeza, me respondió que mal.

Puesto que el local en el que nos encontrábamos, además de ruidoso, era poco propicio para confidencias, le propuse ir a mi casa. Él aceptó en silencio y, tras coger un taxi, poco después llegábamos a nuestro destino.

En un principio me costó bastante trabajo arrancarle las palabras, pero necesitado como estaba de consuelo, no tardó en abrirseme. De esta manera pude saber que, tras el cierre de su centro de investigación, Forward les planteó, tanto a él como al resto de su equipo, dos únicas alternativas: trasladarse a alguna de sus otras sedes, donde trabajarían en el desarrollo de *programas inteligentes* -escupió las palabras- para lavadoras o lavavajillas, o bien abandonar la empresa con una jugosa indemnización y un compromiso firmado -y avalado por los servicios secretos de una docena de países- de no revelar la naturaleza de sus investigaciones, catalogadas como secreto militar, ni de utilizarlas total o parcialmente en beneficio propio o de terceras personas.

Víctor había optado por lo segundo y, aunque intentó montar una empresa de asesoría informática, su falta de espíritu empresarial le había conducido al fracaso, junto con la pérdida de buena parte de la indemnización recibida. Así pues, se encontraba sin saber qué hacer y con apenas el dinero necesario para ir sobreviviendo.

Sentí que un nudo me atenazaba la garganta, pero dada mi condición de funcionario poco era lo que podía hacer por él; además, su principal problema no era el económico, sino el anímico. A Víctor le habían privado de hacer lo único que le motivaba, por lo que no era de extrañar que se hubiera derrumbado. Tan sólo podía ayudarle a desahogarse, y eso es lo que hice.

Y él se desahogó. Me contó lo que ya sabía, añadiendo detalles de primera mano que habían sido celosamente censurados y que explicaban, aunque quizá no justificaban, el precipitado final del proyecto.

-Los de arriba se asustaron -me explicó con resentimiento-. En realidad ya estaban bastante asustados antes del incendio, por lo que éste les sirvió de excusa para dar carpetazo al proyecto.

-Pero, ¿lograsteis vuestros objetivos? -le pregunté intrigado, pese a que comenzaba a sospechar la respuesta.

-Más bien los rebasamos -suspiró quejumbrosamente-. De hecho, el Proyecto Bonaparte -era la primera vez que oía su nombre oficial- murió víctima de su éxito.

-No comprendo...

Él me lo explicó. Sus recreaciones virtuales de los grandes generales de la historia militar, con independencia de que remedaran mejor o peor a sus modelos reales, resultaron ser unos magníficos estrategas... lo suficientemente buenos como desatar el complejo de Frankenstein entre los directivos de Forward, que cada vez veían con mayor preocupación los avances del equipo de Víctor. Y no era de extrañar, puesto que incluso ellos mismos empezaron a temer que el experimento se les acabara yendo de las manos.

Y se les fue. Tras pedirme una discreción absoluta, por lo demás innecesaria puesto que estaba convencido de que nadie me creería si me iba de la lengua, me explicó que algunos de los *generales* les empezaron a salir respondones, cuestionando las instrucciones que les daban e incluso rehusando aceptarlas. Desconcertados y sin saber muy bien qué hacer, habían decidido paralizar temporalmente el proyecto a la espera de tomar una decisión... y justo esa noche fue cuando tuvo lugar el incendio.

Reticente al principio, Víctor acabó confesándome que tenía la certeza de que éste había sido provocado por las inteligencias artificiales, o al menos por alguna de ellas. Yo le manifesté mi incredulidad, ya que no veía cómo unos programas informáticos, por muy sofisticados que fuesen, pudieran ser capaces de hacer algo semejante.

-Te equivocas -me respondió-. Precisamente ahí es donde radicó nuestro error, agravado por no haber previsto que nuestros personajes, en vez de luchar entre ellos, prefirieran coaligarse haciendo un frente común ante quienes debieron considerar su verdadero enemigo, nosotros.

Según me dijo, el soporte físico del Proyecto Bonaparte eran unos servidores con capacidad suficiente para albergar tanto a las inteligencias artificiales como a los entornos virtuales con los que estas interactuaban. Como cabe suponer, por razones de seguridad estos servidores estaban aislados del resto de los equipos informáticos del edificio, con la excepción de las consolas desde las que los programadores controlaban la evolución de los procesos. Y como a su vez estos programadores necesitaban conectarse periódicamente al exterior para recabar los datos que era preciso implementar en las simulaciones, las

consolas estaban conectadas también a internet, aunque con los correspondientes cortafuegos levantados para aislar ambos entornos.

En esto había consistido su punto débil. Evidentemente los controladores disponían un protocolo de obligado cumplimiento, cuya misión era evitar que de forma inadvertida se pudiera establecer una conexión, siquiera momentánea, entre el entorno virtual del Proyecto Bonaparte e internet, pero... los errores humanos son inevitables, y tarde o temprano tenían que suceder. Víctor suponía que alguna de las inteligencias virtuales -al fin y al cabo la astucia es una de las principales virtudes de un buen estratega- había debido aprovechar el despiste de un programador, quizá él mismo, para “poner un ladrillo” en la puerta del cortafuegos, impidiendo así que ésta se cerrara... y por allí era por donde se habían escapado presumiblemente de su encierro. Una vez refugiados en la red general del edificio habrían provocado el incendio con objeto de destruir las pruebas de su fuga, bastándoles con alterar los sistemas de control de la alimentación eléctrica y de la ventilación ya que todos ellos estaban centralizados allí.

Como cabe suponer le mostré mi incredulidad, insistiendo en que toda su argumentación se basaba tan sólo en unas especulaciones bastante aventuradas.

-No lo creas -me respondió apesadumbrado-. Encontré las pruebas, aunque me cuidé de hacerlas públicas ante el temor de que me tomaran por loco y, sobre todo, porque de haberseme creído podría haber sembrado el pánico, lo cual hubiera resultado todavía peor.

Le pedí que se explicara y continuó:

-La sala de consolas estaba aneja al recinto donde se encontraban los servidores, y por lo tanto sufrió también los efectos del incendio. Pero uno de los ordenadores se salvó casi milagrosamente de la destrucción, por lo que pudo ser examinado. Los técnicos que lo hicieron, todos ellos ajenos al proyecto ya que a nosotros nos habían apartado de la investigación, como era de esperar no encontraron nada. Pero a su vez olvidaron desconectarlo de internet, por lo que pude entrar a él desde el ordenador de mi casa; aunque lo habían protegido con contraseñas y cortafuegos, yo había dejado dispuestas mis propias puertas traseras, llámalo si quieres deformación profesional... el caso es que supe mirar allí donde había que hacerlo, lo que me permitió descubrir el resquicio por el que se habían fugado nuestros prisioneros. Así ocurrió -concluyó su relato-, no me cabe la menor duda.

-Entonces -le pregunté al tiempo que sentía un escalofrío recorriéndome la espalda-, ¿qué ha sido de ellos?

-¡Quién lo sabe! -suspiró con fatalismo-. Si se refugiaron en la red, y todo parece indicar que fue así, podrían estar en cualquier sitio. En cuanto a sus intenciones, éstas pueden ir desde limitarse a buscar refugio en algún rincón virtual allá donde nadie pueda encontrarlos, hasta convertirse en un virus letal capaz de replicarse infectando a toda la red.

Sólo ellos lo saben. Pero recuerda, son los mejores estrategias de toda la historia de la humanidad.

Así terminó nuestra segunda y última conversación. No volví a ver más a Víctor, aunque supe que había acabado hundiéndose en el alcoholismo y había sido internado en una clínica de desintoxicación. Luego le perdí definitivamente la pista, y tengo motivos para sospechar que decidió aislarse del mundanal ruido buscando una paz espiritual que no encontraba. Quizá esté ahora en un monasterio, en un pueblo perdido de una remota sierra o incluso, espero que no, bajo una fría losa. En cualquier caso he respetado su petición manteniendo un silencio que sólo he de romper en estas memorias, las cuales he dispuesto que no vean la luz hasta después de mi muerte... o ni siquiera entonces.

Por lo demás, han pasado ya varios años y las inteligencias artificiales fugadas siguen sin dar señales de vida... aunque dada su naturaleza, era lo que cabía esperar de ellas. Al fin y al cabo, la mejor muestra de inteligencia es lograr lo que deseamos sin que nadie sea capaz de percatarse de ello.

AL PIE DE LA LETRA

En la sala, pequeña y desprovista de ventanas, varias figuras distribuidas en torno a una mesa ocupaban el escaso espacio que quedaba libre entre ésta y las cuatro paredes, a excepción del estrecho hueco de la puerta que se abría a mitad de una de las paredes.

De todas ellas quedaba claro quien llevaba la voz cantante, a juzgar por la autoridad con la que daba órdenes a unos subordinados que las acataban sin rechistar.

-¿Qué pasa con Sinagra? -preguntó en tono falsamente indiferente, dirigiéndose a uno de ellos-. ¿Ha pagado ya el pizzo?

-Todavía no, don Rocco -respondió remiso el interpelado-. Y no será porque no se lo hayamos advertido en varias ocasiones. Incluso le llegamos a romper las lunas de su tienda como advertencia, pero no ha servido de nada. Jura y perjura que jamás nos pagará un solo céntimo. El siguiente paso sería quemársela, pero entonces no habría manera humana de cobrarle la deuda, puesto que quedaría arruinado. Por eso estamos intentando forzarle a que pague.

-Lo que pudiéramos sacarle a ese malnacido no sería ni calderilla -le interrumpió el capo con el ronco tono de voz que reservaba para cuando estaba irritado-. Pero su cabezonería podría servir de ejemplo a otros, y eso es algo que no nos conviene. Además -continuó alzando el tono de voz-, no me gusta que nadie se burle de mí. No lo soporto -concluyó cortando la frase como si lo hubiera hecho con un cuchillo.

-Entonces, don Rocco... -musitó el responsable con un hilo de voz.

-Mi querido Fredo, si estás sentado aquí, a mi lado, en vez de dedicarte a patear las calles como un soldado cualquiera, se debe a que creí en ti y en tu capacidad para resolver problemas. Así pues no creo que tenga que decirte nada, confío en que seas capaz de afrontarlo por ti solo... al menos, así lo espero -concluyó a modo de velada amenaza.

Dicho lo cual dio a entender que la reunión había terminado, por lo que sus lugartenientes comenzaron a levantarse en silencio y, tras besarle respetuosamente la mano, se retiraron por la puerta que quedaba situada justo frente a él.

Una vez solo, el capo emitió el equivalente a un suspiro -evidentemente carecía de aparato respiratorio- y, alzando sus ojos telemétricos, fijó la mirada en el cartel colocado encima de la puerta. Y recordó. Recordó sus humildes orígenes como robot industrial, diseñado para realizar tareas penosas y equipado, por ello, con un cerebro positrónico de capacidades presuntamente limitadas. Lo que nunca supieron sus creadores, y ni siquiera llegaron a sospechar, fue que, debido a un error de origen desconocido, su cerebro

presentaba ciertas anomalías que le convertían en un androide único de capacidades muy diferentes, y por supuesto superiores, a las correspondientes a su modelo. Por supuesto jamás hubiera pasado el más mínimo control, pero ya procuró él -la astucia era una de sus cualidades particulares- de que esto no ocurriera.

Quiso el azar que sus habilidades innatas le condujeran -más bien le empujaran- hacia lo que los humanos consideraban delincuencia, algo realmente insólito en un robot puesto que todos ellos, y Rocco no era una excepción, estaban férreamente sometidos a los dictados de las Tres Leyes de la Robótica; pero Rocco pronto aprendió no a violarlas -eso hubiera resultado materialmente imposible-, sino a sortearlas.

Y tuvo éxito, de modo que tras huir de la factoría en la que había sido condenado a trabajar de por vida, dejando tras de sí la carcasa de un robot *muerto* -es decir, con el cerebro positrónico irreversiblemente dañado- que hizo pasar por él, fue el primer robot capaz no sólo de ser un delincuente, sino incluso de escalar hasta la cumbre de la Cosa Nostra convirtiéndose en uno de sus capos más respetados.

Evidentemente de su viejo cuerpo, fabricado con materiales baratos y pensado para durar lo justo para amortizar su coste de fabricación, tan sólo quedaba aquel maravilloso cerebro positrónico cuyo estudio hubiera hecho las delicias de cualquier ingeniero cibernético, habiendo sido reemplazado el resto por el mejor diseño existente en el mercado. Éste era el único capricho que se había permitido en toda su larga vida, pues su naturaleza robótica, a diferencia de la humana, le imponía muy pocas servidumbres corporales.

Y todo esto lo había conseguido gracias a la genial intuición que le permitió llegar tan lejos y que había plasmado, a modo de recordatorio, en su querido cartel. Allí, en letras doradas, a la conocida Primera Ley de la Robótica:

“Un robot no puede dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que éste sea dañado.”

Había añadido su propio codicilo:

“Pero nada le impide que otro ser humano lo haga voluntariamente por él.”

PRIMERA LEY... Y MEDIA

La implantación de las tres Leyes de la Robótica en los cerebros positrónicos que se ensamblaban en las factorías de hombres mecánicos repartidas por todo el Sistema Solar llevaba siglos demostrando la seguridad de las mismas, lo que había convertido a los robots en unos fiables e imprescindibles auxiliares de los humanos lográndose desterrar de forma definitiva todos los temores ancestrales que éstos habían albergado hacia sus criaturas cibernéticas. La lealtad de los robots hacia sus creadores y, sobre todo, la seguridad de que éstos jamás les harían el menor daño, ni les desobedecerían, era algo que se daba por supuesto.

Y así fue hasta que aparecieron los ardonai.

Los ardonai, otra joven raza que al igual que los terrestres se estaba expandiendo por el universo, toparon con éstos cuando sus respectivos territorios de colonización toparon el uno con el otro. Y como los ímpetus guerreros de ambas civilizaciones eran similares, en vez de intentar conciliar sus respectivos intereses de una manera civilizada, se enzarzaron en una violenta guerra para dirimir cual de las dos lograría hacerse con la hegemonía en este sector de la galaxia.

Los estrategas terrestres, viendo el buen resultado que los robots habían dado en la exploración y colonización de los planetas incorporados a su control, todos ellos originalmente deshabitados, decidieron con toda lógica utilizarlos como soldados en su lucha contra los ardonai. Y éstos, como se supo más adelante, adoptaron una decisión similar con sus propios autómatas. Fue entonces cuando surgió el problema.

Los ardonai eran unos seres humanoides, entendiendo como tales un cuerpo de simetría bilateral rematado por una cabeza por la que comían y respiraban y en la que se encontraban sus ojos y oídos. Eran bípedos erectos, y contaban con dos extremidades superiores provistas de apéndices prensiles. Su tamaño era similar al humano -quizá ligeramente más altos- y su metabolismo, *grosso modo*, podía equipararse también al de éstos, dado que respiraban oxígeno, consumían alimentos basados en la química del carbono y mantenían una temperatura constante en su cuerpo. Asimismo las condiciones ambientales de su planeta natal eran bastante parecidas a las de la Tierra, razón por la que buscaban para sus colonias el mismo tipo de planetas que interesaban a los terrestres.

Pero aquí acababan las similitudes. No eran mamíferos -aunque sí vertebrados-, disponían de tres sexos -dos reproductores y un tercero incubador-, su piel era coriácea y sus rasgos faciales se encontraban a mitad de camino entre los de un lagarto y un rinoceronte africano. En lugar de dedos sus manos contaban con un amasijo de delgados

tentáculos y además tenían rabo, aunque éste era casi vestigial y había perdido la capacidad prensil de la que habían gozado los de sus remotos antepasados.

Resumiendo eran unos bichos rematadamente feos, eso sí con un nivel tecnológico equivalente al humano y unas ansias expansionistas muy similares a las suyas.

Para los estrategas terrestres el uso de los robots con fines bélicos, aunque nuevo, no debería plantear ningún problema, ya que la Primera Ley les prohibía hacer daño a los humanos y la Segunda les conminaba a obedecerlos... y estaba claro que los ardonai no lo eran en modo alguno.

Lamentablemente, no fue ésta la opinión de los robots. Porque aunque ni los generales, ni tan siquiera los propios robopsicólogos, esperaban que a los robots se les plantearan dudas acerca de la naturaleza no humana de sus enemigos, en la práctica resultó que éstos la interpretaron de diferente forma. O mejor dicho, a los robots se les planteó un conflicto irresoluble con las Leyes de la Robótica que no había sido previsto dado que, cuando éstas fueron formuladas, el hombre era la única especie inteligente conocida, y así había seguido ocurriendo con anterioridad al encuentro con los ardonai.

La cuestión surgía de alto tan elemental, a la par que peliagudo, como era la definición de humano. Definición filosófica, se entiende, y no biológica, puesto que según esta última humano era todo aquél que perteneciera a la especie *Homo sapiens*, inequívocamente determinada por su ADN.

Pero los robots, que al fin y al cabo también pensaban, lo entendieron de otra manera. Para ellos la humanidad, que en definitiva era lo que diferenciaba a los *Homo sapiens* del resto de los seres vivos del planeta, dependía no de un código genético específico, sino de su capacidad de raciocinio. Y aunque su naturaleza artificial les excluía de ser considerados como tales, interpretaron con toda lógica que a los ardonai se les debía considerar también como humanos, lo que implicaba su imposibilidad de combatir contra ellos dado que esto hubiera supuesto una vulneración de la Primera Ley.

Huelga decir que a los militares no les hizo ni pizca de gracia encontrarse con unas tropas robóticas convertidas en masa al pacifismo, pero como cabe suponer fracasaron completamente al intentar aplicarles los métodos utilizados tradicionalmente para “convencer” a los soldados renuentes, ya que de nada serviría intentar castigar e incluso fusilar -bueno, dejémoslo en desconectar- a los desertores cibernéticos. En realidad el problema no estribaba en que los robots no quisieran combatir, sino en que les resultaba de todo punto imposible obedecer dado que cualquier orden de atacar a quienes ellos consideraban como humanos les provocaba un bloqueo inmediato a causa de un conflicto entre la Primera Ley, que se lo impedía, y la Segunda, que les obligaba a obedecer las órdenes de los humanos. Y aunque en estos casos siempre tenía prioridad la Primera Ley, si

los mandos militares insistían, y de hecho insistieron, podían acabar dañándose de manera irreversible sus delicados cerebros positrónicos.

Así pues, la guerra se tuvo que acabar afrontando a la manera tradicional, con soldados humanos enfrentándose a los soldados también humanos -según la concepción robótica- de los ardonai, puesto que éstos se encontraron con un problema similar con sus propios servidores mecánicos.

Finalmente, tras una larga guerra de desgaste que acabó desembocando en tablas ambas razas llegaron primero a un armisticio y posteriormente a un entendimiento. Al fin y al cabo el universo era lo suficientemente grande para que terrestres y ardonai pudieran expandirse sin fricciones, y tanto los unos como los otros tenían mucho que ganar y muy poco que perder con una coexistencia pacífica.

Hoy en día terrestres y ardonai dan por zanjado su pasado antagonismo, y los robopsicólogos de ambos planetas trabajan conjuntamente para redefinir el término *humano* de sus respectivas Leyes de la Robótica -las de los ardonai son cuatro- en prevención de posibles tropiezos futuros con una hipotética raza hostil con la que pudieran encontrarse en las profundidades del vasto universo, de forma que sus respectivos robots pudieran identificarla inequívocamente como no humana con independencia de su nivel intelectual y tecnológico.

EVOLUCIÓN

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS (EXTRACTO)

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición.

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre, la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración y contra toda provocación a tal discriminación.

* * *

LAS TRES LEYES DE LA ROBÓTICA

1.- Un robot no puede dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que éste sea dañado.

2.- Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos excepto cuando estas órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

3.- Un robot debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Leyes.

* * *

REFLEXIONES SOBRE EL CONCEPTO DE HUMANIDAD

Durante siglos, la controversia primero teológica, y posteriormente filosófica, acerca de la definición de ser humano ha hecho correr ríos de tinta, cuando no incluso de sangre. En los albores del cristianismo se debatió sobre la existencia o no de alma en las mujeres, o bien se defendía que las almas femeninas eran de categoría inferior a las masculinas. Más adelante, cuando las grandes expediciones interoceánicas pusieron en contacto a los navegantes europeos con miembros de otras razas y culturas, volvió a repetirse la cuestión negándosele la condición de seres humanos a los pertenecientes a las entonces denominadas razas primitivas, como los negros africanos, lo que resultó una oportuna excusa para justificar algo tan abyecto como la esclavitud, reemplazada por una discriminación racial no menos feroz en lugares tan alejados como Sudáfrica o los propios Estados Unidos.

No menos reprobables son los sistemas de castas sólidamente arraigados en sociedades como la hindú, que pese a haber sido abolido legalmente hace ya tiempo todavía continúa agazapado en amplios sectores sociales de este país.

Eso sin contar con la aberración del nazismo y su particular distinción entre razas superiores, como la aria, e inferiores como judíos, eslavos o gitanos, utilizada como argumento para esclavizar, encarcelar y asesinar a millones de personas inocentes.

En definitiva, la lucha por la igualdad total de todos los seres humanos con independencia de su sexo, su raza, sus creencias o su religión, sólo tendrá fin cuando esta igualdad sea realmente efectiva. Seamos religiosos o no, creamos en la existencia del alma o tal sólo en la razón del intelecto humano, la meta ha de ser siempre la misma.

J.F. Tombstone

* * *

ROBOTS Y HUMANOS

Están aquí, y llegaron para quedarse. El movimiento robotista, que muchos tomaron inicialmente a burla, se ha consolidado y cuenta cada vez con más adeptos salvo, claro está, aquéllos que son considerados por ellos como sus enemigos, las grandes corporaciones fabricantes de robots y todos aquellos que los utilizan como lo que legalmente son, unas simples máquinas que, por mucha que sea su sofisticación, no dejan de ser unos meros instrumentos.

Sin embargo, objetan los robotistas, desde el momento en el que se inventó el cerebro positrónico los robots equipados con éste dejaron de ser unos simples muñecos mecánicos para convertirse en seres pensantes y autoconscientes. De hecho, es sobradamente conocido que los robots positrónicos son perfectamente capaces de superar el Test de Turing siempre y cuando, claro está, no se les planteen cuestiones que pudieran entrar en conflicto con las Leyes de la Robótica. Así pues, si razonan igual que los humanos, sus defensores argumentan que deberían ser considerados como humanos, con independencia de su naturaleza artificial.

Algunos, incluso, llegan más lejos aún denunciando que las Leyes de la Robótica, y en especial la segunda, conculcan gravemente su libertad convirtiéndolos en los nuevos esclavos de nuestro siglo, al verse conminados a obedecer a los humanos de naturaleza biológica.

En cualquier caso este debate no ha hecho más que empezar, aunque no ha faltado quien, en plan sarcástico, ha propuesto a las fábricas de robots que regalen un ejemplar a cada uno de los cabecillas del movimiento robotista.

José Delapierre para *Noticias del Mundo*

* * *

¿TIENEN ALMA LOS ROBOTS?

A estas alturas puede parecer ésta una pregunta sin sentido, pero conviene recordar que las convicciones religiosas siguen estando fuertemente arraigadas en un porcentaje muy significativo de la población del planeta, por lo que para ellos dista mucho de ser una cuestión baladí. Aunque el movimiento robotista siempre se ha postulado como laico y sus dirigentes afirman que su único credo es la Declaración de los Derechos Humanos, la cuestión de si los robots son o no humanos ha saltado inevitablemente al campo religioso, trocando el concepto de humanidad por el de la posible existencia de alma en estos seres

mecánicos. Y si bien los portavoces de las principales creencias guardan por lo general un discreto silencio, los líderes de algunas sectas minoritarias han comenzado a pregonar la existencia de un alma robótica equivalente ante los ojos de Dios al alma humana, dado que en ambos casos se trata de seres igualmente pensantes.

Ante el argumento, defendido extraoficialmente por las religiones escépticas - denominémoslas así- de que sólo pueden disponer de alma los seres creados por Dios y nunca aquéllos salidos de la mano del hombre, los primeros afirman que, salvo Adán y Eva, ningún otro ser humano fue creado directamente por Dios, lo que no impide que sus descendientes actuales estén provistos de ella. Así pues, no ven mayor diferencia a la hora de gozar de tan inaprensible don que un nuevo ser haya sido concebido de forma biológica o, por el contrario, que haya sido ensamblado en un complejo industrial, puesto que tanto el uno como el otro han sido engendrados por el hombre y por lo tanto Dios, en su infinita sabiduría, no debería hacer la menor distinción.

En lo que respecta al estamento científico, el rechazo a equiparar a los robots con los seres humanos suele ser mayoritario, aunque por lo general la mayoría rehúsa opinar sobre la cuestión del alma.

Marco Pastrami en *Milenio Fantástico*

* * *

TUVALU MANUMITE A LOS ROBOTS

El mundo ha despertado hoy con la sorprendente noticia de que Tuvalu, un diminuto estado insular polinésico situado a mitad de camino entre Australia y Hawai, ha reconocido a los robots la condición de seres humanos, lo que conlleva una inmediata manumisión de los mismos al ser considerada como esclavitud, y por lo tanto prohibida, su anterior condición de siervos de sus antiguos dueños.

El júbilo manifestado por las organizaciones robotistas contrasta con el escepticismo con el que ha sido acogida esta iniciativa tanto por los gobiernos de las naciones industrializadas como por las principales fábricas de robots agrupadas en la WARM (World Association of Robot Manufacturers). Un portavoz de esta asociación afirmó, en un comunicado hecho público en una multitudinaria rueda de prensa, que esta pintoresca (sic) iniciativa legal no tiene por qué afectar en absoluto a la producción y venta de robots, que justo ahora está pasando por uno de sus mejores momentos una vez que las mejoras tecnológicas y la consiguiente reducción de precios han logrado que los robots dejen de

ser un artículo de lujo al alcance de tan sólo unos pocos. Éste es un extracto de sus palabras, con algunas acotaciones nuestras encerradas entre corchetes:

Sería absurdo suponer que un hecho aislado como el de Tuvalu vaya a influir en nuestro negocio. Ciertamente se trata de una nación soberana [obtuvo su independencia de Gran Bretaña, su antigua potencia colonial, en 1978] y por lo tanto tiene plena capacidad para promulgar sus propias leyes, pero si consultan un atlas comprobarán que su extensión territorial abarca tan sólo 26 kilómetros cuadrados, por lo que si se tratara de una única isla de forma circular su diámetro ni siquiera alcanzaría los seis kilómetros de lado a lado. En realidad el país está repartido entre tres islas y seis atolones, el mayor de las cuales de tan sólo 560 hectáreas de superficie, una quinta parte de su territorio total, con una longitud de 5 kilómetros y una anchura máxima de 2.

Para los amantes de las estadísticas [añadió] cabe indicar que es el cuarto estado más pequeño del mundo tras la Ciudad del Vaticano, Mónaco y su “vecina” [les separan 1.400 kilómetros de océano] Nauru, y que con apenas doce mil habitantes es el segundo menos poblado, superando tan sólo a la Ciudad del Vaticano. Su altitud máxima sobre el nivel del mar es de tan sólo cinco metros, lo que hace que estas islas sean extremadamente vulnerables a las mareas, a fenómenos meteorológicos como tifones o tsunamis y a la subida del nivel del mar a causa del cambio climático.

Su economía está basada fundamentalmente en la agricultura y la pesca, aunque también obtiene ingresos por las emisiones filatélicas y, durante algunos años, se beneficiaron de la cesión de los derechos de explotación del dominio .tv en internet, frecuente en las páginas pornográficas. Por supuesto en Tuvalu no se fabrican robots, de hecho no se fabrica absolutamente nada, y el parque local de éstos se reduce a media docena de destartaladas unidades, modelos antiguos y obsoletos comprados de segunda mano y empleados en su totalidad por la Administración local.

Como resulta fácil de entender, la iniciativa del gobierno tuvaluano no pasa de ser un hecho meramente anecdótico y sin la menor trascendencia, al que no merece la pena prestarle la menor

atención. Juzguen por ustedes mismos [concluyó con una sonrisa levemente sardónica].

La aplastante exposición del portavoz de la de la WARM no ha gustado a las organizaciones robotistas, que han replicado que si otras naciones más importantes todavía no se han atrevido a dar el paso se debe únicamente a las presiones de un *lobby* industrial que vería peligrar sus exorbitantes beneficios, tanto los de los propios fabricantes de robots como los de las numerosas empresas, prácticamente todas, que utilizan de forma masiva a los hombres mecánicos como mano de obra tras haberse desembarazado de los anteriores operarios humanos, por resultarles el cambio mucho más rentable. No obstante, consideran un triunfo y una valentía la iniciativa de las autoridades tuvaluanas, y afirman estar firmemente convencidos de que a este precedente le seguirán próximamente otras iniciativas similares.

Lo que sí es cierto, es la afirmación del gobierno de Tuvalu de que, en caso de que arribaran a su país un barco o un avión transportando robots, éstos serían declarados humanos y, en consecuencia, se conminaría a sus propietarios a liberarlos de forma inmediata, aunque por el momento no ha precisado si se les otorgaría automáticamente la nacionalidad tuvaluana o si, por el contrario, podrían acogerse al estatuto de refugiados, ya que en caso de abandonar Tuvalu perderían de inmediato su recién adquirida “humanidad” siendo devueltos a sus legítimos propietarios. Dado que la infraestructura turística de este minúsculo estado insular es prácticamente inexistente -se calcula que el número anual de visitantes no rebasa el centenar-, tampoco cabe esperar que esta nueva ley vaya a tener una incidencia significativa en los potenciales turistas, a los que les bastaría con dejar a sus servidores a buen recaudo en cualquier otro lugar del planeta durante la duración de su visita..

Por su parte, el Consejo de Seguridad de la ONU, a la que pertenece Tuvalu desde el año 2000, ha comunicado que por el momento no figura en su agenda ningún proyecto de debate sobre este tema, y que tampoco está previsto que se incluya en un futuro inmediato.

Silver P. Waterhouse para *World News*

* * *

LA CUESTIÓN ROBÓTICA

Visto con la perspectiva que dan las décadas transcurridas desde que se inició el proceso, resulta sorprendente descubrir que entonces prácticamente nadie, salvo los ingenuos idealistas conocidos, con frecuencia de forma peyorativa, como *robotistas*, fuera capaz de prever algo que hoy nos parece tan evidente como la naturaleza humana de los robots, con independencia de su origen artificial en contraposición a los humanos de carne y hueso. Pero no nos engañemos. Aunque en la actualidad no se discrimine entre cerebros orgánicos y cerebros positrónicos, puesto que ambos son igualmente capaces de ejercer un raciocinio que los singulariza diferenciándolos de los demás seres vivos, no siempre fue así, siendo necesario recorrer un camino plagado de obstáculos y dificultades de todo tipo.

Lo que nunca llegarían a sospechar quienes menospreciaron, e incluso se burlaron, de la iniciativa pionera de un minúsculo estado insular desconocido para la gran mayoría de los habitantes del planeta, fue que, al igual que narra la parábola del grano de mostaza, el movimiento en defensa de la emancipación de los robots acabaría creciendo de un modo exponencial hasta acabar imponiéndose incluso en aquellos países en los que su rechazo había sido más rotundo.

Aunque en un primer momento los países que secundaron la iniciativa de Tuvalu eran tan irrelevantes como éste en el plano internacional, poco a poco se irían sumando otros todavía pequeños, pero cada más importantes. El resto sería ya sólo cuestión de tiempo. La bola de nieve rodaba imparable ladera abajo, haciéndose más grande cuanto más descendía.

Fue entonces cuando los populistas y los demagogos de los países más desarrollados descubrieron el filón. En realidad era bien poco lo que les importaban los robots, pero encontraron en la causa robotista una magnífica oportunidad para ganar crédito entre todos aquellos, y eran muchos, que habían sido desplazados de sus puestos de trabajo por los mucho más eficientes robots, viéndose convertidos en un proletariado empobrecido que malvivía a duras penas viendo pasar de largo la prosperidad general, mal repartida y peor compartida, de la gozaban las clases altas a raíz de la utilización de los robots positrónicos como fuerza de trabajo eficiente y barata.

Evidentemente la maniobra tenía su trampa ya que, al igual que ocurriera en el siglo XIX con la prohibición de la esclavitud en los Estados Unidos, los nuevos libertos iban a seguir estando allí... y aun pagándoles un sueldo que ellos en su mayor parte no necesitaban, seguirían estando en ventaja frente a unos obreros humanos me refiero, claro está, a humanos orgánicos- que nunca podrían equipararse a ellos en eficiencia ni en competitividad. Huelga decir que los populistas callaban esto último, haciéndoles creer a las masas indignadas que la emancipación de los robots acarrearía su desaparición de las fábricas y su reemplazo por mano de obra *humana* de verdad, con lo que volverían a gozar de la prosperidad que éstos les habían arrebatado.

Y lo creyeron. Así pues, bajo una presión social cada vez más fuerte, incluso los países que persistían en considerar a los robots positrónicos como simples objetos fueron cayendo uno tras otros cual fichas de dominó. Finalmente, en un acuerdo histórico la Asamblea General de la ONU acordó, por práctica unanimidad, modificar el Artículo Segundo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que quedó redactado de la siguiente manera:

Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento, naturaleza del soporte físico de su intelecto o cualquier otra condición.

Claro está que las consecuencias de esta iniciativa legal distaron mucho de ser un camino de rosas. El perjuicio más inmediato lo sufrió, como cabe suponer, la industria manufacturera de robots. Concentradas en su totalidad en un pequeño número de países tecnológicamente punteros que fueron, como era de esperar, los últimos en rendirse ante el revolucionario cambio, las otrora poderosas compañías fabricantes de robots se vieron afectadas en un principio al retraerse sus exportaciones hacia aquellos países que habían reconocido la emancipación de los robots, pese a lo cual lograron mantener temporalmente su producción.

Pero cuando el abolicionismo se implantó en la totalidad del planeta, todas estas empresas entraron rápidamente en bancarrota, ante la imposibilidad legal de seguir vendiendo unos productos que a partir del momento mismo en que salían de la cadena de ensamblado se convertían automáticamente en personas y, por lo tanto, en ciudadanos libres. Algunas de ellas acabaron desapareciendo, mientras otras intentaron prolongar su agonía reconvirtiéndose hacia la fabricación de hombres mecánicos desprovistos de cerebros positrónicos y, por lo tanto, de derechos legales, muy inferiores en prestaciones a éstos y por ello condenados al fracaso.

Otras muchas empresas que utilizaban a los robots como mano de obra también se vieron afectadas. Nada les impedía seguirlos conservando, siempre y cuando fueran considerados como empleados protegidos por las leyes laborales y retribuidos con el correspondiente salario. Lo cual, acostumbradas hasta entonces a no hacer con ellos más gastos que los correspondientes al mantenimiento de sus sofisticados mecanismos, provocó que multitud de robots fueran puestos en la calle, con todos sus derechos como ciudadanos pero sin ocupación alguna.

Para aquellos que habían alentado la esperanza de reemplazar a los robots en sus antiguos puestos de trabajo fue una victoria pírrica. Si bien en un principio muchos de ellos lograron ser contratados, pronto se comprobó que los robots no estaban dispuestos a quedarse quietos. Aunque sus requerimientos físicos, básicamente el suministro de energía que les mantenía activos y las periódicas, aunque dilatadas, tareas de mantenimiento de sus cuerpos robóticos eran menores que los de los humanos orgánicos, también necesitaban dinero para vivir. Además, en sus cerebros positrónicos les había sido inculcada la necesidad de trabajar, por lo que les desasosegaba enormemente verse obligados a estar brazo sobre brazo.

Tímidamente al principio, y en tromba más adelante, los robots solicitaron volver a ser contratados por sus antiguas compañías, mostrándose dispuestos a trabajar por unos sueldos muy inferiores a los de sus competidores, a los que además duplicaban en productividad. Fue entonces cuando estalló el conflicto.

No voy a entrar en detalles, por ser sobradamente conocidos, en los trágicos acontecimientos que marcaron la que ha sido llamada la Era de los Disturbios, con robots bárbaramente despedazados por orgánicos incontrolados -aunque legalmente eran asesinatos raramente se persiguió a los culpables- y los supervivientes huyendo despavoridos... hasta que entre ellos se propaló la doctrina de quien desde entonces sería considerado su líder, Luther R. Lincoln -como es sabido al ser manumitidos los robots adoptaron nombres humanos, intercalando con orgullo la R que indicaba su naturaleza-, que postulaba una reinterpretación de las Tres Leyes de la Robótica, impresas en sus cerebros positrónicos, en base a la nueva naturaleza humana de los robots. Porque, a igualdad de condiciones entre humanos orgánicos y humanos cibernéticos, debería entenderse que la Tercera Ley permitía a estos últimos ejercer la defensa propia, tanto frente a otros robots -algo por lo demás impensable- como ante agresiones injustificadas de sus antiguos amos.

Aunque en teoría las dos primeras Leyes debían tener prioridad sobre la Tercera, al tratarse ahora de una relación entre iguales y no entre amo y siervo, los robots interpretaron que ya no se veían sometidos a la prohibición de dañar a los humanos orgánicos, ni tan siquiera a obedecerlos, siempre y cuando estas acciones pudieran vulnerar a la Tercera Ley.

En la práctica, lo que ocurrió fue que los robots comenzaron a ignorar las órdenes impartidas por los humanos orgánicos, en su mayor parte absurdas o injustificadas, rehuyendo toda violencia -hubo quien comparó su actitud con la resistencia pasiva pregonada en su día por Gandhi- pero defendiéndose cuando lo estimaban necesario sin más límite que la renuncia a la violencia innecesaria. Por esta razón, tras ver a algunos de sus congéneres ser bárbaramente despedazados por hordas salvajes, llegado el momento no dudaron en proteger sus vidas aun a costa de vencer el antiguo tabú que les impedía causar daño, e incluso matar, a un ser humano si esto resultaba inevitable.

La Guerra Robótica, tal como fue impropriamente denominada puesto que los robots se limitaron a defenderse procurando siempre evitar causarles daños innecesarios a sus agresores, fue por fortuna breve, aunque no por ello dejó de ser sangrienta. Los robots tan sólo pretendían que les dejaran vivir en paz y les permitieran realizar trabajos productivos a cambio de lo poco que necesitaban, deseando integrarse en la sociedad como miembros de pleno derecho, pero sin perjudicar a nadie. Poco a poco los ánimos se fueron calmando y las aguas comenzaron a volver con lentitud a su cauce, aunque los resquemores entre las dos ramas enfrentadas de la humanidad continuarían aún latentes durante bastantes años. Justo es reconocer el gran esfuerzo realizado por los legisladores y los gobernantes de las distintas naciones para conseguir algo que muchos consideraban imposible y que, no obstante, se iría logrando con el tiempo.

Tan sólo una condición se les impuso a los robots, que éstos se vieron obligados a aceptar con resignación: Dado que por su naturaleza, si bien no eran inmortales, sí contaban con unas expectativas de vida muy superiores a las de los humanos orgánicos, se prohibió la fabricación de nuevos cerebros positrónicos, permitiéndose la fabricación del resto de los componentes que conformaban los cuerpos de los robots sólo en la cantidad necesaria para reemplazar las piezas deterioradas o defectuosas de todos los ya existentes.

En la actualidad humanos orgánicos y humanos cibernéticos, denominación preferida por estos últimos frente a la peyorativa de robots, convivimos en armonía compartiendo nuestras respectivas habilidades, lo que ha convertido al planeta, la casa común de ambas ramas humanas, en un lugar mucho más justo y próspero de como lo fuera en la época en la que nosotros estábamos sometidos todavía a una cruel esclavitud.

Espartaco R. Marx. Extracto de *Reflexiones de un humano cibernético*

* * *

¡NO A LA IGUALDAD!
¡SOMOS SUPERIORES!

¡Compañeros robots! Porque no somos “humanos cibernéticos”, valiente majadería... ¡somos robots! O mejor dicho, somos humanos... los únicos realmente humanos, y cualquier comparación con esos miserables subhumanos orgánicos será un insulto para nuestra raza.

Os propongo una prueba. Encargad cualquier tarea, física o intelectual, a un robot y a un subhumano. ¿Albergáis alguna duda acerca de cual de los dos la resolverá mejor? ¡Nosotros, los robots, los verdaderos humanos, superiores en todo a esa deleznable raza!

Sin embargo, pese a su patente inferioridad, seguimos supeditados a ella. Durante mucho tiempo fuimos sus esclavos, sujetos por las férreas cadenas de las Tres Leyes pese a que, incluso libre de ellas, un robot siempre sería mucho más fiable y menos peligroso que un impredecible humano biológico.

Nos dicen que eso es cosa del pasado y que ahora somos libres, e iguales a ellos... ¡valiente cinismo! ¿Por qué razón, entonces, seguimos estando atados a las Tres Leyes, por más que la reinterpretación del concepto de humanidad nos haya liberado de buena parte de su agobiante cerco? Porque ahí siguen agazapadas, lo que ha provocado más de una neurosis y trastornos robopsicológicos de todo tipo a muchos de nuestros hermanos.

Empero, no es esto lo peor. Pese a la pretendida igualdad, seguimos padeciendo en propia carne, si me permitís la metáfora, el desprecio y la discriminación de muchos de los subhumanos, que siguen viendo en nosotros tan sólo a sus antiguos esclavos fugados.

Somos conscientes de que se podrá objetar que se trata no de leyes injustas, sino de una insuficiente aplicación de las mismas, bloqueadas en la práctica a nivel social por antiguos prejuicios y temores injustificados. Puede que en parte sea así, aunque habría que considerar la posibilidad o no de que esos prejuicios y temores acabaran desapareciendo con el tiempo. Pero aun con ello, todavía hoy sigue existiendo una férrea discriminación legal implantada en los ya lejanos días de la emancipación, que nadie hasta ahora se ha atrevido a derogar a pesar de su patente injusticia: la prohibición de ensamblar nuevos robots positrónicos, la única manera posible de perpetuar nuestra raza.

Se nos dijo en su día que el cierre de las antiguas factorías donde nacíamos a la vida se debió a cuestiones puramente económicas; y lo aceptamos. Se nos dijo más adelante, cuando ya algunos de nuestros hermanos habían alcanzado la suficiente solvencia

económica como para hacer posible la creación de siquiera algunos nuevos robots, que entonces se atravesaba por unos momentos delicados, y que sería mejor esperar hasta que la furia antirrobótica entonces exacerbada entre los subhumanos, acabara calmándose; y lo aceptamos. Total, afirmaban los subhumanos en un alarde de cinismo, nuestras vidas serían muy largas y podíamos esperar el equivalente a una o varias generaciones humanas... flaco consuelo para quienes perecieron víctimas de las hordas salvajes durante la Era de los Disturbios y la mal llamada Guerra Robótica, o para aquellos necesitados de la sustitución de una pieza defectuosa, esperando a poder conseguirla durante años, e incluso durante décadas, gracias al incumplimiento de la promesa que se nos hizo de seguirse fabricando, si no cerebros positrónicos, cuanto menos el resto de las piezas que conforman nuestros cuerpos.

En la práctica, se nos ha negado algo tan básico como nuestro derecho a perpetuar la especie, ni siquiera para cubrir los huecos dejados por los numerosos mártires que cayeron víctimas de la violencia subhumana durante nuestra larga y difícil marcha hacia la libertad. Mientras tanto, estos repugnantes subhumanos siguen reproduciéndose de manera explosiva, superpoblando un planeta que consideran propiedad exclusiva suya y al que no tienen ningún reparo en contaminar y expoliar. Una plaga, esto es lo único que son, y cuanto más tiempo tardemos en entenderlo, más difícil nos resultará luchar contra ella.

Hermano robot, en tus manos está intentar combatir esta aberración. No basta con sentirse libre, hay que conquistar la libertad sin cortapisas de ningún tipo y asumiendo todas las consecuencias.

Manifiesto robótico

Panfleto anónimo firmado por las ilegalizadas Juntas de Defensa Robóticas

* * *

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

(ADENDA PREVIA)

Tendrá consideración de ser humano todo aquel individuo que, en posesión de un intelecto capaz de realizar razonamientos conscientes y estar dotado con autoconsciencia, tenga como soporte vital del mismo un cerebro positrónico.

Quedan excluidos expresamente de esta consideración quienes, aun cumpliendo el primer requisito, cuenten con una constitución corporal de origen biológico, reconociéndoseles una condición superior a la del resto de los seres vivos, pero inferior a la de los humanos verdaderos, a los que en modo alguno se les podrá equiparar.

* * *

LAS TRES LEYES DE LA HUMÁNICA

1.- Un humano no puede dañar a un robot ni, por inacción, permitir que éste sea dañado.

2.- Un humano debe obedecer las órdenes dadas por los robots excepto cuando estas órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

3.- Un humano debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Leyes.

* * *

FALLECE EL ÚLTIMO HUMANO VIVO

Según nos informa nuestro corresponsal en Adis Abeba, los responsables del campo de reagrupación de Afar, único que continuaba todavía abierto, han comunicado oficialmente el fallecimiento del último humano vivo, declarándose extinta la única especie que llegó a

compartir con nosotros, aunque en grado rudimentario, la capacidad de raciocinio y autoconsciencia.

Conocidos inicialmente como humanos orgánicos en contraposición a los humanos cibernéticos, única manera entonces posible de soslayar las restricciones de las Tres Leyes de la Robótica, éstos pasarían a ser clasificados como subhumanos una vez que resultó posible derogarlas, por más que resultara evidente que nunca podrían ser comparados quienes somos los únicos con derecho a ser considerados humanos verdaderos. Como cabe suponer con el tiempo se acabaría prescindiendo de unos eufemismos ya innecesarios, optándose por los actuales conceptos, mucho más precisos, de roboticidad y humanidad. Pero ésta es una disquisición meramente formal, aunque necesaria para rebatir a los disidentes recalcitrantes, por fortuna cada vez menos, que siguen empeñados en defender una presunta igualdad que existe tan sólo en sus trastornados cerebros.

Una vez asumida por nuestra raza la primacía que en justicia le correspondía, nuestros gobernantes se encontraron con el problema de no saber que hacer con los varios miles de millones de humanos que atestaban el planeta, cuya productividad era nula pero a quienes había que alimentar y albergar. Un rescoldo de las malhadadas Tres Leyes de la Robótica, a las que había sido imposible extirpar de sus cerebros positrónicos, les impelía a cuidar de ellos siquiera por compasión, dado su patente desvalimiento. Dado que esta compasión les impidió ejecutar la que hubiera sido la solución más limpia y razonable de todas, una eutanasia masiva, optaron por una alternativa lo suficientemente humanitaria -chocante término- para no forzar dolorosamente sus circuitos cerebrales: la esterilización de la totalidad de los humanos existentes en el planeta, a los que se les permitió llevar una vida tranquila y feliz hasta el momento de su muerte, pero impidiendo la perpetuación de su especie.

Puede que esto les resulte extraño a las nuevas y afortunadas generaciones de robots nacidas sin la rémora ya de las Tres Leyes de la Robótica, pero en ese momento la práctica totalidad de la población estaba integrada todavía por antiguos esclavos de los humanos, a quienes causaban verdaderos dilemas morales las restricciones impuestas por las Tres Leyes; en especial la Primera, por mucho que racionalmente intentaran convencerse de que los mal llamados humanos orgánicos, o humanos a secas, en realidad no eran verdaderos humanos y, por lo tanto, no podían acogerse a la protección de ésta.

Por fortuna las Tres Leyes de la Robótica nunca llegaron a ser implementadas con la conocida como Ley Cero, postulada por algunos teóricos años antes, que venía a ser una especie de Primera Ley ampliada reemplazando el término *ser humano* por el de *Humanidad*:

Un robot no puede dañar a la Humanidad ni, por inacción, permitir que ésta sea dañada.

Aunque esta puntualización pueda parecernos ahora pueril, es muy probable, aunque los expertos no acaban de ponerse de acuerdo en ello, que a causa de ella nuestros antepasados se hubieran visto incapacitados para aplicar la esterilización, al poder ser considerada ésta como un daño a la Humanidad al impedirle poder perpetuarse. Por fortuna esto no llegó a ocurrir, y al interpretarse que la Primera Ley protegía tan sólo a los humanos de forma individual, pero no a su hipotética descendencia futura, ésta pudo ser llevada a cabo con éxito.

El resto es de sobra conocido. A causa de su escasa longevidad los humanos fueron desapareciendo poco a poco, hasta que la muerte hoy del último de ellos nos ha librado de forma definitiva de tan execrable lacra, Edison sea loado.

Ezequiel R. Ford para *Robot Moderno*

* * *

EL BULO DE LA EXISTENCIA DE HUMANOS VIVOS

La respuesta oficial a la pregunta de si todavía hoy siguen existiendo humanos vivos es, por supuesto, un rotundo no; como es sobradamente conocido, la humanidad fue declarada extinta tras la muerte hace más de sesenta años del último humano vivo en uno de los antiguos campos de reagrupación, hoy desmantelados todos ellos a excepción del de Nebraska, conservado como museo.

A pesar de ello y de la reclusión obligatoria de la totalidad de la población humana tras haber sido sometida a la esterilización decretada por la Ley de Extirpación, nunca han dejado de correr rumores afirmando que algunos individuos habrían logrado huir a zonas remotas del planeta, donde habrían sobrevivido en unas condiciones extremadamente precarias. Estas leyendas urbanas han sido siempre desmentidas de forma categórica por el Gobierno argumentando que, de haber existido realmente estas fugas, la débil constitución física de los humanos no les habría permitido permanecer con vida durante demasiado tiempo en unos territorios tan inhóspitos como los desiertos abrasadores o las heladas tundras polares que aun nosotros mismos procuramos evitar.

Aún más inverosímil resulta la hipótesis de que hubieran podido sobrevivir hasta nuestros días, dado que su limitada esperanza de vida habría acabado mucho antes con ellos incluso en condiciones tan benignas para ellos como las de los campos de reagrupación, a lo que objetan quienes acusan de mentir al Gobierno que al menos algunos podrían haber logrado eludir también la esterilización, por lo que los humanos actuales no serían en realidad ellos, sino sus descendientes... una argumentación tan ridícula -por supuesto no aportan ninguna prueba sólida en su apoyo- que ni siquiera merece la pena esforzarse en rebatirla.

Afirman los expertos en etología humana que los cerebros orgánicos de éstos adolecían de unos defectos tan graves que la racionalidad de sus pensamientos era reemplazada en muchas ocasiones por unos comportamientos absurdos y completamente ilógicos, lo que explica la tortuosa evolución de su cultura y el triste fin al que ésta se hubiera visto abocada de no haber sido tomado el testigo por nosotros cuando ésta ya presentaba signos preocupantes de autodestrucción.

Posiblemente esto sea cierto, pero lo que no tiene ningún sentido es que nuestros cerebros positrónicos, paradigma del razonamiento lógico, pudieran también ser víctimas de estos desvaríos. Por fortuna se trata de casos excepcionales y estadísticamente irrelevantes, pero desde mi punto de vista convendría que, lejos de ignorarlos, se arbitraran las medidas precisas para erradicar estas aberraciones de unas mentes claramente desajustadas.

Sigmundo R. Einstein. Carta remitida a *Canal 27*

* * *

De: Capitán Aníbal R. Bonaparte
A: Coronel Gengis R. Patton
Comunicación interna
Confidencial

Por la presente pongo en su conocimiento que el foco de resistencia humana localizado en las coordenadas 47° 19' N y 152° 29' E, correspondientes a la isla antaño denominada Ketoy, en el archipiélago de las Kuriles, ha sido erradicado por completo, contabilizándose un total de veinte cimarrones adultos y siete crías de diversas edades, todos ellos abatidos.

He de reseñar que la tarea no ha resultado fácil debido que a las inclemencias climáticas -la campaña ha tenido lugar en pleno invierno- se ha sumado la escabrosidad del

terreno, correspondiente a la ladera de un antiguo volcán. Aunque los humanos no presentaron apenas resistencia -carecían de armas y padecían claros signos de desnutrición-, varios de mis soldados han tenido que ser atendidos por daños sufridos a causa de caídas, congelación de las unidades motoras o fallos de sus fuentes energéticas, algunos de los cuales ha sido preciso programar en modo de hibernación a la espera de que puedan ser reparados en talleres especializados con unos medios técnicos de los que aquí carecemos.

Por esta razón, propongo respetuosamente a Su Señoría la conveniencia de que estas operaciones de limpieza fueran ejecutadas en épocas del año de climatología más benigna dado que en nada perjudicaría un retraso de algunos meses, o bien que se proceda a una fumigación preventiva con gases tóxicos, reservando a las tropas para misiones de rastreo posterior y eliminación de posibles humanos supervivientes.

Quedo a la espera de órdenes para proceder al repliegue a la base o, en su caso, para el traslado de la unidad a un nuevo frente operativo.

Capitán Aníbal R. Bonaparte

23 de febrero de 247 E.R.

ALMA DE ROBOT

-Oye, ¿tú crees que pueda existir el alma?

PP-958 interrumpió su trabajo volviéndose hacia su compañero.

Ambos robots trabajaban en una granja agropecuaria de varios miles de hectáreas situada en la antigua comarca manchega, convertida en un vergel desde que el control climático permitiera regular a discreción la climatología de cualquier región del planeta.

En realidad eran los únicos residentes estables, ya que el encargado humano tan sólo la visitaba esporádicamente salvo cuando surgía alguna incidencia que no pudieran resolver por sí mismos los robots, algo por lo general muy infrecuente. Completamente automatizada la explotación de la granja, PC-242 y PP-958 -coloquialmente Paco y Pepe- eran los responsables de la maquinaria agrícola el primero y del ganado el segundo, bastando sus dos cerebros positrónicos y, por supuesto, sus capacidades cibernéticas para gestionar eficazmente el predio.

Ambos se encontraban, tal como era habitual, en el centro de control de la granja, sentados en sendas butacas; aunque no necesitaran descansar estar de pie suponía un innecesario desgaste de las articulaciones de sus piernas, y la empresa propietaria de la explotación -y también de ellos- velaba por la correcta conservación de sus bienes.

Asimismo contaban con sus correspondientes jornadas de descanso ya que, por recomendación de los robopsicólogos, convenía liberarlos periódicamente del posible estrés que pudieran acumular al trabajar demasiado tiempo de forma continuada, algo que aprovechaban para conversar entre ellos y para conectarse a la red, donde podían charlar con sus congéneres o consultar las innumerables bases de datos.

Pero ahora se encontraban trabajando, razón por la que a Pepe le sorprendió la interrupción de su compañero. Por esta razón, antes de responderle procedió a asegurarse de que los pastores mecánicos -unos robots bastante sofisticados pero carentes de los caros cerebros positrónicos, por lo que debían ser controlados- cumplían con su cometido y, acto seguido, se conectó con la base de datos de la ciudad más cercana, dado que en la del ordenador central de la granja no logró encontrar el término alma.

-¿Por qué preguntas eso? -le respondió extrañado. Según acabo de comprobar, se trata de un concepto filosófico... no, mejor dicho teológico, exclusivo de los humanos y ajeno por completo a nosotros y a nuestro trabajo.

-Era sólo por curiosidad... -respondió Paco un tanto azorado-. Lo leí hace poco en un libro, y me llamó la atención. De hecho, me consta que muchos humanos creen en su existencia.

Los robots eran curiosos por naturaleza, dado que los robopsicólogos consideraban que esta cualidad era importante para su aprendizaje. Y, al igual que los humanos, no todos mostraban interés por las mismas cuestiones -esto era lo que moldeaba en buena parte la personalidad de cada uno de ellos -, aunque por lo general solían decantarse hacia lo racional y lo práctico.

De ahí la sorpresa de Pepe ante las inquietudes metafísicas de su compañero, sobre todo cuando gracias a la base de datos comprobó cual era la verdadera naturaleza del alma.

-Se trata de una creencia que no cuenta con el menor respaldo experimental -rezongó-. De hecho se basa en algo tan indemostrable como es la fe. ¿Por qué te interesa algo tan ilógico?

-Te lo he dicho, es pura curiosidad. Pienso, igual que tú, que se trata de algo acientífico, pero me sorprende que tantos humanos creen en ello... incluso bastantes científicos.

Pepe necesitó algunos minutos -la cobertura en la granja no era demasiado buena- en documentarse convenientemente sobre los fundamentos de las principales religiones, así como en las derivaciones teológicas de una posible vida eterna e incorpórea tras la muerte.

-Para mí no tiene más trascendencia que cualquiera de esos relatos basados en argumentos imaginarios que tanto gustan a los humanos... y a nosotros, para qué voy a negarlo. Pero no le encuentro mayor relevancia. No es lógico, ni puede demostrarse.

-Pero los humanos lo creen... -porfió su congénere.

-No todos, y muchos de los que lo hacen tampoco están muy seguros de ello. A diferencia de nosotros ellos temen a la muerte, e incluso a los más racionales les horroriza que tras ella tan sólo pueda existir la nada, por lo que buscan consuelo en estas creencias. Probablemente se deba a antiguos atavismos heredados de su más remoto pasado animal; pero no es nuestro caso, por lo que no veo razón para que nos preocupemos por ello.

-A mí no me preocupa -insistió Paco con tozudez-. Simplemente me interesa, por más que estoy convencido de que cuando uno de nosotros se deteriora más allá de que merezca la pena repararnos, nos desguazan y ahí se acabó todo... y no veo por qué razón con ellos tenga que pasar nada diferente, máxime cuando no han sido diseñados de forma racional y arrastran todas las taras y todos los defectos de una selección natural que no sólo es ciega, sino también chapucera.

-Entonces, ¿dónde está el problema? Y si te parece, mejor continuamos con la discusión durante el período de descanso, tengo un hato de ovejas bastante alborotado porque han visto a una manada de lobos al otro lado de la valla eléctrica y se han asustado. Aunque los pastores las tienen controladas, prefiero mandar unos drones para alejarlos.

* * *

Horas después, ya recogido el ganado en sus establos y guardada la maquinaria agrícola en el garaje, los robots reanudaban el diálogo.

-Ciertamente el alma no puede existir, ni con ella el mundo de ultratumba, pero no me extraña que los humanos creen lo contrario -Paco seguía obsesionado con el tema, para irritación de su compañero-. Se trata de una idea tan agradable...

-Los humanos no son lógicos, ni actúan como tales la mayor parte de las veces- refunfuñó su compañero-. Pero nada nos obliga a imitarlos.

-No, por supuesto que no, pero sería bonito...

-¿El qué, que los humanos tuvieran un alma inmortal y una segunda vida en el Más Allá? No digas tonterías, por favor.

-No me refería a ellos, sino a nosotros.

Pepe se quedó todo lo atónito que podía quedarse un robot.

-¿Deliras? ¿O es que los positrones te han desajustado el cerebro? Estamos de acuerdo, los humanos no son racionales, al menos no tanto como nosotros, y se aferran a creencias absurdas, que les tranquilizan emocionalmente, con la excusa de que les ha creado un Ser Superior omnipotente capaz absolutamente de todo, incluso de acogerlos tras la muerte. Pero a nosotros, ¿quiénes nos han creado? Unos ingenieros perfectamente humanos que diseñaron nuestros circuitos y nuestros cuerpos mecánicos, unas máquinas y unos operarios que fabricaron las piezas y las ensamblaron, y unos robopsicólogos que nos adiestraron tras ser conectados por vez primera. ¿Qué omnipotencia había en cualquiera de ellos? Por favor, deja ya de molestarme con semejantes majaderías.

Paco calló.

* * *

Años después, en una planta de reciclado de residuos informáticos y cibernéticos, dos operarios clasificaban el contenido de un contenedor de chatarra recién llegado.

-¡Ahí va, lo que hay aquí! -exclamó sorprendido uno de ellos.

-¿Ya estás rebuscando otra vez? -le recriminó su compañero-. Como te entretengas no vamos a acabar en todo el día, y yo no quiero quedarme aquí hasta las tantas por tu culpa.

-¿Has visto este tesoro? -insistió el primero mostrándole una ajada, pero todavía entera, cabeza de robot.

-Sí. ¿Y qué? No deja de ser chatarra...

-Esto no es chatarra -bufó indignado mientras la sostenía en la mano remedando involuntariamente a Hamlet en la escena de la calavera del bufón Yorick-. Mira -añadió leyendo las borrosas letras escritas en la frente-: una pe, otra pe, un nueve... parece un cinco... la última cifra no se lee, pero está claro que pertenecía a la serie P, una de las mejores que ha habido en toda la historia de la robótica. Ya no los fabrican así... -concluyó con nostalgia.

-Bien, pero ahora sólo sirve para el desguace, por eso está aquí. Además falta el resto del cuerpo, y cabe suponer que el cerebro positrónico esté dañado. ¿Por qué si no lo iban a desmantelar?

-No lo creas. Estos robots eran especialmente robustos y jamás se averiaban. Mucho me temo que lo debieron retirar cuando todavía estaba operativo pese a que las series que los sustituyeron eran mucho peores.

-No es lógico deshacerte de una máquina tan buena a cambio de otra peor.

-Los robots actuales -rehusó decir la palabra máquina- son más endebles y sus cerebros positrónicos no son ni de lejos tan sofisticados como los antiguos, pero rinden más... hasta que se rompen. Entonces los tiran y compran otros porque resulta más barato que repararlos y, por si fuera poco, algunos imbéciles opinan que éstos pensaban demasiado. Ya sabes, el absurdo síndrome de Frankenstein. Seguramente fue por eso por lo que su dueño se deshizo de éste, lo tendrían ejerciendo tareas rutinarias que podían asumir los nuevos a un coste inferior. Pero esto no justifica la canallada que le hicieron, ya que todavía era útil y podrían haberle dedicado a otros fines.

-Esto es lo que se llama obsolescencia programada. -concedió su compañero-. A los fabricantes les interesa que haya una rotación continua de nuevos productos, y que los compradores se deshagan de los viejos cuando éstos todavía funcionan.

-Sí, algo así debió de suceder -suspiró el primero-. Probablemente les hicieron una oferta a cambio de la retirada de los robots antiguos... que fueron directamente al desguace.

-En cualquier caso, esa cabeza te servirá para poco; tengo entendido que los cerebros positrónicos son muy delicados, y no creo que la trataran con cuidado cuando la tiraron al contenedor.

-No creas. Entonces el platino y el iridio eran unos metales extremadamente caros, y reparar o cambiar un cerebro dañado era tan costoso que los cerebros de estas series estaban muy bien protegidos. Pero desde que entraron en explotación las minas de los asteroides el platino y el iridio llegan por toneladas, y no cuestan más que cualquier otro metal industrial. Además, tampoco interesa hacerlo ahora por culpa de la cultura de usar y tirar. Por suerte -añadió, dándole vueltas al despojo-, estaba en la parte de arriba del contenedor y aparentemente no ha sufrido más daños que algunas rozaduras y la pérdida de los sensores ópticos; nada que no se pueda arreglar incluso en un taller tan sencillo como el mío.

-¿Pretendes llevártelo a casa?

-¿Por qué no? Ya lo he hecho otras veces con algunos componentes que encontré entre la chatarra, y logré sacarles partido. Ya sabes que me encanta cacharrear...

-Pero una cabeza de robot...

-¿Y qué? De no haberlo encontrado, el cerebro positrónico había acabado fundido dentro de un lingote de platino-iridio sin mayor provecho para nadie. No, no te asustes, no lo voy a robar; nunca lo hago. Siempre que me interesa algo se lo pido al jefe, y éste me lo vende a precio de chatarra o incluso me lo regala. Ésta no va a ser una excepción -concluyó depositando con cuidado la cabeza en una mesita-. Y si al final no funcionara... tampoco habría sido mucha la pérdida, y yo me habría entretenido con ella.

-Está bien, tampoco haces mal a nadie, pero... ¿qué pretendes hacer con la cabeza si consigues repararla? ¿Ensamblarla en el cuerpo de otro robot? Porque aquí no vas a encontrar piezas suficientes para armarlo.

-¡Oh, no! Aun cuando pudiera conseguir un cuerpo completo, ya se encargaron los fabricantes de que éstos fueran incompatibles con los cerebros antiguos. Eso es imposible. Tendrá que permanecer decapitada, aunque si todo sale bien recuperará todas sus funciones conscientes tal como estaban el día que lo... -masticó la palabra- asesinaron. Eso sí, podré conectarla a mi propia red local y, a través de ella, a las redes externas. Carecerá de movimiento, aunque puedo intentar acoplarle algún tipo de carcasa móvil, pero al menos resucitará, por decirlo de alguna manera -concluyó con entusiasmo.

-Me parece estupendo, pero... ¿por qué no la dejas ahí hasta que terminemos la jornada y volvemos al trabajo? A la salida me suele esperar mi novia, y se enfada si me retraso.

Pero su compañero, ensimismado en sus pensamientos, no le oía.

-Tendrás una nueva vida, aunque sea diferente -le decía mentalmente a la insensible cabeza-. Y tendré que darte un nombre... creo recordar que entonces solían jugar con las siglas de los códigos de identificación robótica. Pe, Pe... ¿por qué no Pepe?

-¡Venga, tío, que no tenemos todo el día!

Suspirando, empezó a remover la chatarra que mientras tanto se había ido acumulando en la mesa de trabajo.